

G. K. CHESTERTON

HOMBRE VIVO





Biblioteca gratuita
talcaldeg.github.io/fenix

Hombre vivo

G. K. Chesterton

Traducción de Proyecto Fénix

Edición al cuidado de Tomás Alcalde

Proyecto Fénix

Portada: John Constable, «Vista de Hampstead con tiempo tormentoso», h. 1830 (dominio público, Wikimedia Commons).

Índice

Nota de esta edición	5
----------------------------	---

PRIMERA PARTE

Los enigmas de Innocent Smith	6
I Cómo llegó el gran viento a Beacon House	7
II El equipaje de un optimista	21
III La bandera de Beacon	34
IV El jardín del dios	47
V El bromista alegórico	61

SEGUNDA PARTE

Las explicaciones de Innocent Smith	85
I El ojo de la muerte, o la acusación de asesinato	86
II Los dos coadjutores, o la acusación de robo	112
III El camino redondo, o la acusación de abandono	141
IV Las bodas locas, o la acusación de poligamia	163
V Cómo se fue el gran viento de Beacon House	180

Nota de esta edición

Esta es una traducción nueva de Proyecto Fénix, hecha directamente del inglés de *Manalive*, la novela que G. K. Chesterton (1874-1936) publicó en Londres en 1912. Comprende las dos partes del libro, «Los enigmas de Innocent Smith» y «Las explicaciones de Innocent Smith», con sus diez capítulos.

Se tradujo desde el texto de Project Gutenberg (libro n.º 1718), que reproduce la edición original. Los nombres de los personajes y de los lugares se dejan en inglés, como los escribió el autor. Los diálogos van entre comillas; los incisos que el original marca con raya, entre comas o paréntesis.

La traducción se preparó con ayuda de inteligencia artificial y se revisó contra el original inglés. Si encuentras un error, puedes avisarlo desde el sitio de Proyecto Fénix.

El texto de G. K. Chesterton es de dominio público. Traducción de Proyecto Fénix, 2026. Se puede copiar y difundir gratis, con crédito y sin fines de lucro, bajo la licencia Creative Commons BY-NC-SA 4.0.

Primera parte. Los enigmas de Innocent Smith

I. Cómo llegó el gran viento a Beacon House

Un viento se levantó alto en el oeste, como una ola de felicidad irrazonable, y se lanzó hacia el este a través de Inglaterra, arrastrando consigo el olor helado de los bosques y la fría embriaguez del mar. En un millón de agujeros y rincones reanimó a un hombre como un jarro de vino y lo asombró como un golpe. En las cámaras más recónditas de casas intrincadas y emparradas despertó como una explosión doméstica, esparciendo por el suelo los papeles de algún profesor hasta que parecieron tan preciosos como fugitivos, o apagando la vela con la que un muchacho leía «La isla del tesoro» y envolviéndolo en una oscuridad rugiente. Pero en todas partes llevó el drama a vidas sin drama y paseó por el mundo la trompeta de la crisis. Más de una madre agobiada, en un patio miserable, había mirado cinco camisitas enanas en el tendedero como se mira una pequeña y enferma tragedia: era como si hubiera ahorcado a sus cinco hijos. Llegó el viento, y las camisetas se llenaron y patalearon como si cinco gordos diablillos hubieran saltado dentro de ellas; y allá en el fondo de su subconsciente oprimido la mujer recordó a medias esas rudas comedias de sus padres, de cuando los elfos aún habitaban en los hogares de los hombres. Más de una muchacha a la que nadie miraba, en un jardín húmedo y amurallado, se había arrojado a la hamaca con el mismo gesto intolerante con que habría podido arrojararse al Támesis; y aquel viento desgarró la ondulante muralla de árboles y alzó la hamaca como un globo, y le mostró, muy lejos, formas de nubes extrañas y, muy abajo, cuadros de aldeas luminosas, como si cabalgara el cielo en una barca de hadas. Más de un empleado o clérigo polvoriento, que se arrastraba por un camino de álabos como un telescopio, había pensado por centésima vez que parecían los penachos de un coche fúnebre; y entonces esta energía invisible los atrapó y los sacudió y los entrechocó en torno a su cabeza co-

mo una corona o un saludo de alas de serafín. Había en él algo más inspirado y autoritario aun que el viejo viento del refrán; porque este era el buen viento que a nadie daña.

La ráfaga voladora golpeó Londres justo donde este escala las alturas del norte, terraza sobre terraza, tan escarpado como Edimburgo. Fue por esos alrededores donde algún poeta, probablemente borracho, alzó la vista asombrado ante todas aquellas calles lanzadas hacia el cielo y (pensando vagamente en glaciares y alpinistas encordados) le puso el nombre de Swiss Cottage, que nunca ha podido quitarse de encima. En algún punto de esas alturas, una hilera de altas casas grises, casi todas vacías y casi tan desoladas como los Grampianos, giraba en curva en su extremo oeste, de modo que el último edificio, una casa de huéspedes llamada «Beacon House», ofrecía bruscamente al ocaso su remate alto, estrecho y torreado, como la proa de algún barco abandonado.

El barco, sin embargo, no estaba del todo abandonado. La dueña de la casa de huéspedes, una tal señora Duke, era una de esas personas desvalidas contra las que el destino pelea en vano; sonreía vagamente antes y después de todas sus calamidades; era demasiado blanda para que la hirieran. Pero con la ayuda (o más bien bajo las órdenes) de una sobrina enérgica conservaba siempre los restos de una clientela, compuesta sobre todo de gente joven pero lánguida. Y había cinco huéspedes de pie, desconsolados, por el jardín, cuando el gran vendaval rompió contra la base de la torre del extremo, a sus espaldas, como el mar estalla contra el pie de un acantilado que sobresale.

Durante todo el día aquella colina de casas sobre Londres había estado cubierta y sellada por una cúpula de nubes frías. Y sin embargo tres hombres y dos muchachas habían terminado por encontrar más tolerable incluso el jardín gris y helado que el interior negro y desolado. Cuando llegó el viento, partió el cielo y empujó el país de las nubes a izquierda y derecha, desatrancando grandes hornos claros de oro de atardecer. El estallido de la luz liberada y el estallido del aire que so-

plaba parecieron llegar casi a un tiempo; y el viento, en especial, lo atrapaba todo en una violencia que ahogaba. La hierba corta y brillante se tendía toda hacia un mismo lado, como cabello cepillado. Cada arbusto del jardín tiraba de sus raíces como un perro del collar, y estiraba cada hoja saltarina tras el elemento que cazaba y exterminaba. De vez en cuando una ramita se quebraba y salía disparada como el virote de una ballesta. Los tres hombres se mantenían rígidos y ladeados contra el viento, como si se apoyaran en una pared. Las dos señoritas desaparecieron en la casa; más bien, para decir la verdad, fueron arrastradas por el viento hacia la casa. Sus dos vestidos, azul y blanco, parecían dos grandes flores rotas, empujadas y llevadas por el vendaval. Y no es impropia una fantasía tan poética, pues había algo curiosamente romántico en aquella irrupción de aire y de luz después de un día largo y plomizo, sin un claro. La hierba y los árboles del jardín parecían resplandecer con algo a la vez bueno y antinatural, como un fuego del país de las hadas. Parecía un extraño amanecer en el extremo equivocado del día.

La muchacha de blanco se zambulló dentro con bastante rapidez, pues llevaba un sombrero blanco de proporciones de paracaídas, que podría haberla arrastrado hasta las nubes de colores del atardecer. Era su única nota de esplendor, e irradiaba riqueza en aquel lugar sin dinero (se alojaba allí de forma temporal, con una amiga): una heredera en pequeño, de nombre Rosamund Hunt, de ojos castaños, cara redonda, pero resuelta y más bien bulliciosa. Además de su fortuna era de buen humor y bastante bonita; pero no se había casado, tal vez porque siempre había una multitud de hombres a su alrededor. No era ligera de cascos (aunque algunos podrían haberla llamado vulgar), pero daba a los jóvenes indecisos la impresión de ser a la vez popular e inaccesible. Un hombre sentía que se había enamorado de Cleopatra, o que preguntaba por una gran actriz en la puerta de artistas. En efecto, algunas lentejuelas teatrales parecían adherirse a la señorita Hunt; tocaba la guitarra y la mandolina; siempre pedía representar charadas; y con

aquel gran desgarró del cielo por el sol y la tormenta, sintió que un melodrama de muchachita volvía a hincharse dentro de ella. Al son de la orquestación estrepitosa del aire, las nubes se alzaron como el telón de una pantomima largamente esperada.

Ni siquiera la muchacha de azul, cosa rara, quedó del todo indiferente a este apocalipsis en un jardín privado, aunque era una de las criaturas más prosaicas y prácticas que existen. Era, en efecto, la sobrina enérgica en persona, cuya fuerza sola sostenía aquella mansión en ruinas. Pero cuando el vendaval agitó e hinchó las faldas azul y blanca hasta darles los contornos monstruosos de los miriñaques victorianos, un recuerdo hundido se agitó en ella, algo casi romántico: el recuerdo de un tomo polvoriento de *Punch* en casa de una tía, en su infancia; grabados de aros de miriñaque y aros de croquet y alguna bonita historia de la que quizá formaban parte. Esta fragancia apenas perceptible de sus pensamientos se desvaneció casi al instante, y Diana Duke entró en la casa aún más pronto que su compañera. Alta, esbelta, aguileña y morena, parecía hecha para tal rapidez. En el cuerpo era de la raza de esas aves y fieras que son a la vez largas y alertas, como los galgos o las garzas o incluso como una serpiente inocente. Toda la casa giraba sobre ella como sobre una barra de acero. Sería falso decir que mandaba; porque su propia eficacia era tan impaciente que se obedecía a sí misma antes de que nadie más la obedeciera. Antes de que los electricistas pudieran arreglar un timbre o los cerrajeros abrir una puerta, antes de que los dentistas pudieran arrancar una muela o los mayordomos sacar un corcho apretado, ya estaba hecho, con la violencia silenciosa de sus manos delgadas. Era ligera, pero no había nada de saltarín en su ligereza. Desdeñaba el suelo, y se proponía desdeñarlo. La gente habla del patetismo y el fracaso de las mujeres sin belleza; pero es algo más terrible que una mujer hermosa pueda triunfar en todo menos en ser mujer.

«Es para que a uno se le vuele la cabeza», dijo la joven de blanco, yendo hacia el espejo.

La joven de azul no respondió, sino que guardó sus guantes de jardinería, luego fue al aparador y empezó a tender el mantel de la merienda.

«Para que a uno se le vuele la cabeza, digo», repitió la señorita Rosamund Hunt, con la alegría imperturbable de quien siempre ha tenido asegurado el bis para sus canciones y discursos.

«Solo el sombrero, creo», dijo Diana Duke, «aunque supongo que a veces es más importante».

El rostro de Rosamund mostró por un instante la ofensa de una niña mimada, y luego el humor de una persona muy sana. Soltó una carcajada y dijo: «Bueno, haría falta un viento enorme para llevarse la tuya».

Hubo otro silencio; y el ocaso, que se abría cada vez más entre las nubes separadas, llenó la habitación de un fuego suave y pintó las paredes sombrías de rubí y oro.

«Alguien me dijo una vez», dijo Rosamund Hunt, «que es más fácil conservar la cabeza cuando se ha perdido el corazón».

«Ay, no digas tonterías», dijo Diana con una aspereza feroz.

Fuera, el jardín estaba vestido de esplendor dorado; pero el viento seguía soplando recio, y los tres hombres que mantenían su puesto bien podrían haber considerado también el problema de los sombreros y las cabezas. Y, en verdad, su posición, tocándose los sombreros, era en cierto modo típica de ellos. El más alto de los tres resistía el embate con un sombrero de copa de seda, al que el viento parecía embestir tan en vano como a aquella otra torre hosca, la casa que tenía detrás. El segundo trataba de sujetarse un rígido sombrero de paja en todos los ángulos, y por fin lo sostuvo en la mano. El tercero no tenía sombrero, y, por su actitud, parecía no haber tenido uno en toda su vida. Quizá este viento era una especie de varita de hadas para probar a hombres y mujeres, pues había mucho de los tres hombres en esta diferencia.

El hombre del sombrero de seda recio era la encarnación de la sedo-

sidad y la solidez. Era un hombre grande, afable, hastiado y (según algunos) aburrido, de pelo rubio y liso y facciones guapas y pesadas; un joven doctor próspero de apellido Warner. Pero si su pelo rubio y su afabilidad parecían al principio un poco fatuas, es seguro que no era ningún tonto. Si Rosamund Hunt era la única allí con mucho dinero, él era la única persona que había encontrado hasta entonces algún tipo de fama. Su tratado sobre «La probable existencia del dolor en los organismos más bajos» había sido saludado universalmente por el mundo científico como sólido y audaz a la vez. En suma, tenía sin duda cerebro; y quizá no era culpa suya que fuera la clase de cerebro que la mayoría de los hombres desean analizar con un atizador.

El joven que se quitaba y se ponía el sombrero era un aficionado a la ciencia, en pequeño, y adoraba al gran Warner con una frescura solemne. Era, de hecho, por invitación suya que el distinguido doctor estaba presente; porque Warner no vivía en una pensión tan destartada, sino en un palacio profesional de Harley Street. Este joven era en realidad el más joven y el mejor parecido de los tres. Pero era una de esas personas, hombres y mujeres, que parecen condenadas a ser guapas e insignificantes. De pelo castaño, muy colorado y tímido, parecía perder la delicadeza de sus rasgos en una especie de borrón de pardo y rojo mientras estaba allí, ruborizándose y parpadeando contra el viento. Era una de esas personas obvias que nadie advierte: todos sabían que era Arthur Inglewood, soltero, moral, decididamente inteligente, que vivía de un pequeño capital propio y se escondía en dos aficiones, la fotografía y el ciclismo. Todos lo conocían y lo olvidaban; incluso allí de pie, en el resplandor del ocaso dorado, había en él algo borroso, como una de sus propias fotografías de aficionado en rojo y castaño.

El tercer hombre no tenía sombrero; era delgado, con ropa clara de un aire vagamente deportivo, y la gran pipa que llevaba en la boca lo hacía parecer aún más delgado. Tenía un rostro largo e irónico, pelo negro azulado, los ojos azules de un irlandés y la barbilla azulada de

un actor. Irlandés lo era; actor no lo era, salvo en los viejos tiempos de las charadas de la señorita Hunt, siendo, en realidad, un periodista oscuro y frívolo llamado Michael Moon. Una vez se había supuesto vagamente que estudiaba para abogado, para comparecer ante la barra del tribunal; pero (como diría Warner con su ingenio algo elefantino) era sobre todo ante otra clase de barra donde sus amigos lo encontraban. Moon, sin embargo, no bebía, ni siquiera se emborrachaba con frecuencia; era sencillamente un caballero a quien le gustaba la compañía baja. Esto se debía en parte a que la compañía es más tranquila que la sociedad; y si disfrutaba conversando con una camarera (como al parecer disfrutaba), era sobre todo porque la camarera hablaba por los dos. Además, a menudo llevaba a otros talentos para ayudarla. Compartía esa extraña costumbre de todos los hombres de su tipo, intelectuales y sin ambición: la costumbre de andar con sus inferiores mentales. Había en la misma casa de huéspedes un pequeño judío flexible llamado Moses Gould, un hombre cuya vitalidad y vulgaridad de negro divertían tanto a Michael que iba con él de bar en bar, como el dueño de un mono amaestrado.

El colosal despeje que el viento había hecho en aquel cielo nublado se iba aclarando más y más; cámara dentro de cámara parecían abrirse en el cielo. Uno sentía que por fin podría encontrar algo más ligero que la luz. En la plenitud de aquel silencioso fulgor, todas las cosas recobraban sus colores: los troncos grises se volvían plata, y la grava parda, oro. Un pájaro revoloteó como una hoja desprendida de un árbol a otro, y sus plumas pardas quedaron rozadas por el fuego.

«Inglewood», dijo Michael Moon, con su ojo azul puesto en el pájaro, «¿tienes amigos?».

El doctor Warner se equivocó sobre la persona interpelada y, volviendo una cara ancha y radiante, dijo:

«Ah, sí, salgo mucho».

Michael Moon hizo una mueca trágica y esperó a su verdadero informante, que habló un momento después con una voz curiosamente

serena, fresca y joven, como salida de aquel interior pardo e incluso polvoriento.

«La verdad», respondió Inglewood, «es que temo haber perdido el contacto con mis viejos amigos. El mejor amigo que tuve fue en el colegio, un muchacho llamado Smith. Es curioso que lo menciones, porque hoy mismo pensaba en él, aunque hace siete u ocho años que no lo veo. Estaba conmigo en la sección de ciencias del colegio, un tipo listo aunque raro; y se fue a Oxford cuando yo me fui a Alemania. El hecho es que es una historia bastante triste. Le pedí muchas veces que viniera a verme, y cuando no supe nada hice averiguaciones, ya sabes. Me escandalizó saber que el pobre Smith había perdido la cabeza. Los informes eran un poco turbios, claro, y algunos decían que se había recuperado; pero eso siempre lo dicen. Hace cosa de un año recibí un telegrama suyo. El telegrama, lamento decirlo, puso el asunto fuera de toda duda».

«Así es», asintió el doctor Warner con impasibilidad; «la locura suele ser incurable».

«También la cordura», dijo el irlandés, y lo estudió con ojo lúgubre.

«¿Síntomas?», preguntó el doctor. «¿Qué decía ese telegrama?».

«Es una vergüenza bromear con estas cosas», dijo Inglewood, a su manera honrada y turbada; «el telegrama era la enfermedad de Smith, no Smith. Las palabras exactas eran: “Hombre hallado vivo con dos piernas”».

«Vivo con dos piernas», repitió Michael, frunciendo el ceño. «¿Quizá una versión de vivito y pataleando? No sé mucho de la gente que está fuera de sus cabales; pero supongo que debería patalear».

«¿Y la gente que está en sus cabales?», preguntó Warner, sonriendo.

«Ah, esa debería recibir patadas», dijo Michael con súbita cordialidad.

«El mensaje es claramente demencial», continuó el impenetrable Warner. «La mejor prueba es una referencia al tipo normal sin desarro-

llar. Ni siquiera un bebé espera encontrar un hombre con tres piernas».

«Tres piernas», dijo Michael Moon, «serían muy cómodas con este viento».

Una nueva erupción de la atmósfera había estado a punto, en efecto, de hacerlos perder el equilibrio y había roto los árboles ennegrecidos del jardín. Más allá se veían toda clase de objetos accidentales que surcaban el cielo barrido por el viento: pajas, palos, trapos, papeles y, a lo lejos, un sombrero que desaparecía. Su desaparición, sin embargo, no era definitiva; pasados unos minutos lo vieron otra vez, mucho más grande y más cerca, como un panamá blanco, elevándose hasta el cielo como un globo, vacilando de un lado a otro un instante como una cometa herida, y posándose por fin en el centro de su propio césped, tan titubeante como una hoja caída.

«Alguien ha perdido un buen sombrero», dijo el doctor Warner con sequedad.

Casi mientras hablaba, otro objeto pasó por encima del muro del jardín, volando tras el panamá revoloteante. Era un gran paraguas verde. Tras él cayó con estrépito una enorme maleta Gladstone amarilla, y tras ella llegó una figura como una rueda voladora de piernas, como la del escudo de la isla de Man.

Pero aunque por un destello pareció tener cinco o seis piernas, aterrizó sobre dos, como el hombre del extraño telegrama. Tomó la forma de un hombre grande, de pelo claro, vestido con alegre ropa verde de vacaciones. Tenía un pelo rubio y brillante que el viento echaba hacia atrás como el de un alemán, una cara encendida y ansiosa como la de un querubín, y una nariz prominente que señalaba, algo parecida a la de un perro. Su cabeza, sin embargo, no era de ninguna manera querúbrica en el sentido de carecer de cuerpo. Al contrario, sobre sus hombros vastos y su figura en general gigantesca, su cabeza parecía pequeña de un modo extraño y antinatural. Esto dio lugar a una teoría científica (que su conducta apoyó plenamente) según la cual era un idiota.

Inglewood tenía una cortesía instintiva y, sin embargo, torpe. Su vida estaba llena de medios gestos de ayuda interrumpidos. Y ni siquiera este prodigio de hombre grande de verde, que saltaba el muro como un brillante saltamontes verde, paralizó ese pequeño altruismo de sus costumbres ante un asunto como el de un sombrero perdido. Daba un paso adelante para recuperar el sombrero del caballero verde, cuando quedó rígido ante un rugido como el de un toro.

«¡Antideportivo!», bramó el hombre grande. «¡Denle juego limpio, denle juego limpio!». Y fue tras su propio sombrero con rapidez pero con cautela, con los ojos ardientes. El sombrero al principio había parecido languidecer y remolonear, como en ostentosa laxitud, sobre el césped soleado; pero el viento, que de nuevo refrescaba y arreciaba, lo hizo bajar bailando por el jardín con la diablura de un *pas de quatre*. El excéntrico fue tras él dando saltos de canguro y soltando ráfagas de palabras sin aliento, de las que no siempre era fácil recoger el hilo: «Juego limpio, juego limpio... deporte de reyes... persiguen sus coronas... muy humanitario... tramontana... los cardenales persiguen sombreros rojos... vieja caza inglesa... levanté un sombrero en Bramber Combe... sombrero acorralado... perros destrozados... ¡Lo tengo!».

Mientras el viento pasaba de un rugido a un chillido, saltó hacia el cielo sobre sus fuertes y fantásticas piernas, agarró el sombrero que se escapaba, falló y cayó de bruces, despatarrado sobre la hierba. El sombrero se alzó sobre él como un pájaro en triunfo. Pero su triunfo fue prematuro; porque el lunático, lanzado hacia delante sobre las manos, alzó las botas por detrás, agitó sus dos piernas en el aire como estandartes simbólicos (de modo que realmente volvieron a pensar en el telegrama) y de verdad atrapó el sombrero con los pies. Un grito de viento largo y penetrante partió el firmamento de un extremo a otro. A todos los hombres los cegó la ráfaga invisible, como por una extraña y clara catarata de transparencia que se precipitara entre ellos y todos los objetos que los rodeaban. Pero cuando el hombre grande cayó hacia atrás, sentado, y se coronó solemnemente con el sombrero, Mi-

chael descubrió, con incrédula sorpresa, que había estado conteniendo el aliento, como un hombre que presencia un duelo.

Mientras aquel viento alto estaba en el colmo de su energía rasca-cielos, se oyó otro grito breve, que empezó muy quejumbroso pero terminó muy rápido, tragado por un silencio abrupto. El cilindro negro y reluciente del sombrero oficial del doctor Warner salió volando de su cabeza en la larga y suave parábola de un dirigible y, casi al coronar un árbol del jardín, quedó prendido en las ramas más altas. Otro sombrero se había ido. Los que estaban en aquel jardín se sintieron atrapados en un remolino desacostumbrado de cosas que ocurrían; nadie parecía saber qué se llevaría el viento a continuación. Antes de que pudieran especular, el cazador de sombreros, vitoreando y gritando, ya estaba a medio árbol, columpiándose de horquilla en horquilla con sus fuertes piernas de saltamontes, dobladas, y seguía soltando sus jadeantes y misteriosos comentarios.

«Árbol de la vida... Ygdrasil... trepar durante siglos quizá... lechuzas anidando en el sombrero... las más remotas generaciones de lechuzas... siguen siendo usurpadoras... idas al cielo... el hombre de la luna lo lleva... bandido... no es suyo... pertenece a un médico deprimido... en el jardín... entréguelo... ¡entréguelo!».

El árbol se balanceaba, barría y azotaba de un lado a otro en el viento atronador como un cardo, y ardía a pleno sol como una hoguera. La figura humana verde y fantástica, vívida contra su rojo y oro otoñales, estaba ya entre sus ramas más altas y más locas, que por pura suerte no se quebraban con el peso de su cuerpo grande. Estaba allá arriba, entre las últimas hojas agitadas y las primeras estrellas titilantes de la tarde, hablando todavía consigo mismo con alegría, razonando, medio disculpándose, en pequeños jadeos. Bien podía estar sin aliento, porque toda su disparatada incursión había ocurrido de una sola arrancada: había saltado el muro una vez como un balón, había recorrido el jardín como un tobogán y había subido al árbol como un cohete. Los otros tres hombres parecían enterrados bajo incidente

amontonado sobre incidente, un mundo salvaje donde una cosa empezaba antes de que otra terminara. Los tres tuvieron el mismo primer pensamiento. El árbol había estado allí los cinco años que llevaban conociendo la casa de huéspedes. Cada uno de ellos era activo y fuerte. Ninguno había pensado siquiera en trepar a él. Más allá de eso, Inglewood sintió primero el mero hecho del color. Las hojas brillantes y vivaces, el cielo azul y desolado, los brazos y piernas verdes y salvajes le recordaron de un modo irracional algo que resplandecía en su infancia, algo emparentado con un hombre chillón en un árbol dorado; quizá solo fuera un mono pintado en un palo. Curiosamente, Michael Moon, aunque más humorista, fue tocado en un nervio más tierno, recordó a medias las viejas y jóvenes funciones teatrales con Rosamund, y se divirtió al hallarse casi citando a Shakespeare:

«Por valor. ¿No es el amor un Hércules,
que sigue trepando a los árboles de las Hespérides?».

Hasta el inamovible hombre de ciencia tuvo la sensación, luminosa y desconcertada, de que la Máquina del Tiempo había dado una gran sacudida y avanzaba con una rapidez más bien estrepitosa.

No estaba, sin embargo, del todo preparado para lo que ocurrió después. El hombre de verde, que cabalgaba la frágil rama más alta como una bruja en una escoba muy arriesgada, alcanzó y arrancó el sombrero negro de su nido aéreo de ramitas. Se había roto atravesado sobre una rama gruesa en la primera arremetida de su paso, una maraña de ramas lo había desgarrado, rayado y arañado en todas direcciones, un golpe de viento y follaje lo había aplastado como un acordeón; y no puede decirse que el servicial caballero de la nariz afilada mostrara una ternura adecuada por su estructura cuando por fin lo desenganchó de su sitio. Una vez que lo tuvo, sin embargo, su proceder fue considerado singular por algunos. Lo agitó con un fuerte alarido de triunfo, e inmediatamente pareció caer de espaldas del árbol, al que, sin embar-

go, siguió sujeto por sus piernas largas y fuertes, como un mono colgado de la cola. Colgado así, cabeza abajo, sobre el desprotegido Warner, procedió con gravedad a dejar caer el cilindro de seda maltrecho sobre su frente. «Todo hombre un rey», explicó el filósofo invertido, «todo sombrero (en consecuencia) una corona. Pero esta es una corona caída del cielo».

Y volvió a intentar la coronación de Warner, quien, sin embargo, se apartó con gran brusquedad de la diadema que se cernía sobre él, sin parecer, por extraño que fuera, desear su antigua condecoración en su estado presente.

«¡Mal, mal!», exclamó la persona servicial con hilaridad. «¡Lleve siempre uniforme, aunque sea un uniforme raído! Los ritualistas pueden andar siempre desaliñados. Vaya a un baile con hollín en la pechera, pero vaya con pechera. El cazador usa una casaca vieja, pero una casaca roja vieja. Lleve chistera, aunque no tenga copa. Lo que cuenta es el símbolo, viejo camarada. Tome su sombrero, porque después de todo es su sombrero; con el pelo gastado del todo por la corteza, queridos, y el ala sin un solo rizo; pero por los viejos tiempos sigue siendo, queridos, el sombrero más elegante del mundo».

Hablando así, con una comodidad salvaje, acomodó o aplastó el sombrero informe de seda sobre la cara del médico perturbado, y cayó de pie entre los otros hombres, todavía hablando, radiante y sin alienar.

«¿Por qué no hacen más juegos con el viento?», preguntó con cierta excitación. «Las cometas están muy bien, pero ¿por qué solo las cometas? Pues pensé en otros tres juegos para un día de viento mientras trepaba a ese árbol. Aquí tienen uno de ellos: se toma mucha pimienta...».

«Creo», interrumpió Moon, con una mansedumbre sardónica, «que sus juegos ya son bastante interesantes. ¿Es usted, permítame preguntarle, un acróbata profesional de gira, o un anuncio ambulante de Sunny Jim? ¿Cómo y por qué exhibe toda esta energía para saltar mu-

ros y trepar a árboles en nuestros melancólicos, pero al menos racionales, suburbios?».

El forastero, hasta donde una persona tan ruidosa era capaz de ello, pareció volverse confidencial.

«Bueno, es un truco mío», confesó con franqueza. «Lo hago teniendo dos piernas».

Arthur Inglewood, que se había hundido en el fondo de aquella escena de locura, se sobresaltó y miró fijamente al recién llegado, con los ojos de miope entornados y su fuerte color ligeramente más subido.

«Pero si creo que eres Smith», exclamó con su voz fresca, casi de muchacho; y luego, tras un instante de mirada fija: «y sin embargo no estoy seguro».

«Tengo una tarjeta, creo», dijo el desconocido, con una solemnidad desconcertante: «una tarjeta con mi verdadero nombre, mis títulos, cargos y el verdadero propósito que tengo en esta tierra».

Sacó lentamente de un bolsillo alto del chaleco un tarjetero escarlata, y con la misma lentitud extrajo una tarjeta muy grande. Incluso en el instante en que apareció, creyeron que tenía una forma rara, distinta de las tarjetas de los caballeros comunes. Pero solo estuvo allí un instante; pues al pasar de sus dedos a los de Arthur, uno u otro soltó su presa. El vendaval estridente y desgarrador de aquel jardín se llevó la tarjeta del forastero, para unirla al salvaje papel de desecho del universo; y aquel gran viento del oeste sacudió toda la casa y pasó.

II. El equipaje de un optimista

Todos recordamos los cuentos de hadas de la ciencia en nuestra infancia, que jugaban con la suposición de que los animales grandes pudieran saltar en la proporción de los pequeños. Si un elefante fuera tan fuerte como un saltamontes, podría (supongo) salir de un brinco del Jardín Zoológico y aterrizar barritando en Primrose Hill. Si una ballena pudiera brincar del mar como una trucha, quizá los hombres alzarían la vista y verían una planeando sobre Yarmouth como la isla alada de Laputa. Tal energía natural, aunque sublime, sin duda podría resultar inconveniente, y mucha de esa inconveniencia acompañaba la alegría y las buenas intenciones del hombre de verde. Era demasiado grande para todo, porque era vivaz además de grande. Por una afortunada disposición física, la mayoría de las criaturas muy corpulentas son también reposadas; y las casas de huéspedes de clase media en los barrios menores de Londres no están hechas para un hombre grande como un toro y excitable como un gatito.

Cuando Inglewood siguió al forastero hasta la casa de huéspedes, lo encontró hablando con fervor (y, en su opinión, en privado) con la desvalida señora Duke. Aquella señora gorda y desfallecida solo podía boquear mirando hacia arriba, como un pez moribundo, al enorme caballero nuevo, que se ofrecía cortésmente como huésped con vastos ademanes del ancho sombrero blanco que llevaba en una mano y de la maleta Gladstone amarilla que llevaba en la otra. Por fortuna, la sobrina de la señora Duke, más eficaz y socia suya, estaba allí para cerrar el contrato; pues, en verdad, toda la gente de la casa se había reunido de algún modo en la habitación. Este hecho, a decir verdad, era típico de todo el episodio. El visitante creaba una atmósfera de crisis cómica; y desde el momento en que entró en la casa hasta el momento en que la dejó, de algún modo consiguió que la compañía se juntara y hasta

lo siguiera (aunque con burla), como los niños se juntan y siguen a un teatrillo de Punch y Judy. Una hora antes, y durante los cuatro años anteriores, esas personas se habían evitado unas a otras, incluso cuando de verdad se apreciaban. Se habían escurrido de entrada y salida por habitaciones lúgubres y desiertas en busca de periódicos determinados o de labores privadas de aguja. Aun ahora llegaban todos con aire casual, como movidos por intereses diversos; pero llegaban todos. Estaba el azorado Inglewood, todavía una especie de sombra roja; estaba el nada azorado Warner, una sustancia pálida pero sólida. Estaba Michael Moon, que ofrecía como un acertijo el contraste entre la tosquedad caballar de su ropa y la sombría sagacidad de su rostro. Ahora lo acompañaba su compinche, todavía más cómico, Moses Gould. Pavoneándose sobre sus piernas cortas con una próspera corbata púrpura, era el más alegre de los perrillos sin Dios; pero también como un perro en esto, que por mucho que bailara y moviera la cola de contento, los dos ojos oscuros a cada lado de su nariz protuberante brillaban lúgubres como botones negros. Estaba la señorita Rosamund Hunt, todavía con el hermoso sombrero blanco enmarcando su cara cuadrada y bien parecida, y todavía con su aire natural de ir vestida para alguna fiesta que nunca llegó a celebrarse. También ella, como el señor Moon, tenía una nueva compañera, nueva solo hasta donde llega este relato, pero en realidad una vieja amiga y protegida. Era una joven delgada, de gris oscuro, sin nada notable salvo una mata de pelo rojo apagado, cuya forma daba de algún modo a su rostro pálido ese aspecto triangular, casi puntiagudo, que daban el tocado bajo y la rica gola profunda de las bellezas isabelinas. Su apellido parecía ser Gray, y la señorita Hunt la llamaba Mary, en ese tono indescriptible que se aplica a una persona a su cargo que se ha convertido casi en amiga. Llevaba una pequeña cruz de plata sobre su ropa gris, muy de oficina, y era la única del grupo que iba a la iglesia. Por último, pero no por ello la menos importante, estaba Diana Duke, que estudiaba al recién llegado con ojos de acero y escuchaba con atención cada palabra idiota que de-

cía. En cuanto a la señora Duke, le sonreía mirándolo hacia arriba, pero nunca soñó con escucharlo. Nunca había escuchado de verdad a nadie en su vida; lo cual, decían algunos, era la razón de que hubiera sobrevivido.

Con todo, a la señora Duke le agradaba la concentración de cortesía que el nuevo huésped dirigía hacia ella; pues nadie le hablaba nunca en serio, como tampoco ella escuchaba en serio a nadie. Y casi resplandeció cuando el forastero, con gestos de explicación todavía más amplios y casi giratorios, de su enorme sombrero y su maleta, se disculpó por haber entrado por el muro en vez de por la puerta principal. Se entendió que lo achacaba a una desafortunada tradición familiar de pulcritud y cuidado de la ropa.

«Mi madre era bastante estricta en eso, a decir verdad», dijo, bajando la voz, a la señora Duke. «Nunca le gustó que perdiera la gorra en el colegio. Y cuando a un hombre le han enseñado a ser ordenado y pulcro, se le queda pegado».

La señora Duke exclamó débilmente que estaba segura de que había tenido una buena madre; pero su sobrina parecía inclinada a indagar más en el asunto.

«Tiene una idea curiosa de la pulcritud», dijo, «si consiste en saltar muros de jardín y trepar a árboles de jardín. Un hombre no puede trepar a un árbol muy pulcramente».

«Puede franquear un muro con pulcritud», dijo Michael Moon; «yo lo vi hacerlo».

Smith parecía mirar a la muchacha con genuino asombro. «Mi querida señorita», dijo, «yo estaba ordenando el árbol. No querrá usted allí sombreros del año pasado, ¿verdad?, como tampoco las hojas del año pasado. El viento se lleva las hojas, pero con el sombrero no pudo; ese viento, supongo, ha ordenado hoy bosques enteros. Qué idea tan rara esta de que el orden es algo tímido y quieto; pero si el orden es un trabajo de gigantes. No se puede ordenar nada sin desordenarse uno mismo; mire mis pantalones. ¿No lo sabe? ¿No ha hecho nunca

una limpieza de primavera?».

«Ah, sí, señor», dijo la señora Duke, casi con ansia. «Encontrará todo eso muy agradable». Por primera vez había oído dos palabras que podía entender.

La señorita Diana Duke pareció estudiar al forastero con una especie de espasmo de cálculo; luego sus ojos negros chasquearon de decisión, y dijo que podía tener un dormitorio determinado en el último piso, si quería: y el silencioso y sensible Inglewood, que había estado en el potro del tormento durante todo ese malentendido, se ofreció ansioso a acompañarlo hasta la habitación. Smith subió la escalera de cuatro en cuatro, y cuando se golpeó la cabeza contra el último techo, Inglewood tuvo la extraña sensación de que la alta casa era más baja de lo que solía ser.

Arthur Inglewood siguió a su viejo amigo, o a su nuevo amigo, pues no sabía muy bien cuál de los dos era. El rostro se parecía mucho al de su antiguo condiscípulo en un segundo y era muy distinto en otro. Y cuando Inglewood venció su cortesía natural hasta el punto de decir de pronto: «¿Te llamas Smith?», recibió solamente la respuesta poco aclaratoria: «Exacto; exacto. Muy bien. ¡Excelente!». Lo que a Inglewood le pareció, pensándolo después, más bien el habla de un recién nacido que acepta un nombre que la de un hombre hecho que lo admite.

A pesar de estas dudas sobre la identidad, el desdichado Inglewood miró cómo el otro deshacía el equipaje, y se quedó en su dormitorio en todas las actitudes impotentes del amigo varón. El señor Smith deshacía el equipaje con la misma especie de precisión giratoria con que trepaba a un árbol: arrojaba las cosas de la maleta como si fueran basura, y aun así lograba repartir en torno suyo, sobre el suelo, un dibujo bastante regular.

Mientras lo hacía seguía hablando de la misma manera algo jadeante (había subido la escalera de cuatro en cuatro, pero aun sin eso su estilo de hablar era entrecortado y fragmentario), y sus observaciones se-

guían siendo una sarta de imágenes más o menos significativas, pero a menudo sueltas.

«Como el día del juicio», dijo, arrojando una botella de modo que quedó, balanceándose, sobre su base. «La gente dice universo vasto... infinito y astronomía; no estoy seguro... creo que las cosas están demasiado juntas... empaquetadas; para viajar... las estrellas demasiado juntas, de veras... pero si el sol es una estrella, demasiado cerca para verlo bien; la tierra es una estrella, demasiado cerca para verla siquiera... demasiados guijarros en la playa; habría que ponerlos todos en anillos; demasiadas briznas de hierba para estudiarlas... las plumas de un pájaro marean el cerebro; espera a que se deshaga la maleta grande... quizá entonces todo pueda ponerse en su lugar».

Aquí se detuvo, literalmente para tomar aliento, arrojando una camisa al otro extremo de la habitación, y luego un frasco de tinta, de modo que cayó bastante ordenadamente más allá. Inglewood miró en torno aquel extraño desorden, mitad simétrico, con una duda creciente.

En efecto, cuanto más se exploraba el equipaje de vacaciones del señor Smith, menos se le podía encontrar sentido. Una de sus peculiaridades era que casi todo parecía estar allí por la razón equivocada; lo que es secundario para cualquier otro era primario para él. Envolvía una olla o una sartén en papel de estraza; y el ayudante irreflexivo descubría que la olla no valía nada, o hasta era innecesaria, y que lo verdaderamente precioso era el papel de estraza. Sacó dos o tres cajas de cigarros y explicó, con una sinceridad llana y desconcertante, que no fumaba, pero que la madera de caja de cigarros era con mucho la mejor para la marquetería. Exhibió también unas seis botellas pequeñas de vino, blanco y tinto, e Inglewood, al reparar por casualidad en un Volnay que sabía excelente, supuso al principio que el forastero era un entendido en vinos. Por eso se sorprendió al hallar que la botella siguiente era un vil clarete falso de las colonias, que ni siquiera los coloniales (para hacerles justicia) beben. Solo entonces advirtió que las

seis botellas tenían esos brillantes sellos metálicos de diversos matices, y parecían haber sido elegidas únicamente porque tienen los tres colores primarios y los tres secundarios: rojo, azul y amarillo; verde, violeta y naranja. Fue creciendo en Inglewood un sentimiento casi estremecedor de la verdadera puerilidad de aquel ser. Pues Smith era realmente inocente, hasta donde puede serlo la psicología humana. Tenía las sensualidades de la inocencia: amaba la pegajosidad de la goma, y cortaba la madera blanca con avidez, como si cortara una torta. Para este hombre el vino no era algo dudoso que defender o denunciar; era un jarabe de curioso color, como el que ve un niño en un escaparate. Hablaba de manera dominante y arrollaba la situación social; pero no se afirmaba a sí mismo, como un superhombre de una obra moderna. Se olvidaba simplemente de sí mismo, como un niño en una fiesta. De algún modo había dado el paso de gigante de la infancia a la edad adulta, y se había saltado esa crisis de la juventud en la que la mayoría de nosotros envejecemos.

Mientras empujaba su maleta grande, Arthur observó las iniciales I. S. impresas en uno de sus lados, y recordó que a Smith lo llamaban Innocent Smith en el colegio, aunque no recordaba si era como nombre de pila formal o como descripción moral. Estaba a punto de aventurar otra pregunta cuando llamaron a la puerta, y la figura baja del señor Gould se ofreció a la vista, con el melancólico Moon detrás, de pie como su alta sombra torcida. Habían subido la escalera a la deriva tras los otros dos hombres, con la errante gregariedad del varón.

«Espero que no sea una intromisión», dijo el radiante Moses con un fulgor de buen humor, pero sin el más ligero matiz de disculpa.

«La verdad es», dijo Michael Moon con relativa cortesía, «que pensamos ver si te habían instalado cómodamente. La señorita Duke es más bien...».

«Ya sé», exclamó el forastero, alzando la mirada radiante desde su maleta; «magnífica, ¿verdad? Acércate a ella: se oye pasar música militar, como Juana de Arco».

Inglewood miraba y miraba al que hablaba, como quien acaba de oír un cuento de hadas desatinado que, sin embargo, contiene un pequeño hecho olvidado. Porque recordaba cómo él mismo había pensado en Juana de Arco años atrás, cuando, apenas más que un colegial, llegó por primera vez a la casa de huéspedes. Hacía tiempo que el racionalismo pulverizador de su amigo el doctor Warner había aplastado esas ignorancias juveniles y esos sueños desproporcionados. Bajo el escepticismo warneriano y la ciencia de los tipos humanos sin esperanza, Inglewood había llegado hacía tiempo a considerarse un tipo tímido, insuficiente y «débil», que nunca se casaría; a considerar a Diana Duke como una criada materialista; y a considerar su primera fantasía por ella como la pequeña y sosa farsa de un universitario que besa a la hija de su casera. Y sin embargo la frase sobre la música militar lo conmovió de modo extraño, como si hubiera oído aquellos tambores lejanos.

«Tiene que ahorrar bastante, como es natural», dijo Moon, mirando alrededor la habitación más bien enana, con su cuña de techo inclinado, como la caperuza cónica de un enano.

«Una caja algo pequeña para usted, señor», dijo el chistoso señor Gould.

«Pero es una habitación espléndida», respondió el señor Smith con entusiasmo, con la cabeza dentro de su maleta Gladstone. «Me encantan estas habitaciones puntiagudas, como góticas. Por cierto», gritó, señalando de un modo que sobresaltó a todos, «¿adónde lleva esa puerta?».

«A la muerte segura, diría yo», respondió Michael Moon, mirando hacia una trampilla manchada de polvo y en desuso, en el techo inclinado de la buhardilla. «No creo que haya ahí un desván; y no sé a qué otra cosa podría llevar». Mucho antes de que terminara la frase, el hombre de las fuertes piernas verdes había saltado hacia la puerta del techo, se había encaramado como pudo al borde de debajo, la había forzado tras un forcejeo y se había metido por ella. Por un momento

vieron las dos piernas simbólicas de pie, como una estatua truncada; luego desaparecieron. Por el hueco así abierto en el tejado apareció el cielo vacío y lúcido del atardecer, con una gran nube multicolor que lo cruzaba navegando como un condado entero puesto del revés.

«¡Hola, muchachos!», llegó el grito lejano de Innocent Smith, al parecer desde algún remoto pináculo. «Suban aquí; y traigan algunas de mis cosas de comer y de beber. Es el lugar justo para un picnic».

Con un impulso repentino, Michael agarró dos de las botellitas de vino, una en cada puño robusto; y Arthur Inglewood, como hipnotizado, buscó a tientas una lata de galletas y un gran tarro de jengibre. La enorme mano de Innocent Smith, que apareció por la abertura como la de un gigante de cuento de hadas, recibió estos tributos y se los llevó al nido de águila; luego ellos dos se izaron por la ventana. Ambos eran atléticos, e incluso gimnastas; Inglewood por su preocupación por la higiene, y Moon por su preocupación por el deporte, que no era tan ocioso e inactivo como el del deportista medio. Ambos tuvieron también un acceso aturdidor de sensación celestial cuando se abrió la puerta del tejado, como si se hubiera abierto una puerta en el cielo y pudieran salir trepando al mismísimo techo del universo. Eran dos hombres que llevaban mucho tiempo encarcelados sin saberlo en lo corriente, aunque uno lo tomaba cómicamente y el otro en serio. Ambos eran, sin embargo, hombres en quienes el sentimiento nunca había muerto. Pero el señor Moses Gould sentía un desprecio igual por su atletismo suicida y por su trascendentalismo subconsciente, y se quedó de pie riéndose de la cosa con la racionalidad desvergonzada de otra raza.

Cuando el singular Smith, a horcajadas sobre una chimenea, supo que Gould no los seguía, su oficiosidad infantil y su buen natural lo obligaron a zambullirse de nuevo en la buhardilla para consolarlo o persuadirlo; e Inglewood y Moon quedaron solos en el largo caballete gris verdoso del tejado de pizarra, con los pies contra los canalones y la espalda contra las chimeneas, mirándose con agnosticismo. Su pri-

mera sensación fue que habían salido a la eternidad, y que la eternidad se parecía mucho al mundo al revés. A los dos se les ocurrió una definición: que habían salido a la luz de aquella ignorancia lúcida y radiante en la que habían comenzado todas las creencias. El cielo sobre ellos estaba lleno de mitología. El firmamento parecía lo bastante hondo para contener a todos los dioses. La esfera del éter pasaba gradualmente del verde al amarillo, como una gran fruta verde. Alrededor del sol hundido era como un limón; por todo el este era una especie de verde dorado, que hacía pensar más bien en una ciruela claudia; pero el conjunto tenía todavía el vacío del día y nada del secreto del crepúsculo. Esparcidos aquí y allá por aquel oro y verde pálido había cascos y masas hechas añicos de nubes de un púrpura de tinta, que parecían caer hacia la tierra en toda clase de perspectivas colosales. Una de ellas tenía realmente el carácter de alguna imagen asiria de muchas mitras, muchas barbas y muchas alas, de cabeza enorme hacia abajo, arrojada del cielo: una especie de falso Jehová, que quizá era Satanás. Todas las otras nubes tenían formas disparatadas con pináculos, como si los palacios del dios hubieran sido lanzados tras él.

Y sin embargo, mientras el cielo vacío estaba lleno de catástrofe silenciosa, la altura de los edificios humanos sobre los que estaban sentados contenía aquí y allá un pequeño ruido trivial que era la antítesis exacta; y oyeron, a unas seis calles de distancia, a un chico que pregonaba periódicos y una campana que llamaba a la capilla. También podían oír la conversación en el jardín de abajo; y se dieron cuenta de que el irreprimible Smith debía de haber seguido a Gould escaleras abajo, pues se oían sus acentos ansiosos y suplicantes, seguidos por las protestas medio bromistas de la señorita Duke y por la risa plena y muy juvenil de Rosamund Hunt. El aire tenía esa bondad fría que viene después de una tormenta. Michael Moon lo bebía con un deleite tan serio como el que había puesto en beber la botellita de clarete barato, que había vaciado casi de un trago. Inglewood seguía comiendo jengibre muy despacio y con una solemnidad insondable como el cielo

sobre él. Quedaba aún suficiente agitación en la frescura de la atmósfera para hacerles casi creer que podían oler la tierra del jardín y las últimas rosas del otoño. De pronto llegó desde la habitación que oscurecía un ping y un pong plateados que les dijeron que Rosamund había sacado la mandolina largamente descuidada. Tras las primeras notas se oyó otra vez más risa lejana, como de campanillas.

«Inglewood», dijo Michael Moon, «¿has oído alguna vez que soy un canalla?».

«No lo he oído, y no lo creo», respondió Inglewood, tras una pausa extraña. «Pero he oído que eras, como suele decirse, algo salvaje».

«Si has oído que soy salvaje, puedes desmentir el rumor», dijo Moon, con una calma extraordinaria; «soy manso. Soy completamente manso; soy más o menos la bestia más mansa que se arrastra. Bebo demasiado del mismo whisky a la misma hora cada noche. Incluso bebo más o menos la misma cantidad de más. Voy al mismo número de tabernas. Me encuentro con las mismas malditas mujeres de cara malva. Oigo el mismo número de cuentos sucios, por lo general los mismos cuentos sucios. Puedes asegurar a mis amigos, Inglewood, que tienes delante a una persona a la que la civilización ha domesticado por completo».

Arthur Inglewood miraba con sentimientos que casi le hicieron caer del tejado, pues en verdad el rostro del irlandés, siempre siniestro, era ahora casi demoníaco.

«¡Maldita sea!», gritó Moon, agarrando de pronto la botella vacía de clarete; «este es casi el vino más aguado y asqueroso que he descorchado nunca, y es la única bebida que he disfrutado de verdad en nueve años. Nunca fui salvaje hasta hace apenas diez minutos». Y lanzó la botella silbando, como una rueda de vidrio, lejos, más allá del jardín, hasta el camino, donde, en el hondo silencio de la tarde, hasta pudo oírse quebrarse y esparcirse sobre las piedras.

«Moon», dijo Arthur Inglewood, algo ronco, «no debes ser tan amargo. Todos tenemos que tomar el mundo tal como lo encontramos; cla-

ro que a menudo lo encontramos un poco aburrido...».

«Ese tipo no», dijo Michael con decisión; «me refiero a ese tipo, Smith. Se me ocurre que hay método en su locura. Parece que pudiera convertir en un país de maravillas cualquier cosa en cualquier minuto, con solo dar un paso fuera del camino llano. ¿Quién habría pensado en esa trampilla? ¿Quién habría pensado que este maldito clarete colonial podía saber bastante bien entre las chimeneas? Quizá esa sea la verdadera llave del país de las hadas. Quizá los asquerosos cigarrillos Empire de Nosey Gould deberían fumarse solo en zancos, o algo por el estilo. Quizá la pierna fría de cordero de la señora Duke parecería muy apetitosa en lo alto de un árbol. Quizá hasta mi maldita, sucia y monótona llovizna de whisky Old Bill...».

«No seas tan duro contigo mismo», dijo Inglewood, con seria aflicción. «El aburrimiento no es culpa tuya ni del whisky. Los tipos que no... los tipos como yo, quiero decir, sentimos exactamente lo mismo, que todo es más bien soso y un fracaso. Pero el mundo está hecho así; todo es supervivencia. Algunos están hechos para salir adelante, como Warner; y otros para quedarse quietos, como yo. No puedes evitar tu temperamento. Sé que eres mucho más inteligente que yo; pero no puedes evitar tener todas las costumbres sueltas de un pobre literato, y yo no puedo evitar tener todas las dudas y la impotencia de un pobre científico menor, como un pez no puede evitar flotar ni un helecho puede evitar enroscarse. La humanidad, como dijo tan bien Warner en aquella conferencia, consiste de veras en tribus muy distintas de animales, todos disfrazados de hombres».

En el jardín en penumbra, el zumbido de la charla se vio roto de repente por el instrumento musical de la señorita Hunt, que estalló con la brusquedad de la artillería en una melodía vulgar pero brillante.

La voz de Rosamund subió rica y fuerte con la letra de alguna necia canción de moda sobre negros:

«Los negros cantan una canción en la vieja plantación,

la cantan como la cantábamos en días ya lejanos».

Los ojos castaños de Inglewood se suavizaron y entristecieron aún más mientras proseguía su monólogo de resignación al compás de una melodía tan alegre y romántica. Pero los ojos azules de Michael Moon se aclararon y endurecieron con una luz que Inglewood no comprendió. Muchos siglos, y muchas aldeas y valles, habrían sido más felices si Inglewood o los compatriotas de Inglewood hubieran comprendido alguna vez esa luz, o hubieran adivinado a la primera ojeada que era la estrella de batalla de Irlanda.

«Nada podrá cambiarlo nunca; está en las ruedas del universo», prosiguió Inglewood, en voz baja: «unos hombres son débiles y otros fuertes, y lo único que podemos hacer es saber que somos débiles. He estado enamorado muchas veces, pero no podía hacer nada, porque recordaba mi propia inconstancia. He formado opiniones, pero no tengo el descaro de imponerlas, porque las he cambiado muchas veces. Esa es la conclusión, viejo amigo. No podemos fiarnos de nosotros mismos... y no podemos remediarlo».

Michael se había puesto en pie, y estaba en equilibrio en una posición peligrosa al extremo del tejado, como alguna estatua oscura suspendida sobre su hastial. Detrás de él, enormes nubes de un púrpura casi imposible giraban lentamente patas arriba en la anarquía silenciosa del cielo. Su giro hacía que la figura oscura pareciera aún más vertiginosa.

«Vamos a...», dijo, y de pronto calló.

«¿Vamos a qué?», preguntó Arthur Inglewood, levantándose igual de rápido aunque algo más cautelosamente, pues su amigo parecía hallar dificultad para hablar.

«Vamos a hacer algunas de esas cosas que no podemos hacer», dijo Michael.

En el mismo momento estallaron por la trampilla, bajo ellos, el pelo de cacatúa y el rostro encendido de Innocent Smith, que les gritaba

que tenían que bajar porque el «concierto» estaba en pleno apogeo y el señor Moses Gould iba a recitar «El joven Lochinvar».

Al descolgarse en la buhardilla de Innocent estuvieron a punto de volver a tropezar con sus entretenidos bártulos. Inglewood, que miraba el suelo desordenado, pensó instintivamente en el suelo desordenado de una habitación de niños. Por eso se conmovió más, e incluso se escandalizó, cuando su mirada cayó sobre un gran revólver americano bien pulido.

«¡Caramba!», exclamó, retrocediendo ante el brillo acerado como los hombres retroceden ante una serpiente; «¿tienes miedo de los ladrones? ¿O cuándo y por qué repartes muerte con esa ametralladora?».

«¡Ah, eso!», dijo Smith, dándole una sola mirada; «con eso reparto vida»; y bajó saltando las escaleras.

III. La bandera de Beacon

Durante todo el día siguiente reinó en Beacon House la loca sensación de que era el cumpleaños de todos. Está de moda hablar de las instituciones como de cosas frías y asfixiantes. La verdad es que, cuando las personas están de un ánimo excepcionalmente alegre, verdaderamente desbocadas de libertad e invención, siempre tienen que crear instituciones, y siempre las crean. Cuando los hombres están cansados caen en la anarquía; mientras están alegres y vigorosos, inevitablemente hacen reglas. Esto, que es cierto de todas las iglesias y repúblicas de la historia, lo es también del más trivial juego de salón o del más ingenuo retozo de prado. Nunca somos libres hasta que alguna institución nos libera, y la libertad no puede existir mientras no la declare una autoridad. Hasta la salvaje autoridad del arlequín Smith seguía siendo autoridad, porque producía por todas partes una cosecha de reglamentos y condiciones disparatados. Llenaba a todos de su propia vida medio lunática, pero esta no se expresaba en destrucción, sino más bien en una construcción vertiginosa y tambaleante. Cada persona que tenía una afición la veía convertirse en una institución. Las canciones de Rosamund parecían fundirse en una especie de ópera; las bromas y los artículos de Michael, en una revista. Su pipa y la mandolina de ella parecían formar entre las dos una suerte de concierto de fumadores. El tímido y desconcertado Arthur Inglewood casi luchaba contra su propia importancia creciente. Sentía que, a pesar suyo, sus fotografías se estaban convirtiendo en una galería de cuadros y su bicicleta en una gincana. Pero nadie tenía tiempo de criticar estos estamentos y cargos improvisados, pues se sucedían en desenfrenada serie, como los temas de un conversador divagante.

La existencia con un hombre así era una carrera de obstáculos hecha de obstáculos agradables. De cualquier objeto casero y trivial saca-

ba carretes de exageración, como un prestidigitador. Nada podía haber más tímido e impersonal que la fotografía del pobre Arthur. Pero se veía al disparatado Smith ayudándolo con ahínco durante las soleadas horas de la mañana, y por la pensión empezó a desplegarse una serie indefendible que se llamó «Fotografía Moral». No era sino una versión de la vieja broma del fotógrafo, que pone la misma figura dos veces en una placa y hace que un hombre juegue al ajedrez consigo mismo, cene consigo mismo, y así sucesivamente. Pero estas placas eran más histéricas y ambiciosas, como «La señorita Hunt se olvida de sí misma», que mostraba a esa dama respondiendo a su propio entusiasmo al reconocerse con la más espantosa mirada de ignorancia; o «El señor Moon se interroga a sí mismo», en la que el señor Moon aparecía como un hombre llevado a la locura por su propio interrogatorio de abogado, conducido con un largo índice y un aire de feroz guasa. Una trilogía de gran éxito, que representaba a Inglewood reconociendo a Inglewood, a Inglewood postrándose ante Inglewood y a Inglewood golpeando severamente con un paraguas a Inglewood, quiso Innocent Smith que se ampliara y se colgara en el vestíbulo, como una especie de fresco, con la inscripción:

«Respeto de sí, conocimiento de sí, dominio de sí:
estas tres cosas solas harán de un hombre un pedante».

TENNYSON.

Nada, por otra parte, podía haber más prosaico e impenetrable que las energías domésticas de la señorita Diana Duke. Pero Innocent había descubierto, no se sabe cómo, que su ahorrativa costura iba unida a un considerable cuidado femenino por el vestir, la única cosa femenina que nunca le había fallado a su solitario amor propio. En consecuencia, Smith la importunó con una teoría (que parecía tomar realmente en serio) según la cual las señoras podían combinar la economía con la magnificencia si dibujaban con tiza claros motivos sobre un

vestido liso y luego los sacudían para quitarlos. Montó la «Compañía Relámpago de Modistería de Smith», con dos biombos, un cartel de cartón y una caja de tizas de colores vivos y blandos; y la señorita Diana llegó a arrojarle una bata negra de trabajo ya desechada para que ejercitara en ella los talentos de una modista. En un momento produjo para ella una prenda encendida de girasoles rojos y dorados; ella se la acercó un instante a los hombros y pareció una emperatriz. Y Arthur Inglewood, unas horas después, mientras limpiaba su bicicleta (con su aire habitual de estar inextricablemente escondido en ella), levantó la vista, y su cara acalorada se acaloró más, pues Diana se detuvo riendo un instante en el umbral, y su oscuro vestido era rico en el verde y púrpura de grandes pavos reales decorativos, como un jardín secreto de «Las mil y una noches». Una punzada demasiado rápida para llamarla dolor o placer le atravesó el corazón como una espada de otros tiempos. Recordó lo bonita que la había encontrado años atrás, cuando estaba dispuesto a enamorarse de cualquiera; pero era como recordar la adoración de alguna princesa babilónica en una existencia anterior. La siguiente vez que la vio (y se sorprendió esperándola) ya habían sacudido la tiza púrpura y verde, y ella pasó de prisa con su ropa de trabajo.

En cuanto a la señora Duke, ninguno de quienes conocían a esa matrona podía concebirla resistiéndose activamente a esta invasión que había puesto su casa patas arriba. Entre los observadores más exactos se creía seriamente que le gustaba. Pues era una de esas mujeres que en el fondo consideran a todos los hombres igualmente locos, animales salvajes de una especie totalmente aparte. Y es dudoso que viera algo más excéntrico o inexplicable en las meriendas de Smith sobre las chimeneas o en sus girasoles carmesí que en los productos químicos de Inglewood o en los discursos sardónicos de Moon. La cortesía, en cambio, es algo que cualquiera puede entender, y los modales de Smith eran tan corteses como poco convencionales. Ella decía que era «todo un caballero», con lo cual quería decir simplemente un hombre

de buen corazón, que es muy distinto. Se sentaba a la cabecera de la mesa con las manos gordas cruzadas y una gorda sonrisa cruzada durante horas y horas, mientras todos los demás hablaban a la vez. O casi todos; la única otra excepción era la dama de compañía de Rosamund, Mary Gray, cuyo silencio era de una índole mucho más ansiosa. Aunque nunca hablaba, siempre parecía a punto de hablar en cualquier momento. Quizá esa sea la definición misma de una dama de compañía. Innocent Smith parecía arrojarse, como a otras aventuras, a la aventura de hacerla hablar. Nunca lo consiguió, y sin embargo nunca fue desairado; si logró algo, fue solo llamar la atención sobre aquella figura callada y convertirla, aunque fuera muy poco, de una modestia en un misterio. Pero si era un enigma, todos reconocían que era un enigma fresco e intacto, como el enigma del cielo y los bosques en primavera. En efecto, aunque era algo mayor que las otras dos jóvenes, tenía un ardor de primera hora de la mañana, una fresca seriedad juvenil, que Rosamund parecía haber perdido en el mero gasto del dinero, y Diana en el mero cuidado de guardarlo. Smith la miraba una y otra vez. Los ojos y la boca estaban puestos en su rostro al revés, que era en realidad el derecho. Tenía el don de decirlo todo con la cara: su silencio era una especie de aplauso constante.

Pero entre los hilarantes experimentos de aquel asueto (que parecía más bien la fiesta de una semana que de un día) hay uno que se alza sobre los demás, no porque fuera más tonto o más exitoso que los otros, sino porque de esta locura en particular fluyeron todos los extraños sucesos que iban a seguir. Todas las demás bromas pesadas estallaron por sí solas y dejaron un vacío; todas las demás ficciones se replegaron sobre sí mismas y acabaron como acaba una canción. Pero la cadena de sucesos sólidos y sorprendentes, que iba a incluir un cabriolé de alquiler, un detective, una pistola y una licencia de matrimonio, fue posible en primer lugar por la broma del Alto Tribunal de Beacon.

Había nacido, no de Innocent Smith, sino de Michael Moon. Estaba en un extraño estado de exaltación y apremio, y hablaba sin cesar; y

sin embargo nunca había estado más sarcástico, y hasta inhumano. Usaba su vieja e inútil ciencia de abogado para hablar con gracia de un tribunal que era una parodia de las pomposas anomalías de la ley inglesa. El Alto Tribunal de Beacon, declaraba, era un espléndido ejemplo de nuestra libre y sensata constitución. Lo había fundado el rey Juan desafiando la Carta Magna, y tenía ahora poder absoluto sobre los molinos de viento, las licencias de vinos y licores, las damas que viajan por Turquía, la revisión de sentencias por robo de perros y parricidio, y cualquier cosa que ocurriera en la ciudad de Market Bosworth. Los ciento nueve senescales del Alto Tribunal de Beacon se reunían una vez cada cuatro siglos; pero en los intervalos (como explicaba el señor Moon) todos los poderes de la institución recaían en la señora Duke. Sin embargo, zarandeado entre el resto de la compañía, el Alto Tribunal no conservó su seriedad histórica y legal, sino que se empleó con cierta falta de escrúpulos en un tumulto de detalles domésticos. Si alguien derramaba la salsa Worcester sobre el mantel, estaba seguro de que era un rito sin el cual las sesiones y los fallos del Tribunal serían inválidos; o si alguien quería que una ventana siguiera cerrada, recordaba de repente que nadie más que el tercer hijo del señor de la heredad de Penge tenía derecho a abrirla. Llegaron hasta el extremo de practicar arrestos y de llevar investigaciones criminales. El proyectado juicio de Moses Gould por patriotismo quedaba algo por encima de la comprensión de los presentes, en especial de la del acusado; pero el juicio de Inglewood por difamación fotográfica, y su triunfante absolución por alegato de demencia, fueron reconocidos como dignos de la mejor tradición del Tribunal.

Pero cuando Smith estaba de humor desbocado se volvía más y más serio, no más y más frívolo como Michael Moon. Esta propuesta de un tribunal privado de justicia, que Moon había lanzado con el desapego de un humorista político, Smith la agarró con el ardor de un filósofo abstracto. Lo mejor que podían hacer, declaró, con mucho, era reclamar poderes soberanos hasta para el hogar individual.

«Tú crees en el gobierno autónomo de Irlanda; yo creo en el gobierno autónomo de los hogares», exclamó con vehemencia dirigiéndose a Michael. «Sería mejor que todo padre PUDIERA matar a su hijo, como entre los antiguos romanos; sería mejor, porque no moriría nadie. Hagamos una Declaración de Independencia de Beacon House. En ese jardín podríamos cultivar verduras suficientes para mantenernos, y cuando venga el recaudador de impuestos le diremos que nos bastamos solos, y le echaremos encima la manguera... Bueno, tal vez, como tú dices, no podríamos tener manguera, porque esa viene de la cañería general; pero podríamos cavar un pozo en esta creta, y con jarras de agua se haría mucho... Que esta sea de verdad Beacon House. ¡Encendamos una hoguera de independencia en el tejado, y veamos cómo casa tras casa le responde a través del valle del Támesis! ¡Fundemos la Liga de las Familias Libres! ¡Abajo el gobierno local! ¡Me importa un bledo el patriotismo local! Que cada casa sea un Estado soberano, como esta, y juzgue a sus propios hijos por su propia ley, como hacemos nosotros con el Tribunal de Beacon. Cortemos la amarra y empecemos a ser felices juntos, como si estuviéramos en una isla desierta».

«Conozco esa isla desierta», dijo Michael Moon; «solo existe en “El Robinsón suizo”. Un hombre siente un extraño deseo de alguna especie de leche vegetal, y zas, le cae encima un coco inesperado, lanzado por algún mono no descubierto. A un literato le entran ganas de componer un soneto, y enseguida un puerco espín solícito sale corriendo de un matorral y le dispara una de sus púas».

«No digas una palabra contra “El Robinsón suizo”», exclamó Innocent con gran calor. «Puede que no sea ciencia exacta, pero es filosofía rigurosamente exacta. Cuando de veras naufragas, de veras encuentras lo que quieres. Cuando estás de veras en una isla desierta, nunca la encuentras desierta. Si estuviéramos de veras sitiados en este jardín, encontraríamos un centenar de pájaros ingleses y de bayas inglesas que nunca supimos que estaban aquí. Si nos quedáramos aislados por la nieve en esta habitación, saldríamos ganando con leer decenas de li-

bro de esa biblioteca que ni siquiera sabemos que están ahí; tendríamos conversaciones entre nosotros, buenas y terribles conversaciones que nos iremos a la tumba sin sospechar; encontraríamos materiales para todo, para un bautizo, un casamiento o un funeral, sí, incluso para una coronación, si no decidiéramos ser una república».

«Una coronación al estilo de “El Robinsón suizo”, supongo», dijo Michael riendo. «Oh, ya sé que en esa atmósfera encontrarías de todo. Si quisiéramos algo tan simple, por ejemplo, como un dosel de coronación, bajaríamos más allá de los geranios y hallaríamos el Árbol del Dosel en plena floración. Si quisiéramos una bagatela como una corona de oro, pues estaríamos arrancando dientes de león y encontraríamos una mina de oro bajo el césped. Y cuando quisiéramos aceite para la ceremonia, supongo que una gran tormenta lo arrojaría todo a la playa y resultaría que había una ballena en la propiedad».

«Y bien podría HABER una ballena en la propiedad, que tú sepas», afirmó Smith, golpeando la mesa con pasión. «¡Apuesto a que nunca has examinado la propiedad! ¡Apuesto a que nunca has dado la vuelta por detrás como yo esta mañana! Porque he encontrado precisamente lo que dices que solo podría crecer en un árbol. Hay una especie de vieja tienda cuadrada apoyada contra el cubo de la basura; tiene tres agujeros en la lona y un palo roto, de modo que no sirve mucho como tienda, pero como dosel...». Y la voz le falló del todo para expresar su resplandeciente idoneidad; luego prosiguió con ardor polémico: «Ya ves que acepto cada desafío tal como lo planteas. Creo que todas las benditas cosas que dices que no podrían estar aquí han estado aquí todo el tiempo. Dices que quieres una ballena varada para sacar aceite. Pues hay aceite en esa aceitera que tienes al codo, y no creo que nadie la haya tocado ni pensado en ella desde hace años. Y en cuanto a tu corona de oro, ninguno de nosotros es rico, pero podríamos reunir de nuestros propios bolsillos monedas de diez chelines suficientes para ensartarlas alrededor de la cabeza de un hombre durante media hora; o uno de los brazaletes de oro de la señorita Hunt es casi lo bastante

grande para...».

La bienhumorada Rosamund casi se ahogaba de risa. «No es oro todo lo que reluce», dijo, «y además...».

«¡Qué error es ese!», exclamó Innocent Smith, levantándose de un salto, muy excitado. «Es oro todo lo que reluce, sobre todo ahora que somos un Estado Soberano. ¿De qué sirve un Estado Soberano si no puede definir un soberano? Podemos hacer de cualquier cosa un metal precioso, como los hombres en la mañana del mundo. No eligieron el oro porque fuera raro; sus científicos pueden nombrarle veinte clases de légamo mucho más raras. Eligieron el oro porque era brillante, porque era difícil de encontrar, pero hermoso una vez hallado. No se puede luchar con espadas de oro ni comer galletas de oro; solo se lo puede mirar, y se lo puede mirar aquí fuera».

Con uno de sus movimientos incalculables retrocedió de un salto y abrió de golpe las puertas que daban al jardín. Al mismo tiempo, con uno de esos gestos suyos que en el instante nunca parecían tan poco convencionales como eran, tendió la mano a Mary Gray y la sacó al césped como para un baile.

Las puertaventanas, abiertas así de par en par, dejaron entrar un atardecer aún más hermoso que el del día anterior. El poniente nadaba en colores sanguíneos, y una especie de llama soñolienta yacía a lo largo del césped. Las sombras retorcidas de los uno o dos árboles del jardín se dibujaban sobre ese brillo, no grises ni negras como a la luz común del día, sino como arabescos escritos con vívida tinta violeta en alguna página de oro oriental. La puesta de sol era una de esas conflagraciones festivas y a la vez misteriosas en que las cosas comunes nos recuerdan por sus colores cosas costosas o curiosas. Las pizarras del tejado inclinado ardían como las plumas de un inmenso pavo real, en toda misteriosa mezcla de azul y verde. Los ladrillos pardorrojizos del muro brillaban con todos los matices octubrinios de los fuertes vinos color rubí y leonados. El sol parecía prender cada objeto con una llama de diferente color, como un hombre que enciende fuegos artifi-

ciales; y hasta el cabello de Innocent, de un rubio más bien desvaído, parecía llevar una llama de oro pagano mientras cruzaba a zancadas el césped hacia la única cresta alta de la rocalla.

«¿De qué serviría el oro», decía, «si no reluciera? ¿Por qué habría de importarnos un soberano negro más que un sol negro al mediodía? Un botón negro serviría igual de bien. ¿No ven que todo en este jardín parece una joya? ¿Y quieren hacerme el favor de decirme para qué diablos sirve una joya, salvo para parecer una joya? ¡Dejen de comprar y vender, y pónganse a mirar! Abran los ojos, y despertarán en la Nueva Jerusalén.

«Es oro todo lo que reluce:
árbol y torre de bronce;
rueda el aire de oro del ocaso
sobre la hierba de oro.
Mande al diablo el pregón
de cómo se vende el barro amarillo;
es oro todo lo que reluce,
pues el brillo es el oro».

«¿Y quién escribió eso?», preguntó Rosamund, divertida.

«Nadie lo escribirá jamás», respondió Smith, y salvó la rocalla de un salto volador.

«De verdad», dijo Rosamund a Michael Moon, «habría que mandarlo a un manicomio. ¿No le parece?».

«¿Perdón?», preguntó Michael con cierta sombría gravedad; su larga cabeza morena se recortaba oscura contra el ocaso y, ya por casualidad, ya por humor, tenía el aspecto de algo aislado e incluso hostil en medio de la extravagancia social del jardín.

«Solo dije que el señor Smith debería ir a un manicomio», repitió la dama.

El rostro enjuto parecía alargarse más y más, pues Moon sonreía inequívocamente con desprecio. «No», dijo; «no me parece que sea en

absoluto necesario».

«¿Qué quiere decir?», preguntó Rosamund con viveza. «¿Por qué no?».

«Porque está en uno ahora mismo», respondió Michael Moon, con voz tranquila pero fea. «Vaya, ¿no lo sabía?».

«¿Qué?», exclamó la joven, y se le quebró la voz; pues el rostro y la voz del irlandés eran realmente casi escalofrantes. Con su figura oscura y sus oscuras palabras en medio de todo aquel sol, parecía el diablo en el paraíso.

«Lo lamento», prosiguió, con una especie de áspera humildad. «Por supuesto, no hablamos mucho de ello... pero pensé que todos lo sabíamos de verdad».

«¿Qué cosa?».

«Pues», respondió Moon, «que Beacon House es una casa de cierta clase más bien singular, una casa con las tejas flojas, digamos. Innocent Smith es solo el médico que nos visita; ¿no había llegado usted cuando él vino la otra vez? Como la mayoría de nuestros males son melancólicos, claro está que tiene que mostrarse más alegre de lo normal. La cordura, desde luego, nos parece una cosa excéntrica y presuntuosa. Saltar un muro, trepar a un árbol: ese es su trato con los enfermos».

«¡No se atreva a decir tal cosa!», exclamó Rosamund enfurecida. «¡No se atreva a insinuar que yo...!».

«No más que yo», dijo Michael en tono apaciguador; «no más que el resto de nosotros. ¿No ha notado nunca que la señorita Duke no se está nunca quieta, señal notoria? ¿No ha observado nunca que Inglewood se está siempre lavando las manos, marca conocida de enfermedad mental? Yo, naturalmente, soy dipsómano».

«No le creo», estalló su compañera, no sin agitación. «Había oído que tenía algunos malos hábitos...».

«Todos los hábitos son malos hábitos», dijo Michael con mortal calma. «La locura no viene por desbordarse, sino por rendirse; por insta-

larse en algún sucio circulillo de ideas que se repiten; por dejarse domar. USTED enloqueció por el dinero, porque es heredera».

«Es mentira», gritó Rosamund furiosa. «Nunca fui mezquina con el dinero».

«Fue peor», dijo Michael en voz baja y sin embargo violenta. «Pensó que lo eran los demás. Pensó que todo hombre que se le acercaba tenía que ser un cazador de fortunas; no se permitió soltarse y ser cuerda; y ahora usted está loca y yo estoy loco, y bien merecido que lo tenemos».

«¡Bruto!», dijo Rosamund, blanca como la cera. «¿Y esto es verdad?».

Con la crueldad intelectual de que es capaz el celta cuando sus abismos se rebelan, Michael calló unos segundos, y luego retrocedió un paso con una reverencia irónica. «No literalmente verdad, por supuesto», dijo; «solo verdad de veras. Una alegoría, digamos. Una sátira social».

«Y yo odio y desprecio sus sátiras», exclamó Rosamund Hunt, soltando como un ciclón toda su fuerte personalidad femenina y pronunciando cada palabra para herir. «La desprecio como desprecio su tabaco rancio, y sus feas maneras de haragán, y su gruñir, y su radicalismo, y su ropa vieja, y su insignificante periodiquito, y su podrido fracaso en todo. No me importa si lo llama esnobismo o no, a mí me gustan la vida y el éxito, y las cosas alegres de mirar, y la acción. No me asustará con Diógenes; yo prefiero a Alejandro».

«*Victrix causa deæ...*», dijo Michael con aire sombrío; y esto la enfureció más, porque, sin saber lo que significaba, imaginó que era una agudeza.

«Ah, supongo que usted sabe griego», dijo, con alegre inexactitud; «tampoco ha hecho mucho con eso». Y cruzó el jardín tras Innocent y Mary, que habían desaparecido.

Al hacerlo pasó junto a Inglewood, que volvía a la casa despacio y con la frente nublada por el pensamiento. Era uno de esos hombres que son bastante inteligentes, pero todo lo contrario de rápidos. Cuan-

do volvía del jardín del ocaso al salón en penumbra, Diana Duke se puso en pie con presteza y empezó a recoger las cosas del té. Pero no antes de que Inglewood hubiera visto una imagen instantánea tan singular que bien pudo haberla fotografiado con su eterna cámara. Pues Diana había estado sentada ante su labor inacabada con la barbilla en la mano, mirando directamente por la ventana en puro pensamiento sin pensar.

«Está ocupada», dijo Arthur, extrañamente turbado por lo que había visto y deseoso de ignorarlo.

«No hay tiempo para soñar en este mundo», respondió la joven, de espaldas a él.

«He estado pensando últimamente», dijo Inglewood en voz baja, «que no hay tiempo para despertar».

Ella no respondió, y él caminó hasta la ventana y miró hacia el jardín.

«No fumo ni bebo, ya sabe», dijo sin venir a cuento, «porque creo que son drogas. Y sin embargo imagino que todas las aficiones, como mi cámara y mi bicicleta, son también drogas. Meterse bajo un capuchón negro, meterse en un cuarto oscuro, meterse en un agujero como sea. Drogarme con velocidad, y sol, y fatiga, y aire fresco. Pedalear la máquina tan rápido que yo mismo me vuelvo máquina. Eso nos pasa a todos. Estamos demasiado ocupados para despertar».

«Bueno», dijo la joven con firmeza, «¿y para qué hay que despertar?».

«¡Tiene que haberlo!», exclamó Inglewood, volviéndose con singular excitación; «¡tiene que haber algo para lo cual despertar! Todo lo que hacemos son preparativos: su limpieza, y mi salud, y los aparatos científicos de Warner. Siempre nos estamos preparando para algo, algo que nunca llega. Yo ventilo la casa y usted barre la casa; pero ¿qué va a PASAR en la casa?».

Ella lo miraba tranquila, pero con ojos muy brillantes, y parecía buscar alguna forma de palabras que no encontraba.

Antes de que pudiera hablar, la puerta se abrió de golpe, y la bulliosa Rosamund Hunt, con su llamativo sombrero blanco, su boa y su sombrilla, quedó enmarcada en el umbral. Venía sofocada, y en su rostro franco había una expresión del más infantil asombro.

«¡Vaya, esto sí que es bueno!», dijo, jadeando. «¿Qué voy a hacer ahora, me pregunto? He teleografiado al doctor Warner; es todo lo que se me ocurre hacer».

«¿Qué pasa?», preguntó Diana, con cierta brusquedad, pero adelantándose como quien está acostumbrada a que se la llame para ayudar.

«Es Mary», dijo la heredera, «mi dama de compañía, Mary Gray: ese chiflado amigo de ustedes llamado Smith le ha propuesto matrimonio en el jardín, después de diez horas de conocerla, y quiere irse con ella ahora mismo a sacar una licencia especial».

Arthur Inglewood caminó hasta los ventanales abiertos y miró hacia el jardín, aún dorado de luz vespertina. Nada se movía allí salvo un pájaro o dos que saltaban y piaban; pero más allá del seto y la verja, en el camino fuera de la puerta del jardín, esperaba un cabriolé de alquiler con la maleta Gladstone amarilla encima.

IV. El jardín del dios

Diana Duke parecía inexplicablemente irritada por la entrada y las palabras bruscas de la otra joven.

«Bueno», dijo secamente, «supongo que la señorita Gray puede rechazarlo, si no quiere casarse con él».

«¡Pero ella SÍ quiere casarse con él!», exclamó Rosamund exasperada. «Es una tonta loca y perversa, y yo no quiero separarme de ella».

«Quizá», dijo Diana con frialdad, «pero de veras no veo qué podemos hacer».

«Pero ese hombre está chiflado, Diana», razonó su amiga con enojo. «¡No puedo dejar que mi simpática institutriz se case con un hombre chiflado! ¡Tú o alguien TIENE que impedirlo!... Señor Inglewood, usted es un hombre; vaya y dígales que sencillamente no pueden».

«Por desgracia, me parece que sencillamente sí pueden», dijo Inglewood con aire abatido. «Tengo mucho menos derecho a intervenir que la señorita Duke, además de tener, por supuesto, mucha menos fuerza moral que ella».

«Ninguno de los dos tiene mucha», exclamó Rosamund, cediendo los últimos apoyos de su formidable genio; «creo que iré a otra parte a buscar un poco de sensatez y de valor. Creo que conozco a alguien que me ayudará más que ustedes, en todo caso... es un bruto malhumorado, pero es un hombre, y tiene cabeza, y lo sabe...». Y salió disparada al jardín, con las mejillas en llamas y la sombrilla girando como una rueda de fuegos artificiales.

Encontró a Michael Moon de pie bajo el árbol del jardín, mirando por encima del seto; encorvado como un ave de presa, con su gran pipa colgando de su larga barbilla azulada. La dureza misma de su expresión le agradó, después de las tonterías del nuevo compromiso y de las vacilaciones de sus otros amigos.

«Siento haber estado de mal humor, señor Moon», dijo con franqueza. «Lo odié por ser un cínico; pero he sido bien castigada, porque ahora mismo necesito un cínico. Ya tuve mi ración de sentimiento, estoy harta. El mundo se ha vuelto loco, señor Moon, todos menos los cínicos, creo. Ese maníaco de Smith quiere casarse con mi vieja amiga Mary, y ella... y ella... no parece que le importe».

Viendo que el rostro atento seguía fumando sin inmutarse, añadió con viveza: «No bromeo; ese es el coche del señor Smith, ahí fuera. Jura que se la llevará ahora mismo a casa de su tía, y que irá a sacar una licencia especial. Deme algún consejo práctico, señor Moon».

El señor Moon se sacó la pipa de la boca, la sostuvo un instante en la mano con aire reflexivo y luego la arrojó al otro lado del jardín. «Mi consejo práctico es este», dijo: «déjelo ir por su licencia especial, y pídale que saque otra para usted y para mí».

«¿Es una de sus bromas?», preguntó la joven. «Diga lo que de verdad quiere decir».

«Quiero decir que Innocent Smith es un hombre de negocios», dijo Moon con pesada precisión, «un hombre llano y práctico, un hombre de asuntos, un hombre de hechos y de plena luz del día. Me ha dejado caer de golpe sobre la cabeza veinte toneladas de buenos ladrillos de construcción, y me alegra decir que me han despertado. Nos quedamos dormidos hace un rato en este mismo césped, bajo este mismo sol. Hemos dormido una pequeña siesta de unos cinco años, pero ahora nos vamos a casar, Rosamund, y no veo por qué ese coche...».

«De veras», dijo Rosamund con firmeza, «no sé qué quiere decir».

«¡Qué mentira!», exclamó Michael, avanzando hacia ella con ojos cada vez más brillantes. «En lo corriente estoy totalmente a favor de las mentiras; pero ¿no ves que esta noche no sirven? Hemos vagado hasta un mundo de hechos, muchacha. Esa hierba que crece, y ese sol que se pone, y ese coche a la puerta son hechos. Antes te atormentabas y te excusabas diciendo que yo iba tras tu dinero y que en realidad no te quería. Pero si me quedara aquí ahora y te dijera que no te quie-

ro, no me creerías: porque esta noche la verdad está en este jardín».

«De veras, señor Moon...», dijo Rosamund, algo más débilmente.

Mantuvo dos grandes ojos azules y magnéticos fijos en el rostro de ella. «¿Me llamo Moon?», preguntó. «¿Te llamas Hunt? Por mi honor, me suenan tan raros y lejanos como nombres de indios pieles rojas. Es como si tú te llamaras “Nadar” y yo me llamara “Amanecer”. Pero nuestros verdaderos nombres son Marido y Mujer, como cuando nos quedamos dormidos».

«No sirve de nada», dijo Rosamund, con lágrimas de verdad en los ojos; «uno nunca puede volver atrás».

«Yo voy adonde me da la real gana», dijo Michael, «y puedo llevar-te sobre el hombro».

«¡Pero de veras, Michael, de veras, tienes que detenerte a pensar!», exclamó la joven con vehemencia. «Podrías arrebatarme, supongo, alma y cuerpo, pero aun así puede ser un negocio amarguísimo. Estas cosas hechas en ese arrebató romántico, como las del señor Smith, atraen a las mujeres, no lo niego. Como tú dices, esta noche todos decimos la verdad. Han atraído a la pobre Mary, por ejemplo. Me atraen a mí, Michael. Pero el hecho frío sigue ahí: los matrimonios imprudentes llevan a una larga infelicidad y desengaño; te has acostumbrado a tus tragos y a tus cosas, yo no seré bonita por mucho más tiempo...».

«¡Matrimonios imprudentes!», rugió Michael. «Y dime, por favor, ¿dónde en la tierra o en el cielo hay matrimonios prudentes? Tanto daría hablar de suicidios prudentes. Tú y yo hemos andado bastante rondándonos, ¿y estamos más seguros que Smith y Mary Gray, que se conocieron anoche? Uno nunca conoce a un marido hasta que se casa con él. ¡Infeliz! Claro que serás infeliz. ¿Quién diablos eres tú para no ser infeliz, como la madre que te dio a luz? ¡Desilusionados! Claro que quedaremos desilusionados. Yo, por mi parte, no espero llegar a ser, de aquí a que me muera, un hombre tan bueno como lo soy en este minuto, una torre con todas las trompetas gritando».

«Ves todo esto», dijo Rosamund, con una gran sinceridad en su sólido

do rostro, «¿y de verdad quieres casarte conmigo?».

«Querida mía, ¿qué otra cosa hay que hacer?», razonó el irlandés. «¿Qué otra ocupación hay para un hombre activo en esta tierra, salvo casarse contigo? ¿Cuál es la alternativa del matrimonio, aparte del sueño? No es la libertad, Rosamund. A menos que te cases con Dios, como hacen nuestras monjas en Irlanda, tienes que casarte con el Hombre, que soy Yo. La única tercera posibilidad es casarte contigo misma, contigo misma, contigo misma, contigo misma, la única compañera que nunca queda satisfecha y nunca satisface».

«Michael», dijo la señorita Hunt, con voz muy suave, «si no hablas tanto, me casaré contigo».

«No es hora de hablar», exclamó Michael Moon; «cantar es lo único. ¿No puedes encontrar esa mandolina tuya, Rosamund?».

«Ve a traérmela», dijo Rosamund, con autoridad nítida y cortante.

El indolente señor Moon se quedó un segundo fugaz atónito; luego salió disparado por el césped, como calzado con los zapatos alados del cuento griego. Salvó tres yardas y quince margaritas de un salto, por mera ligereza corporal; pero cuando llegó a una o dos yardas de las ventanas abiertas del salón, sus pies voladores cayeron a su viejo modo como plomo; giró sobre sí y volvió despacio, silbando. Los sucesos de aquella tarde encantada no habían terminado.

Dentro del oscuro salón del que Moon había entrevisto algo, había ocurrido una cosa curiosa, casi en el mismo instante de la destemplada salida de Rosamund. Era algo que, sucediendo en aquel salón en penumbra, le pareció a Arthur Inglewood como si el cielo y la tierra dieran una voltereta, siendo el mar el techo y las estrellas el suelo. Ninguna palabra puede expresar cuánto lo asombró, como asombra a todos los hombres simples cuando sucede. Y sin embargo el estoicismo femenino más rígido parece separado de ello solo por una hoja de papel o una hoja de acero. No indica rendición, y mucho menos simpatía. La mujer más rígida e implacable puede ponerse a llorar, así como el hombre más afeminado puede dejarse barba. Es un poder sexual apar-

te, y no prueba nada en un sentido ni en otro sobre la fuerza de carácter. Pero para jóvenes que no conocen a las mujeres, como Arthur Inglewood, ver llorar a Diana Duke era como ver un automóvil derramando lágrimas de gasolina.

Nunca habría podido dar (ni aunque su modestia realmente viril se lo hubiera permitido) la más vaga idea de lo que hizo al ver aquel portento. Actuó como actúan los hombres cuando se incendia un teatro, de muy distinta manera a como se habrían concebido a sí mismos actuando, para bien o para mal. Tenía un vago recuerdo de ciertas explicaciones medio ahogadas: que la heredera era la única huésped que realmente pagaba, y que se iría, y que los alguaciles (en consecuencia) vendrían; pero después de eso no supo nada de su propia conducta, salvo por las protestas que provocó.

«Déjeme en paz, señor Inglewood; déjeme en paz; así no se ayuda».

«Pero yo puedo ayudarla», dijo Arthur, con una certeza que rechina; «puedo, puedo, puedo...».

«Pero si usted dijo», exclamó la joven, «que era mucho más débil que yo».

«Y lo soy, soy más débil que usted», dijo Arthur, con una voz que vibraba a través de todo, «pero ahora no».

«¡Suélteme las manos!», gritó Diana. «No me dejaré tiranizar».

En un elemento era mucho más fuerte que ella: el del humor. Este brotó de pronto en él, y rio diciendo: «Vaya, qué mala eres. Sabes muy bien que me tiranizarás todo el resto de mi vida. Podrías concederle a un hombre el único minuto de su vida en que se le permite tiranizar».

Era tan extraordinario que él riera como que ella llorara, y por primera vez desde su niñez Diana estaba completamente desprevénida.

«¿Quieres decir que quieres casarte conmigo?», dijo ella.

«¡Pero si hay un coche a la puerta!», exclamó Inglewood, poniéndose en pie de un salto con energía inconsciente y abriendo de golpe las puertas de vidrio que daban al jardín.

Mientras la sacaba de la mano, se dieron cuenta de algún modo,

por primera vez, de que la casa y el jardín estaban en una empinada altura sobre Londres. Y sin embargo, aunque sentían el lugar elevado, lo sentían también secreto: era como algún jardín redondo y amurallado en lo alto de una de las torrecillas del cielo.

Inglewood miró en torno con ensoñación, devorando con sus ojos castaños toda clase de detalles con un deleite insensato. Notó por primera vez que los barrotes de la verja, más allá de los arbustos del jardín, estaban moldeados como pequeñas puntas de lanza y pintados de azul. Notó que una de las lanzas azules estaba suelta en su sitio y colgaba de lado; y esto casi le hizo reír. Le pareció, de algún modo, exquisitamente inofensivo y gracioso que la reja estuviera torcida; pensó que le gustaría saber cómo había ocurrido, quién lo había hecho y cómo le iba al hombre.

Cuando se hubieron alejado unos pies por aquella hierba ardiente, se dieron cuenta de que no estaban solos. Rosamund Hunt y el excéntrico señor Moon, a quienes habían visto por última vez en el más negro humor de aislamiento, estaban juntos en el césped. Estaban de pie de manera bastante ordinaria, y sin embargo parecían, de algún modo, personas de un libro.

«Oh», dijo Diana, «¡qué aire tan delicioso!».

«Ya lo sé», exclamó Rosamund, con un placer tan positivo que sonó como una queja. «Es igual que esa horrible y asquerosa cosa con burbujas que me dieron y que me hizo sentirme feliz».

«¡Oh, no se parece a nada más que a sí mismo!», respondió Diana, respirando hondo. «Vaya, está todo frío, y sin embargo se siente como fuego».

«Chiflado es la palabra que usamos en Fleet Street», dijo el señor Moon. «Chiflado, sobre todo de la azotea». Y se abanicó del todo innecesariamente con su sombrero de paja. Todos estaban llenos de pequeños saltos y pulsaciones de energía aérea y sin objeto. Diana se estiraba y extendía rígidamente sus largos brazos, como crucificada, en una especie de descanso atroz; Michael se quedaba quieto largos interva-

los, con los músculos tensos, y luego giraba como una perinola y se quedaba quieto otra vez; Rosamund no tropezaba, pues las mujeres nunca tropiezan, salvo cuando caen de narices, pero golpeaba el suelo con el pie al moverse, como al compás de una música de baile inaudible; e Inglewood, apoyado muy tranquilamente contra un árbol, había agarrado sin darse cuenta una rama y la sacudía con una violencia creadora. Esos gestos gigantescos del Hombre, que hicieron las altas estatuas y los golpes de la guerra, sacudían y atormentaban todos sus miembros. En silencio mientras paseaban y se detenían, estallaban como baterías de magnetismo animal.

«Y ahora», exclamó Moon de repente, extendiendo una mano a cada lado, «¡bailemos alrededor de ese arbusto!».

«Pero ¿qué arbusto dices?», preguntó Rosamund, mirando alrededor con una especie de radiante descortesía.

«El arbusto que no está ahí», dijo Michael, «la Morera de la ronda».

Se habían tomado de las manos, entre risas y de manera casi ritual; y antes de que pudieran soltarse, Michael los hizo girar a todos, como un demonio que hiciera girar el mundo como un trompo. Diana sintió, mientras el círculo del horizonte volaba instantáneamente en torno a ella, un lejano sentido aéreo del anillo de las alturas más allá de Londres y de los rincones donde había trepado de niña; casi le pareció oír el graznido de los grajos en los viejos pinos de Highgate, o ver las luciérnagas reunirse y encenderse en los bosques de Box Hill.

El círculo se rompió, como deben romperse todos los círculos perfectos de ligereza, y lanzó a su autor, Michael, volando, como por fuerza centrífuga, lejos, contra las rejas azules de la verja. Tambaleándose allí, de pronto levantó gritos y más gritos de un carácter nuevo y bastante dramático.

«¡Pero si es Warner!», gritó, agitando los brazos. «¡Es el viejo y simpático Warner, con un sombrero de seda nuevo y el viejo bigote de seda!».

«¿Es el doctor Warner?», exclamó Rosamund, dando un salto ade-

lante en un arrebató de memoria, diversión y angustia. «¡Oh, cuánto lo siento! ¡Oh, díganle que está todo bien!».

«Tomémonos de las manos y se lo diremos», dijo Michael Moon. Pues en verdad, mientras hablaban, otro cabrió de alquiler había llegado a toda velocidad detrás del que ya esperaba, y el doctor Herbert Warner, dejando a un acompañante en el coche, se había depositado cuidadosamente en la acera.

Ahora bien, cuando uno es un médico eminente y una heredera lo llama por telegrama para atender un caso de manía peligrosa, y cuando, al entrar por el jardín hacia la casa, la heredera, su casera y dos de los caballeros huéspedes se toman de las manos y bailan en corro a su alrededor, gritando: «¡Está todo bien! ¡Está todo bien!», es fácil que uno se desconcierte e incluso se disguste. El doctor Warner era una persona plácida, pero apenas placable. Ambas cosas no son en absoluto lo mismo; e incluso cuando Moon le explicó que él, Warner, con su sombrero alto y su figura alta y maciza, era precisamente la clase de figura clásica alrededor de la cual DEBÍA bailar un corro de doncellas ri-sueñas en alguna vieja y dorada costa griega, incluso entonces pareció no captar el sentido del regocijo general.

«¡Inglewood!», exclamó el doctor Warner, clavando en su antiguo discípulo la mirada, «¿se ha vuelto loco?».

Arthur se ruborizó hasta la raíz de su cabello castaño, pero respondió, con bastante soltura y calma: «Ahora no. La verdad, Warner, es que acabo de hacer un descubrimiento médico bastante importante, muy de su especialidad».

«¿Qué quiere decir?», preguntó el gran doctor con rigidez. «¿Qué descubrimiento?».

«He descubierto que la salud de verdad es contagiosa, como la enfermedad», respondió Arthur.

«Sí; la cordura se ha declarado y se está extendiendo», dijo Michael, ejecutando un *pas seul* con expresión pensativa. «Otros veinte mil casos llevados a los hospitales; enfermeras empleadas noche y

día».

El doctor Warner estudió el grave rostro de Michael y sus piernas de ligero movimiento con un asombro insondable. «¿Y es ESTA, si me permite preguntar», dijo, «la cordura que se extiende?».

«Debe perdonarme, doctor Warner», exclamó Rosamund Hunt con cordialidad. «Sé que lo he tratado mal; pero de veras todo fue un error. Yo estaba de un humor espantosamente malo cuando lo mandé llamar, pero ahora todo me parece un sueño, y... y el señor Smith es la cosa más dulce, más sensata y más deliciosa que ha existido, y puede casarse con quien quiera, menos conmigo».

«Yo sugeriría a la señora Duke», dijo Michael.

La gravedad del rostro del doctor Warner aumentó. Sacó una tira de papel rosa del bolsillo del chaleco, con sus pálidos ojos azules fijos tranquilamente todo el tiempo en el rostro de Rosamund. Habló con una frialdad no del todo inexcusable.

«De verdad, señorita Hunt», dijo, «aún no es usted muy tranquilizadora. Me envió este telegrama hace apenas media hora: “Venga de inmediato, si es posible, con otro médico. Hombre, Innocent Smith, ha enloquecido en la casa y hace cosas terribles. ¿Sabe algo de él?”. Fui enseguida a ver a un distinguido colega mío, un médico que es también detective privado y una autoridad en locura criminal; ha venido conmigo y espera en el coche. Y ahora usted me dice con calma que este demente criminal es una cosa sumamente dulce y cuerda, con acompañamientos que me hacen especular sobre su propia definición de cordura. Apenas comprendo el cambio».

«Oh, ¿cómo puede uno explicar un cambio en el sol y la luna y el alma de todos?», exclamó Rosamund, desesperada. «¿Debo confesar que nos habíamos vuelto tan morbosos como para pensar que estaba loco solo porque quería casarse; y que ni siquiera sabíamos que era solo porque nosotros mismos queríamos casarnos? Nos humillaremos, si usted quiere, doctor; somos lo bastante felices para eso».

«¿Dónde está el señor Smith?», preguntó Warner a Inglewood con

mucha aspereza.

Arthur se sobresaltó; se había olvidado por completo de la figura central de su farsa, que no se había dejado ver desde hacía una hora o más.

«Yo... creo que está al otro lado de la casa, junto al cubo de la basura», dijo.

«Puede que esté en camino a Rusia», dijo Warner, «pero hay que encontrarlo». Y se alejó a grandes zancadas y desapareció tras una esquina de la casa, junto a los girasoles.

«Espero», dijo Rosamund, «que no se meta de verdad con el señor Smith».

«¡Meterse con las margaritas!», dijo Michael con un resoplido. «No se puede encerrar a un hombre por enamorarse; al menos eso espero».

«No; creo que ni un médico podría hacer de él una enfermedad. Se sacudiría al médico como a la enfermedad, ¿no saben? Creo que es un caso de una especie de pozo sagrado. Creo que Innocent Smith es simplemente inocente, y por eso es tan extraordinario».

Era Rosamund quien hablaba, trazando inquieta círculos en la hierba con la punta de su zapato blanco.

«Yo creo», dijo Inglewood, «que Smith no es extraordinario en absoluto. Es cómico precisamente porque es tan asombrosamente corriente. ¿No saben lo que es estar todos en el círculo de la familia, con tías y tíos, cuando un colegial vuelve a casa por las vacaciones? Esa maleta de ahí, en el coche, no es más que el baúl de provisiones de un colegial. Este árbol aquí en el jardín no es más que la clase de árbol al que cualquier colegial habría trepado. Sí, eso es lo que nos ha rondado a todos en él, aquello a lo que nunca pudimos ponerle nombre. Sea o no mi antiguo compañero de colegio, por lo menos es todos mis antiguos compañeros de colegio. Es el animal infatigable que come bollos y lanza pelotas que todos hemos sido».

«Eso es solo cosa de ustedes, muchachos absurdos», dijo Diana. «No creo que ninguna niña haya sido jamás tan tonta, y estoy segura de

que ninguna niña fue jamás tan feliz, excepto...». Y se detuvo.

«Les diré la verdad sobre Innocent Smith», dijo Michael Moon en voz baja. «El doctor Warner ha ido a buscarlo en vano. No está ahí. ¿No han notado que no lo vimos más desde que nos encontramos a nosotros mismos? Fue un niño astral nacido de los cuatro; no era más que nuestra propia juventud que había vuelto. Mucho antes de que el pobre viejo Warner hubiera salido trepando de su coche, la cosa que llamábamos Smith se había disuelto en rocío y en luz sobre este césped. Una o dos veces más, por la misericordia de Dios, podremos sentir la cosa, pero al hombre no lo veremos nunca. En un jardín de primavera, antes del desayuno, oleremos el olor llamado Smith. En el crepitar de ramitas vivas en pequeñas hogueras oiremos un ruido llamado Smith. En todo lo insaciable e inocente de las hierbas que devoran la tierra como niños en un festín de bollos, en las blancas mañanas que parten el cielo como un muchacho parte la blanca madera de abeto, podremos sentir por un instante la presencia de una pureza impetuosa; pero su inocencia estaba demasiado cerca de la inconsciencia de las cosas inanimadas para no fundirse de vuelta, a un mero toque, en los suaves setos y cielos; él...».

Lo interrumpió desde detrás de la casa un estampido como el de una bomba. Casi al mismo instante, el desconocido del coche saltó fuera de él, dejándolo bamboleándose sobre las piedras del camino. Se aferró a la verja azul del jardín y atisbó ansioso por encima de ella en dirección al ruido. Era un hombre pequeño, flojo y a la vez alerta, muy delgado, con un rostro que parecía hecho de espinas de pescado, y un sombrero de copa de seda tan rígido y resplandeciente como el de Warner, pero echado temerariamente hacia la parte de atrás de la cabeza.

«¡Asesinato!», chilló, con voz aguda y femenina, pero muy penetrante. «¡Detengan a ese asesino!».

Aún chillaba cuando un segundo disparo sacudió las ventanas bajas de la casa, y con su ruido el doctor Herbert Warner apareció volando

por la esquina como un conejo a brincos. Pero antes de que llegara al grupo una tercera descarga los ensordeció, y vieron con sus propios ojos dos manchas de cielo blanco taladradas en el segundo de los altos sombreros del desdichado Herbert. Al instante siguiente el médico fugitivo cayó sobre una maceta y quedó en cuatro patas, mirando como una vaca. El sombrero con los dos agujeros de bala rodó por el sendero de grava ante él, e Innocent Smith dobló la esquina como un tren. Parecía el doble de su tamaño real: un gigante vestido de verde, con el gran revólver aún humeante en la mano, el rostro sanguíneo y en sombra, los ojos llameantes como todas las estrellas y el cabello amarillo erizado en todas direcciones como el de Pedro Melenas.

Aunque esta escena sorprendente quedó suspendida un solo instante en la quietud, Inglewood tuvo tiempo de sentir una vez más lo que había sentido al ver a los otros enamorados de pie en el césped: la sensación de una cierta claridad recortada y coloreada, que pertenece más a las cosas del arte que a las de la experiencia. La maceta rota con sus geranios candentes, el bulto verde de Smith y el bulto negro de Warner, la verja de púas azules detrás, aferrada por las garras amarillas de buitre del desconocido y atisbada por encima por su largo cuello de buitre, el sombrero de copa sobre la grava y la pequeña nubecilla de humo flotando por el jardín tan inocente como la bocanada de un cigarrillo, todo esto parecía antinaturalmente nítido y definido. Existían, como símbolos, en un éxtasis de separación. En efecto, cada objeto se volvía más y más particular y precioso porque todo el cuadro se estaba haciendo pedazos. Las cosas se ven tan brillantes justo antes de estallar.

Mucho antes de que sus fantasías hubieran empezado, no digamos ya cesado, Arthur había cruzado y tomado a Smith de un brazo. Simultáneamente, el pequeño desconocido había subido corriendo los escalones y le había tomado el otro. Smith estalló en carcajadas y entregó su pistola con perfecta docilidad. Moon levantó al doctor hasta ponerlo en pie, y luego fue a apoyarse hoscamente en la puerta del jardín. Las

jóvenes estaban quietas y vigilantes, como suelen ser las buenas mujeres en los instantes de catástrofe, pero sus rostros mostraban que, de uno u otro modo, se había apagado de golpe una luz en el cielo. El doctor mismo, cuando se hubo levantado, recogió su sombrero y su juicio y, sacudiéndose el polvo con aire de gran asco, se volvió hacia ellas en una breve disculpa. Estaba muy blanco por el reciente pánico, pero habló con perfecto dominio de sí.

«Nos excusarán, señoras», dijo; «mi amigo y el señor Inglewood son ambos científicos, cada uno a su manera. Creo que lo mejor es que llevemos todos al señor Smith adentro, y nos comuniquemos con ustedes más tarde».

Y bajo la custodia de los tres filósofos naturales, el desarmado Smith fue conducido con tacto a la casa, todavía rugiendo de risa.

De vez en cuando, durante los veinte minutos siguientes, se oyó otra vez su lejano estruendo de júbilo a través de la ventana entornada; pero no llegó eco alguno de las voces tranquilas de los médicos. Las jóvenes paseaban juntas por el jardín, levantándose el ánimo una a otra como podían; Michael Moon seguía colgado pesadamente de la puerta. Hacia el final de ese tiempo el doctor Warner salió de la casa con el rostro menos pálido pero aún más severo, y el hombrecillo del rostro de espinas de pescado avanzaba gravemente tras él. Y si el rostro de Warner a la luz del sol era el de un juez de horca, el del hombrecillo detrás era más bien una calavera.

«Señorita Hunt», dijo el doctor Herbert Warner, «solo deseo ofrecerle mi cálido agradecimiento y admiración. Con su pronto valor y su sabiduría al llamarnos por telegrama esta tarde, nos ha permitido capturar y poner fuera de combate a uno de los más crueles y terribles enemigos de la humanidad, un criminal en quien nunca antes se habían unido en carne y hueso tanta apariencia de honradez y tanta falta de piedad».

Rosamund lo miró con el rostro blanco y vacío y los ojos parpadeantes. «¿Qué quiere decir?», preguntó. «No puede referirse al señor

Smith».

«Ha usado muchos otros nombres», dijo el doctor con gravedad, «y no hay uno que no haya dejado maldito tras de sí. Ese hombre, señorita Hunt, ha dejado un rastro de sangre y lágrimas por el mundo. Si está loco además de ser malvado, estamos tratando de averiguarlo, en interés de la ciencia. En todo caso, tendremos que llevarlo primero ante un magistrado, aunque solo sea de camino a un manicomio. Pero el manicomio en que se lo recluya tendrá que ser sellado con muro dentro de muro, y rodeado de cañones como una fortaleza, o saldrá de nuevo a producir matanza y oscuridad sobre la tierra».

Rosamund miró a los dos médicos, y su rostro se iba poniendo cada vez más pálido. Luego sus ojos se desviaron hacia Michael, que seguía apoyado en la puerta; pero él continuó apoyado sin moverse, con el rostro vuelto hacia el camino que oscurecía.

V. El bromista alegórico

El especialista en criminales que había venido con el doctor Warner era una figura algo más urbana, y hasta atildada, de lo que había parecido cuando se agarraba a la verja y estiraba el cuello para mirar el jardín. Incluso parecía relativamente joven al quitarse el sombrero, con su pelo rubio partido por el medio y cuidadosamente rizado a cada lado, y sus movimientos vivaces, sobre todo los de las manos. Llevaba colgado del cuello, de una ancha cinta negra, un monóculo de dandi, y una gran corbata de lazo, como si una enorme polilla americana se le hubiera posado encima. Su ropa y sus ademanes habrían bastado para un muchacho; solo al mirar su cara de espina de pescado se descubría algo acre y viejo. Sus modales eran excelentes, aunque poco ingleses, y tenía dos tics casi inconscientes por los que lo recordaba quien lo hubiera visto una sola vez. Uno era cerrar los ojos cuando quería ser particularmente cortés; el otro, alzar en el aire el pulgar y el índice juntos, como si sostuviera una pizca de rapé, cuando vacilaba o rondaba una palabra. Pero quienes pasaban más tiempo en su compañía tendían a olvidar esas rarezas en el torrente de su conversación pintoresca y solemne y de sus opiniones realmente singulares.

«Señorita Hunt», dijo el doctor Warner, «este es el doctor Cyrus Pym».

El doctor Cyrus Pym cerró los ojos durante la presentación, más bien como si «jugara limpio» en algún juego de niños, e hizo una reverencia breve y rápida que, sin saberse por qué, lo delató de golpe como ciudadano de los Estados Unidos.

«El doctor Cyrus Pym», prosiguió Warner (el doctor Pym volvió a cerrar los ojos), «es quizá el primer experto criminólogo de América. Tenemos la gran suerte de poder consultarlo en este caso extraordinario...».

«No entiendo nada de nada», dijo Rosamund. «¿Cómo puede el pobre señor Smith ser tan espantoso como dicen ustedes?».

«O como dice su telegrama», dijo Herbert Warner, sonriendo.

«¡Ay, ustedes no entienden!», exclamó la joven con impaciencia. «Si nos ha hecho a todos más bien que ir a la iglesia».

«Creo que puedo explicárselo a la señorita», dijo el doctor Cyrus Pym. «Este criminal o maníaco Smith es un verdadero genio del mal, y tiene un método propio, un método de la más audaz ingeniosidad. Es popular dondequiera que va, porque invade cada casa como un niño alborotador. La gente anda ya recelosa de todos los disfraces respetables de un canalla; de modo que él se sirve siempre del disfraz de... ¿cómo diría?... el bohemio, el irreprochable bohemio. Siempre arrastra a la gente. La gente está acostumbrada a la máscara de la buena conducta convencional. Él se dedica a la bondad excéntrica. Uno espera que un Don Juan se vista de solemne y sólido comerciante español; pero no está preparado cuando se disfraza de Don Quijote. Uno espera que un farsante se comporte como sir Charles Grandison, porque (con todo respeto, señorita Hunt, por la honda ternura, capaz de arrancar lágrimas, de Samuel Richardson) sir Charles Grandison se comportaba tantas veces como un farsante. Pero ningún ciudadano con sangre en las venas está del todo preparado para un farsante que no toma por modelo a sir Charles Grandison, sino a sir Roger de Coverley. Darse aires de buen hombre un poco chiflado es un nuevo incógnito criminal, señorita Hunt. Ha sido una gran idea, y extraordinariamente exitosa; pero su éxito es justamente lo que la hace tan tremendamente cruel. Puedo perdonar a Dick Turpin que se haga pasar por el doctor Busby; no puedo perdonarle que se haga pasar por el doctor Johnson. El santo con un tornillo flojo es algo demasiado sagrado, supongo, para ser parodiado».

«Pero ¿cómo sabe usted», exclamó Rosamund con desesperación, «que el señor Smith es un criminal conocido?».

«Cotejé todos los documentos», dijo el americano, «cuando mi ami-

go Warner me sacó de la cama a golpes al recibir su cable. Conocer estos hechos es asunto de mi profesión, señorita Hunt, y no cabe más duda sobre ellos que sobre la guía Bradshaw de la estación. Este hombre ha escapado hasta ahora de la ley gracias a sus admirables afectaciones de infancia o de demencia. Pero yo mismo, como especialista, tengo anotados y privadamente autenticados unos dieciocho o veinte crímenes intentados o consumados de esta manera. Llega a las casas como ha llegado a esta, y obtiene una gran popularidad. Hace que las cosas marchen. Y marchan; cuando él se marcha, las cosas se marchan. Se marchan, señorita Hunt, se marchan: la vida de un hombre, o las cucharas de un hombre, o con más frecuencia una mujer. Le aseguro que tengo todos los apuntes».

«Yo los he visto», dijo Warner con firmeza, «y puedo asegurarle que todo esto es exacto».

«El aspecto más indigno, según mis sentimientos», prosiguió el doctor americano, «es este perpetuo engaño de mujeres inocentes mediante una salvaje simulación de inocencia. De casi todas las casas por donde ha pasado este gran demonio imaginativo se ha llevado a alguna pobre muchacha; algunos dicen que, además de sus otros rasgos extraños, tiene una mirada hipnótica, y que ellas se van como autómatas. Qué ha sido de todas esas pobres muchachas, nadie lo sabe. Asesinadas, supongo; porque tenemos muchísimos casos, aparte de este, en que se ha dedicado también al asesinato, aunque ninguno lo ha llevado jamás ante la justicia. En todo caso, nuestros métodos de investigación más modernos no hallan rastro alguno de esas desdichadas mujeres. Cuando pienso en ellas es cuando me siento de veras conmovido, señorita Hunt. Y por ahora no tengo realmente nada más que decir, salvo lo que ha dicho el doctor Warner».

«Exactamente», dijo Warner, con una sonrisa que parecía moldeada en mármol, «que todos tenemos mucho que agradecerle por ese telegrama».

El pequeño sabio yanqui había hablado con una sinceridad tan evi-

dente que uno olvidaba los artificios de su voz y de sus modales (los párpados que caían, la entonación que subía, el pulgar y el índice suspendidos) que en otros momentos resultaban un poco cómicos. No era tanto que fuera más inteligente que Warner; quizá lo fuera menos, aunque era más célebre. Pero tenía lo que Warner nunca tuvo: una seriedad fresca y sin afectación, la gran virtud americana de la sencillez. Rosamund frunció el ceño y miró con tristeza hacia la casa que oscurecía, la cual encerraba al oscuro prodigio.

Todavía duraba la plena luz del día, pero ya había pasado del oro a la plata, y pasaba de la plata al gris. Las largas sombras plumosas de los uno o dos árboles del jardín se desvanecían más y más sobre un fondo muerto de crepúsculo. En la sombra más nítida y profunda, que era la entrada de la casa por los grandes ventanales, Rosamund pudo ver una consulta apresurada entre Inglewood (a quien aún habían dejado a cargo del misterioso cautivo) y Diana, que había acudido en su ayuda desde fuera. Tras unos minutos de palabras y gestos entraron, cerrando tras de sí las puertas de cristal sobre el jardín; y el jardín pareció ponerse todavía más gris.

El caballero americano llamado Pym parecía volverse y ponerse en marcha en la misma dirección; pero antes de partir habló a Rosamund con un destello de ese tacto cándido que redimía buena parte de su vanidad infantil, y con algo de esa poesía espontánea que hacía difícil, por pedante que fuera, llamarlo pedante.

«Lo siento muchísimo, señorita Hunt», dijo; «pero el doctor Warner y yo, como dos profesionales califi-CADOS, haremos mejor en llevarnos al señor Smith en ese coche, y cuanto menos se hable de ello, mejor. No se agite, señorita Hunt. Piense solamente que nos llevamos una monstruosidad, algo que no debería existir en absoluto, algo como uno de esos dioses de su Museo Británico, todo alas, y barbas, y piernas, y ojos, y ninguna forma. Eso es Smith, y pronto se verá usted libre de él».

Ya había dado un paso hacia la casa, y Warner estaba a punto de se-

guirlo, cuando las puertas de cristal se abrieron de nuevo y Diana Duke salió, con más rapidez que de costumbre, a cruzar el césped. Su rostro temblaba de inquietud y agitación, y sus ojos oscuros y serios se fijaban solo en la otra joven.

«Rosamund», exclamó desesperada, «¿qué hago con ella?».

«¿Con ella?», exclamó la señorita Hunt, dando un violento salto. «¡Dios mío, no será también una mujer!».

«No, no, no», dijo el doctor Pym con voz calmante, como por simple justicia. «¿Una mujer? No, de veras, no es tan malo como eso».

«Me refiero a tu amiga Mary Gray», replicó Diana con igual acritud. «¿Qué diablos hago con ella?».

«Quieres decir cómo le contamos lo de Smith», respondió Rosamund, con el rostro a un tiempo nublado y enternecido. «Sí, será bastante doloroso».

«Pero si YA se lo he contado», estalló Diana, con una exasperación mayor que su exasperación congénita. «Se lo he contado, y no parece importarle. Sigue diciendo que se va con Smith en ese coche».

«¡Pero es imposible!», exclamó Rosamund de golpe. «Pero si Mary es muy religiosa. Ella...».

Se detuvo a tiempo para darse cuenta de que Mary Gray estaba bastante cerca de ella en el césped. Su tranquila compañera había bajado muy calladamente al jardín, pero vestida con gran decisión para el viaje. Llevaba en la cabeza una boina escocesa azul, limpia pero antiquísima, y se estaba poniendo unos guantes grises bastante raídos. Sin embargo, los dos tonos le sentaban de maravilla con el pesado cabello color cobre, y más aún por el toque de desgaste: porque la ropa de una mujer nunca le sienta tan bien como cuando parece sentarle por casualidad.

Pero en este caso la mujer tenía una cualidad aún más singular y atractiva. En esas horas grises, cuando el sol se ha hundido y los cielos ya están tristes, sucede a menudo que un reflejo, desde algún ángulo ocasional, hace que se demore la última luz. Un retazo de ventana, un

retazo de agua, un retazo de espejo, estarán llenos del fuego que se ha perdido para el resto de la tierra. El rostro pintoresco, casi triangular, de Mary Gray era como un trozo triangular de espejo que aún pudiera repetir el esplendor de las horas anteriores. Mary, aunque siempre había sido airosa, nunca antes habría podido llamarse propiamente hermosa; y, sin embargo, su felicidad en medio de toda aquella desdicha era tan hermosa que hacía contener el aliento a un hombre.

«Ay, Diana», exclamó Rosamund en voz más baja y cambiando su frase; «pero ¿cómo se lo dijiste?».

«Es facilísimo decírselo», respondió Diana con tono sombrío; «no le causa ninguna impresión».

«Temo haberlos hecho esperar a todos», dijo Mary Gray en tono de disculpa, «y ahora de verdad debemos despedirnos. Innocent me lleva a casa de su tía, allá en Hampstead, y me temo que ella se acuesta temprano».

Sus palabras eran del todo despreocupadas y prácticas, pero había en sus ojos una especie de luz soñolienta más desconcertante que la oscuridad; era como alguien que habla distraído con la vista puesta en algún objeto muy lejano.

«Mary, Mary», exclamó Rosamund, a punto de quebrarse, «lo siento muchísimo, pero esto no puede ser de ningún modo. Nosotros... nosotros hemos averiguado todo sobre el señor Smith».

«¿Todo?», repitió Mary, con una entonación baja y curiosa; «vaya, debe de ser emocionantísimo».

Por un instante no hubo ruido alguno ni movimiento, salvo que el silencioso Michael Moon, apoyado en la verja, levantó la cabeza, como para escuchar. Luego, como Rosamund seguía sin habla, el doctor Pym acudió en su auxilio de manera resuelta.

«Para empezar», dijo, «este hombre Smith intenta asesinar constantemente. El director del Colegio Brakespeare...».

«Lo sé», dijo Mary, con una sonrisa vaga pero radiante. «Innocent me lo contó».

«No puedo decir qué le contó», replicó Pym con rapidez, «pero mucho me temo que no era verdad. La simple verdad es que el hombre está manchado con todos los crímenes humanos conocidos. Le aseguro que tengo todos los documentos. Tengo pruebas de que cometió un robo con allanamiento, firmadas por un coadjutor inglés eminentísimo. Tengo...».

«Ah, pero eran dos coadjutores», exclamó Mary, con cierto suave afán; «eso fue lo que lo hizo mucho más gracioso».

Las puertas de cristal oscurecidas de la casa se abrieron una vez más, y Inglewood apareció un instante, haciendo una especie de señal. El doctor americano se inclinó, el doctor inglés no, pero ambos echaron a andar con paso pesado hacia la casa. Nadie más se movió, ni siquiera Michael, que seguía colgado de la verja; pero su nuca y sus hombros tenían todavía un indicio indescriptible de que escuchaba cada palabra.

«Pero ¿no lo entiendes, Mary?», exclamó Rosamund con desesperación; «¿no sabes que han ocurrido cosas horribles hasta delante de nuestros propios ojos? Creí que habrías oído los disparos de revólver arriba».

«Sí, oí los disparos», dijo Mary casi con alegría; «pero estaba ocupada haciendo el equipaje en ese momento. E Innocent me había dicho que iba a disparar contra el doctor Warner, así que no valía la pena bajar».

«Ay, no entiendo lo que quieres decir», exclamó Rosamund Hunt, golpeando el suelo con el pie, «pero tienes que entender lo que yo digo, y vas a entenderlo. No me importa lo cruelmente que lo diga, con tal de poder salvarte. Quiero decir que tu Innocent Smith es el hombre más espantosamente malvado del mundo. Ha lanzado balas contra montones de otros hombres y se ha ido en coches con montones de otras mujeres. Y parece que también ha matado a las mujeres, porque nadie puede encontrarlas».

«A veces es de verdad un poco travieso», dijo Mary Gray, riendo

suavemente mientras se abotonaba los viejos guantes grises.

«Ay, esto es realmente mesmerismo, o algo así», dijo Rosamund, y rompió a llorar.

En ese mismo momento los dos doctores vestidos de negro salieron de la casa con su gran cautivo vestido de verde entre ellos. No oponía resistencia, pero aún se reía con aire achispado y medio atontado. Arthur Inglewood los seguía en la retaguardia, un estudio oscuro y encendido de los últimos grados de la angustia y la vergüenza. De este modo negro, fúnebre y dolorosamente realista se hizo la salida de Beacon House por un hombre cuya entrada, un día antes, se había efectuado con el feliz salto de una tapia y la alegre escalada de un árbol. Nadie se movió de los grupos del jardín, salvo Mary Gray, que avanzó con toda naturalidad, diciendo en voz alta: «¿Estás listo, Innocent? Nuestro coche lleva esperando muchísimo rato».

«Damas y caballeros», dijo el doctor Warner con firmeza, «debo insistir en pedir a esta señora que se aparte. Ya tendremos bastante dificultad así, los tres en un coche».

«Pero ES nuestro coche», insistió Mary. «Si hasta está encima la maleta amarilla de Innocent».

«Apártese», repitió Warner con aspereza. «Y usted, señor Moon, tenga la bondad de moverse un momento. ¡Vamos, vamos! Cuanto antes termine este feo asunto, mejor... y ¿cómo vamos a abrir la verja si usted se empeña en apoyarse en ella?».

Michael Moon se miró su largo y flaco índice, y pareció considerar y reconsiderar este argumento. «Sí», dijo al fin; «pero ¿cómo voy a apoyarme en esta verja si usted se empeña en abrirla?».

«¡Ah, quítese de en medio!», exclamó Warner, casi de buen humor. «Puede apoyarse en la verja cuando quiera».

«No», dijo Moon con aire reflexivo. «Rara vez coinciden el momento, el lugar y la verja azul; y todo depende de si uno procede de una vieja familia rural. Mis antepasados se apoyaban en verjas antes de que nadie hubiera descubierto cómo abrirlas».

«¡Michael!», exclamó Arthur Inglewood en una especie de agonía, «¿vas a quitarte de en medio?».

«Pues no; creo que no», dijo Michael, tras alguna meditación, y se giró lentamente, de modo que quedó frente al grupo, aunque siempre, en actitud de holgazán, ocupando el camino.

«¡Eh!», llamó de pronto; «¿qué le hacen ustedes al señor Smith?».

«Nos lo llevamos», respondió Warner brevemente, «para que sea examinado».

«¿Un examen de ingreso?», preguntó Moon alegremente.

«Por un magistrado», dijo el otro secamente.

«¿Y qué otro magistrado», exclamó Michael, alzando la voz, «osa juzgar lo ocurrido en este suelo libre, salvo únicamente los antiguos e independientes Duques de Beacon? ¿Qué otro tribunal osa juzgar a uno de nuestra compañía, salvo únicamente el Alto Tribunal de Beacon? ¿Han olvidado que apenas esta tarde izamos la bandera de la independencia y nos separamos de todas las naciones de la tierra?».

«Michael», exclamó Rosamund, retorciéndose las manos, «¿cómo puedes quedarte ahí diciendo tonterías? Si tú mismo viste la cosa espantosa. Estabas allí cuando se volvió loco. Fuiste tú quien ayudó al doctor a levantarse cuando se cayó sobre la maceta».

«Y el Alto Tribunal de Beacon», replicó Moon con altivez, «tiene poderes especiales en todos los casos que atañen a lunáticos, macetas y doctores que caen en los jardines. Está en nuestra primerísima carta de Eduardo I: “Si medicus quisquam in horto prostratus...”».

«¡Fuera de en medio!», gritó Warner con repentina furia, «o lo sacaremos a la fuerza».

«¡Cómo!», exclamó Michael Moon, con un grito de jubilosa fiereza. «¿Moriré en defensa de este sagrado recinto? ¿Pintarán de rojo con mi sangre estas verjas azules?». Y agarró una de las puntas azules que tenía a su espalda. Como Inglewood había notado antes aquella tarde, la verja estaba suelta y torcida en ese lugar, y la vara de hierro pintado con su punta de lanza se desprendió en la mano de Michael al sacudir-

la.

«¡Miren!», exclamó, blandiendo en el aire esta jabalina rota, «hasta las lanzas que rodean la Torre de Beacon saltan de su sitio para defenderla. ¡Ah, en tal lugar y a tal hora es hermosa cosa morir solo!». Y con voz de tambor hizo rodar los nobles versos de Ronsard:

O por el honor de Dios, o por el derecho de mi príncipe,
herido, el pecho abierto, en el confín de mi provincia.

«¡Válgame el cielo!», dijo el caballero americano, casi con tono de pasmo. Luego añadió: «¿Hay aquí dos maníacos?».

«No; hay cinco», tronó Moon. «Smith y yo somos las únicas personas cuerdas que quedan».

«¡Michael!», exclamó Rosamund; «Michael, ¿qué significa esto?».

«¡Significa que todo es una tontería!», rugió Michael, y lanzó su lanza pintada, que cruzó silbando hasta el otro extremo del jardín. «Significa que los doctores son una tontería, y la criminología, una tontería, y los americanos, una tontería, mucho más tontería que nuestro Tribunal de Beacon. Significa, cabezas huecas, que Innocent Smith no está más loco ni es más malo que el pájaro de aquel árbol».

«Pero, mi querido Moon», comenzó Inglewood con su modestia habitual, «estos caballeros...».

«¡Con la palabra de dos doctores», estalló Moon otra vez, sin escuchar a nadie más, «encerrar a un hombre en un infierno privado con la palabra de dos doctores! ¡Y qué doctores! ¡Caramba! ¡Mírenlos, mírenlos nada más! ¿Leerían ustedes un libro, o comprarían un perro, o irían a un hotel por consejo de veinte como esos? Mi gente venía de Irlanda y era católica. ¿Qué dirían si yo llamara malvado a un hombre por la palabra de dos sacerdotes?».

«Pero no es solo su palabra, Michael», razonó Rosamund; «también tienen pruebas».

«¿Las has mirado?», preguntó Moon.

«No», dijo Rosamund, con una especie de leve sorpresa; «estos señores las tienen a su cargo».

«Y todo lo demás también, me parece», dijo Michael. «Si ni siquiera han tenido la decencia de consultar a la señora Duke».

«Ay, eso no sirve de nada», dijo Diana en voz baja a Rosamund; «la tía no se atreve a decirle ni “bu” a un ganso».

«Me alegra oírlo», respondió Michael, «porque con una bandada de gansos a quienes decírselo, la horrible exclamación podría andar constantemente en sus labios. Por mi parte, me niego sencillamente a que se hagan las cosas tan a la ligera y con tanta liviandad. Apelo a la señora Duke; es su casa».

«¿La señora Duke?», repitió Inglewood con duda.

«Sí, la señora Duke», dijo Michael con firmeza, «a quien suele llamarse el Duque de Hierro».

«Si le pregunta a la tía», dijo Diana en voz queda, «ella solo estará por no hacer nada en absoluto. Su única idea es acallar las cosas o dejarlas correr. Eso es justo lo que le conviene».

«Sí», replicó Michael Moon; «y, da la casualidad, es justo lo que nos conviene a todos. Usted se impacienta con sus mayores, señorita Duke; pero cuando tenga su edad sabrá lo que sabía Napoleón: que la mitad de las cartas se contestan solas si uno logra abstenerse del apetito carnal de contestarlas».

Seguía repantigado en la misma actitud absurda, con el codo sobre la verja, pero su voz había cambiado bruscamente por tercera vez; así como había pasado de lo heroico burlesco a lo humanamente indignado, ahora pasó a la desenvuelta agudeza de un abogado que da un buen consejo legal.

«No es solo su tía quien quiere mantener esto en silencio si puede», dijo; «todos queremos mantenerlo en silencio si podemos. Miren los grandes hechos, el esqueleto del caso. Creo que esos señores científicos han cometido un error altamente científico. Creo que Smith es tan inocente como un botón de oro. Admito que los botones de oro no sue-

len disparar pistolas cargadas en casas particulares; admito que hay algo que exige explicación. Pero estoy moralmente seguro de que detrás de todo esto hay algún error, o alguna broma, o alguna alegoría, o algún accidente. Pues bien, supongamos que me equivoco. Lo hemos desarmado; somos cinco hombres para sujetarlo; igual puede ir a un calabozo más adelante que ahora. Pero supongamos que hay siquiera una posibilidad de que yo tenga razón. ¿Le interesa a alguno de los presentes lavar esta ropa sucia en público?

»Vamos, los tomaré uno por uno. En cuanto saquen a Smith por esa verja, lo llevan a la primera plana de los diarios de la tarde. Lo sé; yo mismo he escrito la primera plana. Señorita Duke, ¿quiere usted o su tía una especie de aviso clavado sobre su pensión: “Aquí se les tira a los doctores”? No, no; los doctores son basura, como dije; pero ustedes no quieren que aquí se tire basura. Arthur, supón que tengo razón, o supón que no la tengo. Smith se ha presentado como un antiguo compañero de colegio tuyo. Fíjate bien: si se prueba que es culpable, los Órganos de la Opinión Pública dirán que tú lo introdujiste. Si se prueba que es inocente, dirán que ayudaste a echarle el guante. Rosamund, querida, supón que tengo razón o que no la tengo. Si se prueba que es culpable, dirán que comprometiste a tu compañera con él. Si se prueba que es inocente, publicarán ese telegrama. Conozco a los Órganos; malditos sean».

Se detuvo un instante, pues este rápido racionalismo lo había dejado más sin aliento que su denuncia teatral o su denuncia verdadera. Pero hablaba claramente en serio, además de seguro y lúcido, como lo probó el hecho de que siguiera adelante de inmediato en cuanto recobró el aliento.

«Con nuestros amigos médicos pasa exactamente lo mismo», exclamó. «Dirán ustedes que el doctor Warner tiene un agravio. Estoy de acuerdo. Pero ¿quiere acaso ser fotografiado por todos los periodistas *prostratus in horto*? No fue culpa suya, pero la escena no fue muy digna ni siquiera para él. Merece justicia; pero ¿quiere pedir justicia no solo

de rodillas, sino de manos y rodillas? ¿Quiere entrar en el tribunal de justicia a cuatro patas? A los médicos no se les permite hacer publicidad, y estoy seguro de que ningún médico quiere hacerse publicidad con esa facha. Y para nuestro huésped americano el interés es el mismo. Supongamos que tiene documentos concluyentes. Supongamos que tiene revelaciones realmente dignas de leerse. Pues bien, en una investigación judicial (o médica, para el caso) diez contra uno a que no le permitirán leerlas. Lo harán tropezar cada dos o tres minutos con alguna maraña de reglamentos antiguos. Hoy un hombre no puede decir la verdad en público. Pero todavía puede decirla en privado; puede decirla dentro de esa casa».

«Es la pura verdad», dijo el doctor Cyrus Pym, que había escuchado todo el discurso con una seriedad que solo un americano habría podido conservar en medio de semejante escena. «Es verdad que he estado perceptiblemente menos trabado en las investigaciones privadas».

«¡Doctor Pym!», exclamó Warner con una especie de ira repentina. «¡Doctor Pym! ¿No va usted a admitir realmente...?».

«Smith podrá estar loco», prosiguió el melancólico Moon en un monólogo que parecía pesado como un hacha, «pero a fin de cuentas había algo en lo que dijo sobre la autonomía para cada hogar. Sí, a fin de cuentas hay algo en el Alto Tribunal de Beacon. Es verdad que los seres humanos podrían obtener a menudo una especie de justicia doméstica allí donde ahora solo pueden obtener injusticia legal (ah, yo también soy abogado, y también eso lo sé). Es verdad que hay demasiado poder oficial e indirecto. Una y otra vez, lo que una nación entera no puede resolver es justamente lo que una familia podría resolver. Decenas de jóvenes delincuentes han sido multados y enviados a la cárcel cuando debieron recibir una paliza y ser mandados a la cama. Decenas de hombres, estoy seguro, han pasado una vida entera en Hanwell cuando solo necesitaban una semana en Brighton. HAY algo en la idea de Smith sobre el autogobierno doméstico, y propongo que la pongamos en práctica. Ustedes tienen al prisionero; tienen los documen-

tos. Vamos, somos un grupo de gente libre, blanca y cristiana, como la que podría verse sitiada en una ciudad o arrojada a una isla desierta. Hagamos esto nosotros mismos. Entremos en esa casa, sentémonos y averigüemos con nuestros propios ojos y oídos si esto es verdad o no; si este Smith es un hombre o un monstruo. Si no podemos hacer una cosita así, ¿con qué derecho ponemos cruces en las papeletas de voto?».

Inglewood y Pym intercambiaron una mirada; y Warner, que no era tonto, vio en esa mirada que Moon ganaba terreno. Los motivos que llevaban a Arthur a pensar en rendirse eran, en verdad, muy distintos de los que afectaban al doctor Cyrus Pym. Todos los instintos de Arthur estaban del lado de la privacidad y del arreglo cortés; era muy inglés y a menudo soportaba agravios antes que repararlos con escenas y retórica solemne. Hacer a la vez de bufón y de caballero andante, como su amigo irlandés, le habría resultado una tortura absoluta; pero hasta el papel semioficial que había desempeñado esa tarde le había sido muy penoso. No era probable que se resistiera si alguien lograba convencerlo de que su deber era no remover las aguas.

Por otra parte, Cyrus Pym pertenecía a un país donde son posibles cosas que a los ingleses les parecen locuras. Reglamentos y autoridades exactamente como una de las travesuras de Innocent o una de las sátiras de Michael existen de verdad allí, apuntalados por policías plácidos e impuestos a hombres de negocios atareados. Pym conocía Estados enteros que son vastos y, sin embargo, secretos y caprichosos; cada uno es tan grande como una nación, pero tan privado como una aldea perdida, y tan inesperado como una cama con trampa. Estados donde ningún hombre puede tener un cigarrillo, Estados donde cualquier hombre puede tener diez esposas, Estados de prohibición muy estricta, Estados de divorcio muy laxo: todas estas vastas extravagancias locales habían preparado la mente de Cyrus Pym para pequeñas extravagancias locales en un país más pequeño. Infinitamente más lejano de Inglaterra que cualquier ruso o italiano, del todo incapaz de conce-

bir siquiera lo que son las convenciones inglesas, no podía ver la imposibilidad social del Tribunal de Beacon. Quienes compartieron el experimento creen firmemente que Pym creyó hasta el final en ese tribunal fantasmal y lo tuvo por alguna institución británica.

Hacia el sínodo, así algo detenido, se acercaba a través de la bruma y el crepúsculo crecientes una figura baja y oscura, con un andar que parecía fundado en la imperfecta represión de un baile de negros. Algo, a la vez, en la familiaridad y en la incongruencia de este ser movió a Michael a estallidos aún más cordiales de una frivolidad sana y humana.

«¡Vaya, si es el pequeño Nosey Gould!», exclamó. «¿No basta con verlo para desterrar todas sus reflexiones morbosas?».

«Realmente», replicó el doctor Warner, «realmente no veo cómo afecta el señor Gould a la cuestión; y una vez más exijo...».

«¡Epa! ¿Y esas caras de velorio, señores?», preguntó el recién llegado con aire de árbitro alborotador. «¿El doctor demandando algo? Así es siempre en una pensión, ya saben. Mucha demanda. Cero oferta».

Tan delicada e imparcialmente como pudo, Michael volvió a exponer su posición, e indicó en términos generales que Smith había incurrido en ciertos actos peligrosos y dudosos, y que hasta había surgido la acusación de que estaba demente.

«Pues claro que lo está», dijo Moses Gould con ecuanimidad; «no hace falta el viejo Holmes para verlo. El rostro de halcón de Holmes», añadió con abstracto deleite, «mostró un matiz de desencanto, pues el sabueso Gould había llegado antes que él».

«Si está loco», comenzó Inglewood.

«Bueno», dijo Moses, «cuando un tipo se pasa la primera noche en el tejado, lo normal es que tenga un tornillo suelto».

«Antes usted nunca puso reparos», dijo Diana Duke con cierta rigidez, «y por lo general se queja usted bastante de todo».

«Yo no me quejo de él», dijo Moses con magnanimidad; «el pobre diablo es inofensivo; podrían atarlo aquí en el jardín y les ladraría a

los ladrones».

«Moses», dijo Moon con solemne fervor, «usted es la encarnación del Sentido Común. Usted piensa que el señor Innocent está loco. Permítame presentarle a la encarnación de la Teoría Científica. También él piensa que el señor Innocent está loco. Doctor, le presento a mi amigo, el señor Gould. Moses, este es el célebre doctor Pym». El célebre doctor Cyrus Pym cerró los ojos e hizo una reverencia. También murmuró en voz baja su grito de guerra nacional, que sonó como «Encantado de conocerlo».

«Ahora ustedes dos», dijo Michael con alegría, «que creen loco a nuestro pobre amigo, van a entrar en aquella casa y a probar que lo está, y no se hable más. ¿Qué podría ser más poderoso que la combinación de la Teoría Científica con el Sentido Común? Unidos resisten; divididos caen. No seré tan descortés como para sugerir que el doctor Pym no tiene sentido común; me limito a registrar el accidente cronológico de que hasta ahora no nos ha mostrado ninguno. Me tomo la libertad de un viejo amigo para jugarle la camisa a que Moses no tiene teoría científica alguna. Sin embargo, contra esta fuerte coalición estoy dispuesto a comparecer, armado con nada más que una intuición, que en americano quiere decir una suposición».

«Distinguido por la asistencia del señor Gould», dijo Pym, abriendo los ojos de repente. «Deduzco que, aunque él y yo somos idénticos en el diag-nóstico primario, hay con todo entre nosotros algo que no puede llamarse un desacuerdo, algo que quizá podamos llamar una...». Juntó las puntas del pulgar y el índice, extendiendo exquisitamente en el aire los otros dedos, y pareció esperar que alguien le dijera qué decir.

«¿Cazando moscas?», inquirió el afable Moses.

«Una divergencia», dijo el doctor Pym, con un suspiro refinado de alivio; «una divergencia. Concedido que el hombre en cuestión está trastornado, no sería necesariamente todo lo que la ciencia exige en un maníaco homicida...».

«¿Se les ha ocurrido», observó Moon, que estaba otra vez apoyado en la verja y no se volvió, «que si fuera un maníaco homicida podría habernos matado a todos mientras hablábamos?».

Algo estalló en silencio bajo todas sus mentes, como dinamita sellada en algunos sótanos olvidados. Todos recordaron por primera vez en una hora o dos que el monstruo de quien hablaban estaba allí, quieto entre ellos. Lo habían dejado en el jardín como una estatua de jardín; podría haber habido un delfín enroscado en sus piernas, o una fuente brotando de su boca, por el caso que habían hecho de Innocent Smith. Estaba de pie, con su cresta de pelo rubio alborotado echada algo hacia delante, su rostro de buen color y algo miope mirando paciente-mente hacia abajo, a nada en particular, los enormes hombros encorvados y las manos en los bolsillos del pantalón. Hasta donde podían adivinar, no se había movido en absoluto. Su abrigo verde parecía cortado del verde césped en que se erguía. A su sombra, Pym había expuesto y Rosamund había protestado, Michael había despotricado y Moses había bromeado. Había permanecido como una cosa esculpida, el dios del jardín. Un gorrión se había posado en uno de sus pesados hombros y, tras arreglarse el traje de plumas, había echado a volar.

«¡Vaya!», exclamó Michael, con una carcajada. «El Tribunal de Beacon se ha abierto, y también se ha cerrado. Ahora todos saben que tengo razón. Su sentido común enterrado les ha dicho lo que mi sentido común enterrado me ha dicho a mí. Smith podría haber disparado cien cañones en vez de una pistola, y ustedes seguirían sabiendo que es inofensivo, como yo sé que es inofensivo. Volvamos todos a la casa y despejemos una sala para la discusión. Porque el Alto Tribunal de Beacon, que ya ha llegado a su decisión, está a punto de comenzar su investigación».

«¡Ya va a empezar!», exclamó el pequeño señor Moses con una extraordinaria excitación desinteresada, como la de un animal durante la música o una tormenta. «¡Síganme al Alto Tribunal de Huevos con Bacon; pidan un arenque ahumado de la casa de siempre! Su Señoría

felicitó al señor Gould por la alta delicadeza profesional que había mostrado, digna de las mejores tradiciones de la barra de la taberna... ¡y tres whiskys calientes, señorita! ¡Ay, persíganme, chicas!».

Como las muchachas no mostraron tentación alguna de perseguirlo, se alejó con una especie de baile bamboleante de pura excitación, y había dado una vuelta al jardín antes de reaparecer, sin aliento pero todavía radiante. Moon había conocido bien a su hombre al comprender que nadie presentado a Moses Gould podía mantenerse del todo serio, aunque estuviera del todo furioso. Las puertas de cristal estaban abiertas del lado más cercano al señor Moses Gould; y como los pies de aquel idiota festivo estaban evidentemente vueltos en la misma dirección, todos los demás fueron por allí con la unanimidad de una procesión alborotada. Solo Diana Duke conservó rigidez suficiente para decir lo que llevaba hirviendo en sus fieros labios femeninos durante las últimas horas. Bajo la sombra de la tragedia lo había callado por parecerle poco compasivo. «En ese caso», dijo con aspereza, «se puede despedir a estos coches».

«Bueno, Innocent tiene que llevarse su maletín, ¿sabe?», dijo Mary con una sonrisa. «Supongo que el cochero nos lo bajaría».

«Yo traeré el maletín», dijo Smith, hablando por primera vez en horas; su voz sonó remota y ruda, como la voz de una estatua.

Quienes tanto tiempo habían bailado y discutido en torno a su inmovilidad se quedaron sin aliento ante su precipitación. De una carrera y un salto estuvo fuera del jardín, en la calle; de un salto y una patada temblorosa estuvo realmente en el techo del coche. El cochero estaba por casualidad junto a la cabeza del caballo, recién retirado el morral vacío. Smith pareció por un instante rodar sobre el lomo del coche, abrazado a su maletín Gladstone. Al instante siguiente, sin embargo, había rodado, como por una suerte regia, hasta el alto asiento de atrás, y con un chillido de repentina y espantosa agudeza había lanzado al caballo volando y galopando calle abajo.

Su evanescencia fue tan violenta y veloz que esta vez fueron todos

los demás los convertidos en estatuas de jardín. El señor Moses Gould, sin embargo, mal adaptado física y moralmente a los fines de la escultura permanente, volvió a la vida algo antes que los demás y, dirigiéndose a Moon, comentó, como un hombre que entabla charla con un desconocido en un ómnibus: «¿Un tornillo suelto, eh? El coche, por lo menos, sí que anda suelto». Siguió un silencio fatal; y entonces el doctor Warner dijo, con un sarcasmo como un garrote de piedra:

«Esto es lo que resulta del Tribunal de Beacon, señor Moon. Ha soltado a un maníaco por toda la metrópoli».

Beacon House se alzaba, como se ha dicho, al final de una larga media luna de casas continuas. El jardincito que la encerraba se prolongaba en una punta aguda, como un cabo verde que se adentrara en el mar de dos calles. Smith y su coche subieron disparados por un lado del triángulo, y ciertamente la mayoría de los que estaban dentro de él no esperaban volver a verlo. En el vértice, sin embargo, giró el caballo bruscamente y subió con igual violencia por el otro lado del jardín, a la vista de todos los del grupo. Por un impulso común, la pequeña multitud corrió por el césped como para detenerlo, pero pronto tuvieron motivo para agacharse y retroceder. Incluso al desaparecer calle arriba por segunda vez, dejó volar de su mano el gran maletín amarillo, de modo que cayó en el centro del jardín, dispersando al grupo como una bomba y estropeando casi, por tercera vez, el sombrero del doctor Warner. Mucho antes de que se hubieran recobrado, el coche se había perdido a lo lejos con un chillido que se fue haciendo susurro.

«Bien», dijo Michael Moon, con una nota extraña en la voz; «da lo mismo: mejor entren todos. Tenemos al menos dos reliquias del señor Smith: su prometida y su baúl».

«¿Por qué quieres que entremos?», preguntó Arthur Inglewood, en cuya frente roja y cabello castaño y áspero la perplejidad parecía haber llegado a su límite.

«Quiero que los demás entren», dijo Michael con voz clara, «porque quiero todo este jardín para hablar contigo».

Había una atmósfera de duda irracional; hacía realmente más frío, y un viento de noche había empezado a agitar los dos o tres árboles en el crepúsculo. El doctor Warner, sin embargo, habló con una voz desprovista de indecisión.

«Me niego a escuchar semejante propuesta», dijo; «ha perdido usted a este rufián, y yo debo encontrarlo».

«No le pido que escuche ninguna propuesta», respondió Moon con calma; «solo le pido que escuche».

Hizo con la mano un ademán que imponía silencio, e inmediatamente el silbido que se había perdido en las calles oscuras de un lado de la casa pudo oírse desde un lugar totalmente nuevo, al otro lado. A través del laberinto nocturno de las calles, el ruido creció con increíble rapidez, y al momento siguiente los cascos volantes y las ruedas relampagueantes habían llegado, arrasando, a la verja de barrotes azules donde habían estado al principio. El señor Smith bajó de su asiento con aire distraído y, volviendo al jardín, se plantó en la misma actitud elefantina de antes.

«¡Adentro! ¡Adentro!», gritó Moon con jovialidad, con el aire de quien espanta a una banda de gatos. «¡Vamos, vamos, rápido! ¿No les dije que quería hablar con Inglewood?».

Cómo los metieron a todos otra vez en la casa habría sido difícil decirlo después. Habían llegado al punto de estar agotados de incongruencias, como quienes ven una farsa se enferman de risa, y el vivo crecimiento de la tormenta entre los árboles parecía un gesto final de las cosas en general. Inglewood se quedó rezagado tras ellos, diciendo con cierta exasperación amistosa: «Oye, ¿de verdad quieres hablar conmigo?».

«Sí», dijo Michael, «muchísimo».

La noche había llegado como suele hacerlo, más rápido de lo que el crepúsculo había parecido prometer. Mientras el ojo humano aún sentía el cielo como un gris claro, una luna muy grande y lustrosa, que apareció de repente sobre un bulto de tejados y árboles, demostró por

contraste que el cielo era ya un gris muy oscuro. Un remolino de hojas secas sobre el césped, un remolino de nubes desgarradas en el cielo, parecían alzados por el mismo viento fuerte y trabajoso.

«Arthur», dijo Michael, «empecé con una intuición; pero ahora estoy seguro. Tú y yo vamos a defender a este amigo tuyo ante el bendito Tribunal de Beacon, y a limpiarlo también, a limpiarlo de crimen y de locura. Escúchame mientras te predico un rato». Caminaron juntos de un lado a otro del jardín que oscurecía mientras Michael Moon proseguía.

«¿Puedes», preguntó Michael, «cerrar los ojos y ver algunos de esos jeroglíficos extraños y antiguos que colocaban en muros blancos en los viejos países cálidos? Qué rígidos eran de forma y, sin embargo, qué chillones de color. Piensa en algún alfabeto de figuras arbitrarias en negro y rojo, o blanco y verde, con alguna vieja muchedumbre semita, de los antepasados de Nosey Gould, mirándolo fijamente, e intenta pensar por qué la gente lo puso allí».

El primer instinto de Inglewood fue pensar que su desconcertante amigo se había vuelto loco de veras al fin; había un vuelo tan temerario de irrelevancia entre los muros de pinturas tropicales que le pedían imaginar y el jardín suburbano, gris, barrido por el viento y algo frío en que de hecho estaba perdiendo el tiempo. No podía concebir cómo podría ser más feliz en uno imaginando el otro. Ambos (en sí mismos) eran desagradables.

«¿Por qué todo el mundo repite adivinanzas», prosiguió Moon bruscamente, «aunque hayan olvidado las respuestas? Las adivinanzas son fáciles de recordar porque son difíciles de adivinar. Así también esos rígidos símbolos antiguos en negro, rojo o verde eran fáciles de recordar porque habían sido difíciles de adivinar. Sus colores eran claros. Sus formas eran claras. Todo era claro salvo el significado».

Inglewood iba a abrir la boca en una protesta amable, pero Moon siguió adelante, lanzándose cada vez más rápido de un lado a otro del jardín y fumando cada vez más aprisa. «Las danzas también», dijo; «las

danzas no eran frívolas. Las danzas eran más difíciles de entender que las inscripciones y los textos. Las danzas antiguas eran rígidas, ceremoniales, de vivos colores pero silenciosas. ¿Has notado algo raro en Smith?».

«Pero, por favor», exclamó Inglewood, rendido entre la risa y el desconcerto, «¿acaso he notado otra cosa?».

«¿Has notado esto en él», preguntó Moon, con inquebrantable persistencia, «que ha hecho tanto y dicho tan poco? Cuando llegó habló, pero de una manera entrecortada e irregular, como si no estuviera acostumbrado. Todo lo que de verdad hizo fueron acciones: pintar flores rojas en togas negras o arrojar maletines amarillos al césped. Te digo que esa gran figura verde es figurativa, como cualquier figura verde que brinca en algún muro blanco de Oriente».

«Mi querido Michael», exclamó Inglewood, con una irritación creciente que aumentaba con el viento creciente, «te estás volviendo absurdamente fantasioso».

«Pienso en lo que acaba de ocurrir», dijo Michael con firmeza. «El hombre no ha hablado en horas, y sin embargo ha estado hablando todo el tiempo. Disparó tres tiros de un revólver de seis y luego nos lo entregó, cuando pudo habernos dejado muertos ahí mismo. ¿Cómo podría haber expresado mejor su confianza en nosotros? Quería ser juzgado por nosotros. ¿Cómo podría haberlo demostrado mejor que quedándose del todo quieto y dejándonos discutirlo? Quería mostrar que estaba allí de buena gana y podía escapar si quería. ¿Cómo podría haberlo demostrado mejor que escapando en el coche y volviendo otra vez? Innocent Smith no es un loco: es un ritualista. Quiere expresarse no con la lengua, sino con los brazos y las piernas; “con mi cuerpo te venero”, como dice el rito del matrimonio. Empiezo a entender las viejas obras y los desfiles. Veo por qué los mudos de un funeral eran mudos. Veo por qué los mimos eran mimos. SIGNIFICABAN algo; y Smith también significa algo. Todas las demás bromas tienen que ser ruidosas, como las del pequeño Nosey Gould, por ejemplo. Las únicas bromas silencio-

sas son las bromas pesadas. El pobre Smith, bien considerado, es un bromista alegórico. Lo que de verdad ha hecho en esta casa ha sido tan frenético como una danza de guerra, pero tan silencioso como un cuadro».

«Supongo que quieres decir», dijo el otro con duda, «que tenemos que averiguar qué significaban todos estos crímenes, como si fueran tantos rompecabezas ilustrados a color. Pero aun suponiendo que signifiquen algo... ¡Por todos los santos!...».

Al girar en el extremo del jardín con toda naturalidad, había alzado los ojos a la luna, ya para entonces alta, grande y luminosa, y había visto una enorme figura semihumana sentada en la tapia del jardín. Se recortaba tan nítidamente contra la luna que en el primer instante era difícil estar seguro siquiera de que fuera humana: los hombros encorvados y el pelo erizado tenían más bien el aire de un gato colosal. Se parecía también a un gato en que, al sobresaltarse, saltó y corrió con fácil agilidad por lo alto de la tapia. Sin embargo, al correr, sus pesados hombros y su pequeña cabeza inclinada sugerían más bien un babuino. En cuanto estuvo al alcance de un árbol dio un salto de simio y se perdió entre las ramas. El vendaval, que a esas alturas sacudía cada arbusto del jardín, hacía aún más difícil la identificación, pues fundía los miembros en movimiento del fugitivo con los innumerables miembros en movimiento del árbol.

«¿Quién anda ahí?», gritó Arthur. «¿Quién eres? ¿Eres Innocent?».

«No del todo», respondió una voz oscura entre las hojas. «Una vez te engañé con una navaja».

El viento del jardín había cobrado fuerza y mecía el árbol de atrás para adelante con el hombre en medio, tal como lo había hecho en la tarde alegre y dorada en que había llegado por primera vez.

«Pero ¿eres Smith?», preguntó Inglewood, angustiado.

«Casi», dijo la voz desde el árbol zarandeado.

«Pero tienes que tener algún nombre de verdad», chilló Inglewood desesperado. «Tienes que llamarte de alguna manera».

«Llamarme de alguna manera», tronó la voz oscura, sacudiendo el árbol de modo que sus diez mil hojas parecieron hablar a la vez. «Me llamo Roldán Oliveros Isaías Carlomagno Arturo Hildebrando Homero Danton Miguel Ángel Shakespeare Brakespeare...».

«¡Pero, hombre vivo!», comenzó Inglewood exasperado.

«¡Eso es! ¡Eso es!», vino con un rugido desde el árbol que se mecía; «ese es mi verdadero nombre». Y rompió una rama, y una o dos hojas otoñales se alejaron revoloteando a través de la luna.

Segunda parte. Las explicaciones de Innocent Smith

I. El ojo de la muerte, o la acusación de asesinato

El comedor de los Duke había sido dispuesto para el Tribunal de Beacon con una cierta pompa improvisada que, no se sabe cómo, parecía aumentar su comodidad. La amplia sala estaba, por así decirlo, dividida en pequeñas salas, con tabiques que llegaban solo a la cintura, la clase de separaciones que hacen los niños cuando juegan a las tiendas. Lo habían hecho Moses Gould y Michael Moon (los dos miembros más activos de aquella notable investigación) con los muebles corrientes de la casa. En un extremo de la larga mesa de caoba habían puesto el enorme sillón de jardín, coronado por la vieja tienda o sombrilla rasgada que el propio Smith había sugerido como dosel de coronación. Dentro de aquella construcción se distinguía la figura rechoncha de la señora Duke, con cojines y un semblante que ya amenazaba con el sueño. En el otro extremo se sentaba el acusado Smith, en una especie de banquillo, pues lo habían cercado con esmero con un cuadrilátero de livianas sillas de dormitorio, cualquiera de las cuales habría podido lanzar por la ventana con el dedo gordo del pie. Le habían proporcionado pluma y papel, y con este último fabricó, contento, durante todo el proceso, barquitos de papel, flechas de papel y muñecas de papel. Nunca habló ni levantó siquiera la vista, sino que parecía tan ajeno a todo como un niño en el suelo de una sala de juegos vacía.

En una fila de sillas colocadas en alto sobre un largo sofá se sentaban las tres señoritas, de espaldas a la ventana, con Mary Gray en el centro; aquello era algo a medio camino entre el estrado del jurado y el palco de la Reina de la Belleza en un torneo. A lo largo del centro de la mesa, Moon había levantado una baja barrera con ocho tomos encuadernados de «Good Words» para expresar el muro moral que dividía a las partes en conflicto. A la derecha estaban los dos abogados de la acusación, el doctor Pym y el señor Gould, tras una barricada de

libros y documentos, que eran sobre todo (en el caso del doctor Pym) sólidos volúmenes de criminología. Del otro lado, Moon e Inglewood, por la defensa, estaban también fortificados con libros y papeles; pero como entre ellos había varios viejos volúmenes amarillentos de Ouida y de Wilkie Collins, la mano del señor Moon parecía haber sido algo descuidada y poco selectiva. En cuanto a la víctima y querellante, el doctor Warner, Moon quiso al principio mantenerlo del todo oculto tras un alto biombo en el rincón, alegando la falta de delicadeza de su presencia en el tribunal, aunque en privado le aseguraba un permiso extraoficial para asomarse por encima de vez en cuando. El doctor Warner, sin embargo, no estuvo a la altura de la caballerosidad de semejante arreglo, y tras algún pequeño disturbio y discusión se le acomodó en un asiento del lado derecho de la mesa, en línea con sus asesores legales.

Fue ante este tribunal tan sólidamente establecido donde el doctor Cyrus Pym, tras pasarse una mano por el cabello color miel que le cubría las orejas, se levantó para abrir la causa. Su exposición fue clara e incluso medida, y los vuelos de imaginación que había en ella solo llamaban la atención por cierta brusquedad indescriptible, nada rara en las flores de la oratoria norteamericana.

Apoyó las puntas de sus diez frágiles dedos en la caoba, cerró los ojos y abrió la boca. «Ha pasado el tiempo», dijo, «en que el asesinato podía considerarse un acto moral e individual, importante quizá para el asesino, quizá para el asesinado. La ciencia ha...», aquí hizo una pausa, sosteniendo en el aire el índice y el pulgar juntos, como si apretara muy fuerte por la cola una idea escurridiza; luego entornó los ojos, dijo «modificado» y la soltó, «la ciencia ha Modificado profundamente nuestra visión de la muerte. En las épocas supersticiosas se la consideraba el término de la vida, catastrófico e incluso trágico, y a menudo se la rodeaba de solemnidad. Pero han amanecido días más luminosos, y ahora vemos la muerte como algo universal e inevitable, como parte de ese gran promedio que conmueve el alma y sostiene el corazón y

que por comodidad llamamos el orden de la naturaleza. Del mismo modo hemos llegado a considerar el asesinato SOCIALMENTE. Elevándonos por encima de los meros sentimientos privados de un hombre al ser privado de la vida por la fuerza, tenemos el privilegio de contemplar el asesinato como un poderoso todo, de ver la rica rotación del cosmos, que trae, como trae las doradas cosechas y los segadores de barba dorada, el eterno regreso de los que matan y de los que mueren».

Bajó la vista, algo afectado por su propia elocuencia, tosió levemente, levantó cuatro de sus dedos puntiagudos con los excelentes modales de Boston y prosiguió: «Hay un solo resultado de esta perspectiva más feliz y más humana que concierne al desdichado que tenemos delante. Es el que dilucidó a fondo un doctor de Milwaukee, nuestro gran adivinador de secretos Sonnenschein, en su gran obra “El tipo destructivo”. No denunciarnos a Smith como un asesino, sino más bien como un hombre homicida. El tipo es tal que su misma vida (podría decir su misma salud) consiste en matar. Algunos sostienen que no es propiamente una aberración, sino una criatura más nueva e incluso superior. Mi querido y viejo amigo el doctor Bulger, que criaba hurones...» (aquí Moon soltó de pronto un fuerte «¡hurra!», pero recobró tan instantáneamente su expresión trágica que la señora Duke buscó por todas partes el origen del ruido); el doctor Pym continuó con cierta severidad: «que, en interés del conocimiento, criaba hurones, sintió que la ferocidad de esa criatura no es utilitaria, sino absolutamente un fin en sí misma. Sea como fuere con los hurones, lo es sin duda con el prisionero. En sus otras iniquidades pueden hallar la astucia del maníaco, pero sus actos de sangre tienen casi la sencillez de la cordura. Mas es la espantosa cordura del sol y de los elementos, una cordura cruel, una cordura maligna. Antes se detendrían las cataratas saltadas por el iris de nuestro virgen Oeste que la fuerza natural que lo lanza a matar. Ningún ambiente, por científico que fuera, habría podido ablandarlo. Pongan a ese hombre en la pureza plateada y silenciosa del más pálido

de los claustros, y se cometerá algún acto de violencia con el báculo o con el alba. Críenlo en una feliz sala de juegos, entre nuestra animosa infancia anglosajona de frente valiente, y hallará el modo de estrangular con la cuerda de saltar o de romper una cabeza con un ladrillo. Las circunstancias pueden ser favorables, la educación admirable, las esperanzas altas, pero la enorme hambre elemental de sangre de Innocent Smith estallará a su debido tiempo como una bomba bien calculada».

Arthur Inglewood miró un instante con curiosidad a la enorme criatura del extremo de la mesa, que le ponía un sombrero de tres picos a una figura de papel, y volvió a mirar al doctor Pym, que concluía en un tono más tranquilo.

«Solo nos resta», dijo, «presentar pruebas reales de sus intentos anteriores. Por un acuerdo ya hecho con el Tribunal y con los jefes de la defensa, se nos permite presentar como prueba cartas auténticas de testigos de esas escenas, que la defensa es libre de examinar. De entre varios casos de tales atropellos hemos decidido elegir uno, el más claro y escandaloso. Sin más demora, pues, llamo a mi colega, el señor Gould, para que lea dos cartas, una del subdirector y otra del conserje del Colegio Brakespeare, de la Universidad de Cambridge».

Gould se puso de pie de un brinco, como un muñeco de resorte, con un papel de aspecto académico en la mano y una fiebre de importancia en el rostro. Empezó con una voz fuerte, aguda y de barrio londinense, tan brusca como un canto de gallo:

«Señor: Yo soy el subdirector del Colegio Brakespeare, de Cambridge...».

«Dios nos asista», murmuró Moon, haciendo un movimiento hacia atrás, como los hombres cuando suena un disparo.

«Yo soy el subdirector del Colegio Brakespeare, de Cambridge», proclamó el intransigente Moses, «y puedo respaldar la descripción que usted hizo del infeliz Smith. No solo tuve el desafortunado deber de reprender muchas de las violencias menores de su época de estudiante, sino que fui testigo de la última iniquidad que puso fin a esa época. Su-

cedió que pasaba yo bajo la casa de mi amigo el director de Brakespeare, que está medio separada del Colegio y unida a él por dos o tres arcos o puntales muy antiguos, a modo de puentes, sobre una pequeña franja de agua conectada con el río. Con grave asombro vi a mi eminente amigo suspendido en el aire y aferrado a una de esas piezas de mampostería, y su aspecto y su actitud indicaban que sufría los más graves temores. Al cabo de poco oí dos disparos muy fuertes y percibí con claridad que el desdichado estudiante Smith, inclinado muy fuera de la ventana del director, apuntaba repetidamente al director con un revólver. Al verme, Smith estalló en una sonora carcajada (en que la impertinencia se mezclaba con la demencia) y pareció desistir. Mandé al conserje del Colegio a buscar una escalera, y logró desprender al director de su penosa posición. Smith fue expulsado. La fotografía que adjunto pertenece al grupo de los premiados del Club de Tiro de la Universidad, y lo representa tal como era cuando estaba en el Colegio. Soy su seguro servidor, Amos Boulter.

«La otra carta», prosiguió Gould con un resplandor de triunfo, «es del conserje, y no llevará mucho tiempo leerla.

«Estimado señor: Es muy cierto que soy el conserje del Colegio Brakespeare y que ayudé a bajar al director cuando el joven le estaba disparando, como dice el señor Boulter en su carta. El joven que le disparaba era el señor Smith, el mismo que sale en la fotografía que envía el señor Boulter. Su respetuoso servidor, Samuel Barker».

Gould pasó las dos cartas a Moon, que las examinó. Salvo las divergencias de pronunciación en el asunto de las haches y las aes, la carta del subdirector era exactamente como Gould la había leído, y tanto esa como la del conserje eran a todas luces genuinas. Moon se las pasó a Inglewood, que se las devolvió en silencio a Moses Gould.

«En lo que atañe a este primer cargo de continuos intentos de asesinato», dijo el doctor Pym, de pie por última vez, «esa es mi causa».

Michael Moon se levantó para la defensa con un aire de abatimiento que, de entrada, daba poca esperanza a los simpatizantes del prisionero.

nero. Dijo que no se proponía seguir al doctor a las cuestiones abstractas. «No sé lo bastante para ser agnóstico», dijo con bastante cansancio, «y solo puedo dominar los elementos conocidos y admitidos de esas controversias. En cuanto a la ciencia y la religión, los hechos conocidos y admitidos son bastante claros. Todo lo que dicen los clérigos está sin probar. Todo lo que dicen los médicos está refutado. Esa es la única diferencia que ha habido y habrá jamás entre la ciencia y la religión. Y sin embargo, estos nuevos descubrimientos me tocan, no sé cómo», dijo, mirándose con tristeza las botas. «Me recuerdan a una querida y vieja tía abuela mía que disfrutaba de ellos en su juventud. Se me llenan los ojos de lágrimas. Veo el viejo balde junto a la cerca del jardín y, detrás, la hilera de álamos centelleantes...».

«¡Eh, oiga, pare el autobús un momento!», gritó el señor Moses Gould, poniéndose de pie, medio sudoroso. «Queremos darle a la defensa un trato justo, como caballeros, ya saben; pero cualquier caballero pondría el límite en los álamos centelleantes».

«Bueno, qué diablos», dijo Moon con aire ofendido, «si el doctor Pym puede tener un viejo amigo con hurones, ¿por qué no puedo yo tener una vieja tía con álamos?».

«Estoy segura», dijo la señora Duke, engallándose con algo casi parecido a una autoridad temblorosa, «de que el señor Moon puede tener las tías que quiera».

«En cuanto a quererla», empezó Moon, «yo... pero quizá, como dice usted, ella no es precisamente el núcleo de la cuestión. Repito que no pienso seguir las especulaciones abstractas. Porque, en verdad, mi respuesta al doctor Pym es sencilla y rigurosamente concreta. El doctor Pym solo ha tratado un lado de la psicología del asesinato. Si es cierto que hay una clase de hombre con una tendencia natural a asesinar, ¿no es igualmente cierto», aquí bajó la voz y habló con una serenidad y una seriedad aplastantes, «no es igualmente cierto que hay una clase de hombre con una tendencia natural a que lo asesinen? ¿No es al menos una hipótesis que se mantiene en pie que el doctor Warner es uno

de ellos? No hablo sin fuentes, como tampoco mi docto colega. Toda la materia está expuesta en la monumental obra del doctor Moonenschein, “El doctor destructible”, con diagramas que muestran las diversas maneras en que una persona como el doctor Warner puede descomponerse en sus elementos. A la luz de estos hechos...».

«¡Eh, pare el autobús! ¡Pare el autobús!», gritó Moses, dando saltos y gesticulando muy excitado. «¡Mi jefe tiene algo que decir! ¡Mi jefe quiere echar una parrafada!».

El doctor Pym estaba efectivamente de pie, pálido y con cara de pocos amigos. «Me he CENIDO estrictamente», dijo con voz nasal, «a libros a los que se puede remitir de inmediato. Tengo aquí, sobre la mesa, “El tipo destructivo” de Sonnenschein, si la defensa desea verlo. ¿Dónde está esa maravillosa obra sobre la destructibilidad de la que habla el señor Moon? ¿Existe? ¿Puede presentarla?».

«¡Presentarla!», exclamó el irlandés con un rico desdén. «La tendré escrita dentro de una semana si usted me paga la tinta y el papel».

«¿Tendría mucha autoridad?», preguntó Pym, sentándose.

«¡Ah, la autoridad!», dijo Moon con ligereza. «Eso depende de la religión de cada uno».

El doctor Pym volvió a ponerse de pie de un salto. «Nuestra autoridad se funda en masas de detalles exactos», dijo. «Trata de una región en la que las cosas pueden manejarse y comprobarse. Mi oponente admitirá al menos que la muerte es un hecho de la experiencia».

«De la mía no», dijo Moon con tristeza, moviendo la cabeza. «Nunca he experimentado semejante cosa en toda mi vida».

«Vaya, realmente», dijo el doctor Pym, y se sentó con brusquedad entre un crujido de papeles.

«Así vemos», prosiguió Moon con la misma voz melancólica, «que un hombre como el doctor Warner está condenado, en los misteriosos designios de la evolución, a tales ataques. La embestida de mi cliente, aun si se produjo, no fue única. Tengo en la mano cartas de más de un conocido del doctor Warner a quienes ese notable hombre ha afectado

del mismo modo. Siguiendo el ejemplo de mis doctos colegas, leeré solo dos de ellas. La primera es de una honrada y laboriosa matrona que vive cerca de Harrow Road.

«Señor Moon: Sí, le tiré una cazuela. ¿Y qué? Era lo único que tenía para tirar, porque todo lo blando ya lo había empeñado, y si a su doctor Warner no le gusta que le tiren cazuelas, que no se deje puesto el sombrero en el salón de una mujer decente, y dígame que deje de sonreír o que nos cuente el chiste. Su respetuosa, Hannah Miles.

«La otra carta es de un médico de cierta fama en Dublín, con quien el doctor Warner estuvo una vez en una consulta. Escribe como sigue:

«Estimado señor: El incidente al que usted se refiere es uno que lamentó y que, además, nunca he podido explicarme. Mi propia rama de la medicina no es la mental, y me alegraría contar con el parecer de un especialista en enfermedades mentales sobre mi singular, momentánea y casi automática acción. Decir que “le tiré de la nariz al doctor Warner” es, sin embargo, inexacto en un aspecto que me parece importante. Que le di un puñetazo en la nariz debo admitirlo con gusto (no necesito decir con cuánto pesar); pero tirar me parece implicar una precisión de propósito de la que no puedo acusarme. Comparado con ello, el acto de dar el puñetazo fue un gesto exterior, instantáneo e incluso natural. Créame su fiel servidor, Burton Lestrangle.

«Tengo innumerables cartas más», continuó Moon, «que dan testimonio de este sentimiento generalizado hacia mi eminente amigo, y por eso pienso que el doctor Pym debió admitir este lado de la cuestión en su exposición. Estamos, como dice con tanta verdad el doctor Pym, ante una fuerza natural. Antes se detendría la catarata de la compañía de aguas de Londres que la gran tendencia del doctor Warner a ser asesinado por alguien. Pongan a ese hombre en una reunión de cuáqueros, entre los más pacíficos de los cristianos, y de inmediato lo matarán a palos de chocolate. Pónganlo entre los ángeles de la Nueva Jerusalén, y lo matarán a pedradas con piedras preciosas. Las circunstancias pueden ser hermosas y maravillosas, el promedio puede soste-

ner el corazón, el segador puede ser de barba dorada, el doctor puede ser adivinador de secretos, la catarata puede ser saltada por el iris, el niño anglosajón puede ser de frente valiente, pero contra todos esos prodigios y por encima de ellos la gran y simple tendencia del doctor Warner a que lo asesinen seguirá su camino hasta que, felizmente y en triunfo, por fin lo consiga».

Pronunció esta peroración con aire de fuerte emoción. Pero del otro lado de la mesa se manifestaban emociones aún más fuertes. El doctor Warner se había inclinado con su gran cuerpo por completo sobre la pequeña figura de Moses Gould y hablaba en excitados susurros al doctor Pym. Ese experto asintió muchas veces y por fin se puso de pie de un salto con una sincera expresión de severidad.

«Señoras y señores», exclamó indignado, «como ha dicho mi colega, nos encantaría dar toda clase de libertad a la defensa, si hubiera una defensa. Pero el señor Moon parece creer que está aquí para hacer chistes, chistes muy buenos, no lo dudo, pero en absoluto adecuados para ayudar a su cliente. Le abre agujeros a la ciencia. Le abre agujeros a la popularidad social de mi cliente. Le abre agujeros a mi estilo literario, que no parece adecuarse a su elevado gusto europeo. Pero ¿qué tiene que ver esta apertura de agujeros con la cuestión? Este Smith ha abierto dos agujeros en el sombrero de mi cliente, y con una pulgada más de puntería le habría abierto dos agujeros en la cabeza. Todos los chistes del mundo no descoserán esos agujeros ni servirán de nada a la defensa».

Inglewood bajó la vista algo turbado, como sacudido por la evidente justicia de esto, pero Moon seguía mirando a su adversario con aire soñador. «¿La defensa?», dijo vagamente. «Ah, eso todavía no lo he empezado».

«Desde luego que no», dijo Pym con calor, entre un murmullo de aplauso de su bando, al que el otro bando no encontró modo de responder. «Quizá, si usted tiene alguna defensa, cosa dudosa desde el mismo comienzo...».

«Ya que está de pie», dijo Moon, con el mismo tono casi soñoliento, «quizá pueda hacerle una pregunta».

«¿Una pregunta? Por supuesto», dijo Pym con tiesura. «Se acordó claramente entre nosotros que, como no podíamos interrogar a los testigos, podríamos interrogarnos vicariamente unos a otros. Estamos en condiciones de invitar a toda indagación semejante».

«Creo que usted dijo», observó Moon distraído, «que ninguno de los disparos del prisionero dio realmente al doctor».

«Por la causa de la ciencia», exclamó el ufano Pym, «afortunadamente no».

«Y, sin embargo, se dispararon desde unos pocos pies de distancia».

«Sí, unos cuatro pies».

«¿Y ningún disparo alcanzó al director, aunque también se hicieron muy cerca de él?», preguntó Moon.

«Así es», dijo el testigo con gravedad.

«Creo», dijo Moon, reprimiendo un leve bostezo, «que su subdirector mencionó que Smith tenía uno de los récords de tiro de la Universidad».

«Bueno, en cuanto a eso...», empezó Pym, tras un instante de quietud.

«Una segunda pregunta», continuó Moon, en un tono más bien seco. «Usted dijo que había otros casos en que el acusado trató de matar a gente. ¿Por qué no tiene pruebas de ellos?».

El norteamericano volvió a apoyar las puntas de los dedos en la mesa. «En esos casos», dijo con precisión, «no hubo testimonio de personas ajenas, como en el caso de Cambridge, sino solo el testimonio de las propias víctimas».

«¿Por qué no obtuvo su testimonio?».

«En el caso de las propias víctimas», dijo Pym, «hubo cierta dificultad y renuencia, y...».

«¿Quiere decir», preguntó Moon, «que ninguna de las propias víctimas quiso comparecer contra el prisionero?».

«Eso sería exagerativo», empezó el otro.

«Una tercera pregunta», dijo Moon, tan bruscamente que todos se sobresaltaron. «Tiene usted el testimonio del subdirector, que oyó unos disparos; ¿dónde está el testimonio del propio director, a quien se disparó? El director de Brakespeare vive todavía, y es un caballero próspero».

«Pedimos, en efecto, una declaración suya», dijo Pym algo nervioso, «pero estaba expresada de modo tan excéntrico que la suprimimos por deferencia a un anciano caballero cuyos servicios pasados a la ciencia han sido grandes».

Moon se inclinó hacia adelante. «Quiere decir, supongo», dijo, «que su declaración era favorable al prisionero».

«Podría entenderse así», respondió el doctor norteamericano, «pero, realmente, era difícil de entender en absoluto. De hecho, se la devolvimos».

«No tiene usted ya, entonces, ninguna declaración firmada por el director de Brakespeare».

«No».

«Lo pregunto solo», dijo Michael en voz baja, «porque nosotros sí la tenemos. Para concluir mi causa pediré a mi colega, el señor Inglewood, que lea una exposición de la historia verdadera, una exposición atestiguada como verdadera con la firma del propio director».

Arthur Inglewood se levantó con varios papeles en la mano, y aunque parecía algo refinado y retraído, como siempre, los espectadores se sorprendieron al sentir que su presencia era, en conjunto, más eficaz y suficiente que la de su jefe. Era, en verdad, uno de esos hombres modestos que no pueden hablar hasta que se les dice que hablen, y entonces hablan bien. Moon era enteramente lo opuesto. Sus propios descaros lo divertían en privado, pero lo turbaban un poco en público; se sentía tonto mientras hablaba, mientras que Inglewood se sentía tonto solo porque no podía hablar. En cuanto tenía algo que decir podía hablar, y en cuanto podía hablar, hablar le parecía muy natural. Nada en

este universo le parecía del todo natural a Michael Moon.

«Como acaba de explicar mi colega», dijo Inglewood, «hay dos enigmas o incongruencias sobre los que fundamos la defensa. El primero es un simple hecho físico. Por admisión de todos, por la misma prueba presentada por la acusación, está claro que el acusado era célebre como tirador especialmente bueno. Sin embargo, en las dos ocasiones de que se queja la acusación disparó desde una distancia de cuatro o cinco pies, le disparó cuatro o cinco veces y nunca le dio ni una vez. Esa es la primera circunstancia asombrosa en que basamos nuestro argumento. La segunda, como ha subrayado mi colega, es el curioso hecho de que no podemos hallar a una sola víctima de estos supuestos atropellos que hable por sí misma. Hablan por ella los subordinados. Los conserjes suben escaleras hasta ella. Pero ella misma calla. Señoras y señores, me propongo explicar aquí mismo tanto el enigma de los disparos como el enigma del silencio. Leeré primero la carta de presentación en que se contiene el verdadero relato del incidente de Cambridge, y luego el documento mismo. Cuando hayan oído ambos, no habrá duda sobre su decisión. La carta de presentación dice así:

«Estimado señor: Lo que sigue es un relato muy exacto e incluso vívido del incidente tal como ocurrió realmente en el Colegio Brakespeare. Los abajo firmantes no vemos ninguna razón particular para atribuirlo a una autoría aislada. La verdad es que ha sido una producción compuesta, e incluso hemos tenido alguna diferencia de opinión sobre los adjetivos. Pero cada palabra es verdadera. Quedamos de usted atentamente,

«Wilfred Emerson Eames,
director del Colegio Brakespeare, Cambridge.
Innocent Smith.

«El relato adjunto», continuó Inglewood, «dice como sigue:

«Una célebre universidad inglesa da tan bruscamente al río por la parte de atrás que ha tenido, por así decirlo, que ser apuntalada y re-

mendada con toda clase de puentes y edificios medio separados. El río se divide en varios arroyos y canales pequeños, de modo que en uno o dos rincones el lugar tiene casi aspecto de Venecia. Así sucedía especialmente en el caso que nos ocupa, en el que unos cuantos arbotantes o aéreas costillas de piedra saltaban sobre una franja de agua para unir el Colegio Brakespeare con la casa del director de Brakespeare.

«El campo en torno a estos colegios es llano, pero no lo parece cuando se está así en medio de los colegios. Pues en esas llanas marismas siempre hay lagos errantes y ríos remolones de agua. Y estos cambian siempre lo que habría podido ser un esquema de líneas horizontales en un esquema de líneas verticales. Dondequiera que hay agua, la altura de los edificios altos se duplica, y una casa de ladrillo británica se convierte en una torre babilónica. En esa superficie brillante e inmóvil, las casas cuelgan cabeza abajo exactamente hasta su chimenea más alta o más baja. La nube color coral que se ve en ese abismo está tan por debajo del mundo como su original parece estar por encima de él. Cada pizca de agua no es solo una ventana, sino un tragaluz. La tierra se parte bajo los pies de los hombres en vertiginosas perspectivas aéreas, en las que un pájaro podría lanzar su vuelo tan fácilmente como...».

El doctor Cyrus Pym se levantó a protestar. Los documentos que él había presentado como prueba se habían limitado a la fría afirmación de hechos. La defensa, en términos generales, tenía un indudable derecho a exponer su causa a su manera, pero toda esta jardinería paisajista le parecía a él (el doctor Cyrus Pym) no estar a la altura del asunto. «¿Querrá decirme el jefe de la defensa», preguntó, «cómo puede afectar en lo más mínimo a este caso que una nube fuera color coral o que un pájaro pudiera haber lanzado su vuelo a alguna parte?».

«Ah, no lo sé», dijo Michael, incorporándose con pereza. «Verá, usted todavía no sabe cuál es nuestra defensa. Mientras no lo sepa, ¿no le parece?, cualquier cosa puede ser pertinente. Vaya, supongamos», dijo de pronto, como si le hubiera venido una idea, «supongamos que

quisiéramos demostrar que el viejo director era daltónico. ¡Supongamos que le disparó un negro de pelo blanco cuando él creía que le disparaba un blanco de pelo amarillo! Averiguar si aquella nube era real y verdaderamente color coral podría tener una importancia enorme».

Hizo una pausa con una seriedad que apenas compartían todos, y continuó con la misma fluidez: «O supongamos que quisiéramos sostener que el director se suicidó, que se limitó a hacer que Smith sostuviera la pistola, como el esclavo de Bruto sostuvo la espada. Vaya, sería decisivo saber si el director podía verse claramente en el agua quieta. El agua quieta ha producido cientos de suicidas: uno se ve a sí mismo tan... bueno, tan claramente».

«¿Sostiene usted acaso», preguntó Pym con austera ironía, «que su cliente era un ave de algún tipo, digamos un flamenco?».

«En lo que toca a que fuera un flamenco», dijo Moon con repentina severidad, «mi cliente se reserva su defensa».

Sin saber nadie muy bien qué pensar de esto, el señor Moon volvió a su asiento e Inglewood reanudó la lectura de su documento:

«Hay algo agradable para un místico en una tierra de espejos. Porque un místico es quien sostiene que dos mundos son mejor que uno. En el sentido más alto, en verdad, todo pensamiento es reflexión.

«Esta es la verdad real que hay en el dicho de que las segundas ideas son las mejores. Los animales no tienen segundas ideas; solo el hombre es capaz de ver su propio pensamiento doble, como el borracho ve un farol; solo el hombre es capaz de ver su propio pensamiento cabeza abajo, como se ve una casa en un charco. Esta duplicación de la mentalidad, como en un espejo, es (lo repetimos) lo más íntimo de la filosofía humana. Hay una verdad mística, incluso monstruosa, en la afirmación de que dos cabezas piensan mejor que una. Pero las dos deberían crecer en el mismo cuerpo».

«Sé que al principio es un poco trascendental», interpuso Inglewood, mirando a su alrededor con una amplia disculpa, «pero verán, este documento fue escrito en colaboración por un catedrático y

un...».

«¿Borracho, eh?», sugirió Moses Gould, que empezaba a divertirse.

«Me inclino a pensar», prosiguió Inglewood con aire sereno y crítico, «que esta parte la escribió el catedrático. Me limito a advertir al Tribunal que la exposición, aunque indudablemente exacta, lleva aquí y allá la huella de provenir de dos autores».

«En ese caso», dijo el doctor Pym, recostándose y resoplando, «no puedo estar de acuerdo con ellos en que dos cabezas piensan mejor que una».

«Los abajo firmantes consideran innecesario tocar un problema afín, tan discutido en las comisiones para la Reforma Universitaria: la cuestión de si los catedráticos ven doble porque están borrachos o se emborrachan porque ven doble. Les basta (a los abajo firmantes) poder seguir su propio tema, peculiar y provechoso, que son los charcos. ¿Qué es (se preguntan los abajo firmantes) un charco? Un charco repite el infinito y está lleno de luz; sin embargo, si se lo analiza objetivamente, un charco es un trozo de agua sucia extendida muy fina sobre el barro. Las dos grandes universidades históricas de Inglaterra tienen todo este brillo amplio, llano y reflexivo. Sin embargo, o más bien, por otra parte, son charcos, charcos, charcos, charcos, charcos. Los abajo firmantes les piden que excusen un énfasis inseparable de una fuerte convicción».

Inglewood pasó por alto una expresión algo extraviada en el rostro de algunos de los presentes y continuó con eminente alegría:

«Tales eran los pensamientos que no cruzaron la mente del estudiante Smith mientras se abría paso entre las franjas de canal y los brillantes canalones de lluvia en que se deshacía el agua detrás del Colegio Brakespeare. De haberle cruzado la mente estos pensamientos, habría sido mucho más feliz de lo que era. Por desgracia, no sabía que sus enigmas eran charcos. No sabía que la mente académica refleja el infinito y está llena de luz por el simple procedimiento de ser poco profunda y quedarse quieta. En su caso, por tanto, había algo solemne e

incluso maligno en el infinito implícito. Era bien entrada una noche estrellada de desconcertante brillo; había estrellas tanto arriba como abajo. A la sombría fantasía del joven Smith, los cielos de abajo le parecían aún más huecos que los de arriba; tenía la horrible idea de que, si contaba las estrellas, hallaría una de más en el estanque.

«Al cruzar los senderitos y puentes se sentía como quien pisa las negras y delgadas costillas de una especie de torre Eiffel cósmica. Porque para él, y para casi toda la juventud instruida de esa época, las estrellas eran cosas crueles. Aunque brillaban cada noche en la gran cúpula, eran un secreto enorme y feo; descubrían la desnudez de la naturaleza; eran un atisbo de las ruedas de hierro y las poleas que hay detrás de la escena. Porque los jóvenes de aquel triste tiempo pensaban que el dios sale siempre de la máquina. No sabían que en realidad la máquina solo sale del dios. En suma, eran todos pesimistas, y la luz de las estrellas les era atroz, atroz porque era verdadera. Todo su universo era negro con manchas blancas.

«Smith alzó la mirada con alivio, de los charcos brillantes de abajo a los brillantes cielos y a la gran mole negra del colegio. La única luz, aparte de las estrellas, brillaba a través de una cortina verde pavo real en la parte alta del edificio, que señalaba dónde trabajaba siempre hasta la mañana el doctor Emerson Eames y recibía a sus amigos y alumnos favoritos a cualquier hora de la noche. De hecho, era a sus habitaciones adonde se dirigía el melancólico Smith. Smith había estado en la clase del doctor Eames durante la primera mitad de la mañana, y en práctica de pistola y esgrima en una sala durante la segunda. Había remado como un loco la primera mitad de la tarde y pensado ociosamente (y aún más locamente) la segunda. Había ido a una cena donde estuvo alborotador, y de allí a un club de debate donde se mostró perfectamente insufrible, y el melancólico Smith seguía melancólico. Entonces, cuando iba camino de su alojamiento, recordó la excentricidad de su amigo y maestro, el director de Brakespeare, y resolvió desesperadamente entrar en la casa particular de aquel caballero.

«Emerson Eames era un excéntrico en muchos aspectos, pero su trono en filosofía y metafísica tenía eminencia internacional; la universidad difícilmente habría podido permitirse perderlo y, además, a un catedrático le basta continuar mucho tiempo cualquiera de sus malas costumbres para hacerla parte de la Constitución británica. Las malas costumbres de Emerson Eames eran trasnochar y ser estudioso de Schopenhauer. Personalmente, era un hombre delgado y desgarrado, de barba rubia y puntiaguda, no mucho mayor que su alumno Smith en cuanto a simples años, pero mayor por siglos en los dos aspectos esenciales de tener una reputación europea y una calva.

«“He venido, contra las reglas, a esta hora intempestiva”, dijo Smith, que a la vista no era nada más que un hombre muy grande tratando de hacerse pequeño, “porque estoy llegando a la conclusión de que la existencia es realmente demasiado podrida. Conozco todos los argumentos de los pensadores que piensan lo contrario: obispos, agnósticos y esa clase de gente. Y sabiendo que usted era la mayor autoridad viva en los pensadores pesimistas...”.

«“Todos los pensadores”, dijo Eames, “son pensadores pesimistas”.

«Tras un trecho de pausa, no el primero (pues esta deprimente conversación había durado algunas horas con alternancias de cinismo y silencio), el director prosiguió con su aire de cansada brillantez: “Todo es una cuestión de cálculo equivocado. La polilla vuela a la vela porque no sabe que el juego no vale la vela. La avispa se mete en la mermelada con esfuerzos cordiales y esperanzados por meter la mermelada en sí misma. Del mismo modo, la gente vulgar quiere disfrutar de la vida como quiere disfrutar de la ginebra, porque es demasiado estúpida para ver que paga por ella un precio demasiado alto. Que nunca hallen la felicidad, que ni siquiera sepan cómo buscarla, lo prueba la torpeza y la fealdad paralizantes de todo lo que hacen. Sus colores discordantes son gritos de dolor. Mire las villas de ladrillo más allá del colegio, de este lado del río. Hay una con persianas moteadas; ¡mírela! ¡Vaya a mirarla, nada más!”.

«“Claro”, prosiguió soñador, “uno o dos hombres ven el sobrio hecho desde muy lejos, y se vuelven locos. ¿Ha notado que los maníacos tratan casi siempre de destruir otras cosas o (si son reflexivos) de destruirse a sí mismos? El loco es el hombre que está detrás del decorado, como el que vaga entre los bastidores de un teatro. Solo ha abierto la puerta equivocada y ha llegado al lugar correcto. Ve las cosas en el ángulo justo. Pero el mundo común...”.

«“¡Oh, que cuelguen al mundo común!”, dijo el hosco Smith, dejando caer el puño sobre la mesa en una ociosa desesperación.

«“Primero démosle mala fama”, dijo con calma el profesor, “y luego colguémoslo. Un cachorro con hidrofobia probablemente lucharía por su vida mientras lo matáramos; pero si fuéramos bondadosos lo mataríamos. Así, un dios omnisciente acabaría con nuestro sufrimiento. Nos fulminaría”.

«“¿Por qué no nos fulmina?”, preguntó el estudiante con aire abstraído, metiéndose las manos en los bolsillos.

«“Ese dios mismo está muerto”, dijo el filósofo, “y en eso es realmente envidiable”.

«“Para quien piensa”, prosiguió Eames, “los placeres de la vida, triviales y pronto insípidos, son sobornos para llevarnos a una cámara de tortura. Todos vemos que para cualquier hombre que piensa la simple extinción es la... ¿Qué hace usted?... ¿Se ha vuelto loco?... Baje eso”.

«El doctor Eames había girado su cabeza cansada pero aún parlanchina por encima del hombro y se encontró mirando un pequeño agujero negro y redondo, bordeado por un aro de acero de seis lados, con una especie de púa que se alzaba arriba. Lo fijó como un ojo de hierro. Durante esos instantes eternos en que la razón queda aturdida, ni siquiera supo qué era. Luego vio detrás el cilindro con cámaras y el percutor amartillado de un revólver, y detrás de eso el rostro encendido y algo pesado de Smith, aparentemente del todo inalterado, o incluso más manso que antes.

«“Lo sacaré de su agujero, viejo amigo”, dijo Smith con rústica ter-

nura. “Acabaré con el sufrimiento del cachorro”.

«Emerson Eames retrocedió hacia la ventana. “¿Piensa matarme?”, gritó.

«“No es algo que haría por cualquiera”, dijo Smith con emoción, “pero usted y yo parecemos haber llegado a ser tan íntimos esta noche, no sé cómo. Ahora conozco todas sus penas, y la única cura, viejo”.

«“Baje eso”, gritó el director.

«“Pronto habrá terminado, ya sabe”, dijo Smith con aire de dentista compasivo. Y cuando el director echó a correr hacia la ventana y el balcón, su benefactor lo siguió con paso firme y expresión compasiva.

«Ambos hombres se sorprendieron quizá al ver que el gris y blanco del alba temprana ya había llegado. Uno de ellos, sin embargo, tenía emociones capaces de tragarse la sorpresa. El Colegio Brakespeare era uno de los pocos que conservaban verdaderos rastros de ornamento gótico, y justo debajo del balcón del doctor Eames salía lo que quizá había sido un arbotante, aún informemente modelado en bestias y demonios grises, pero cegado por los musgos y lavado por las lluvias. Con un salto torpe y valerosísimo, Eames se lanzó sobre este antiguo puente, como único modo posible de escapar del maníaco. Se sentó a horcadas en él, aún con su toga académica, balanceando sus largas y delgadas piernas y considerando nuevas posibilidades de fuga. La luz del día que blanqueaba abría bajo él, tanto como sobre él, aquella impresión de infinito vertical ya observada en los lagos pequeños en torno a Brakespeare. Mirando hacia abajo y viendo las agujas y chimeneas colgantes en los charcos, se sintieron solos en el espacio. Se sintieron como si miraran por el borde desde el Polo Norte y vieran abajo el Polo Sur.

«“Que cuelguen el mundo, dijimos”, observó Smith, “y el mundo está colgado. ‘Ha colgado la tierra sobre la nada’, dice la Biblia. ¿Le gusta estar colgado de la nada? Yo, en cambio, voy a acabar colgado de algo. Voy a acabar en la horca por usted... Querida y tierna frase anti-

gua”, murmuró; “nunca fue verdadera hasta este momento. Voy a acabar en la horca por usted. Por usted, querido amigo. Por su causa. A petición expresa suya”.

«“¡Socorro!”, gritó el director del Colegio Brakespeare; “¡socorro!”.

«“El cachorro forcejea”, dijo el estudiante, con una mirada de lástima, “el pobre cachorro forcejea. Qué suerte que yo sea más sabio y más bondadoso que él”, y apuntó su arma de modo que cubriera exactamente la parte superior de la calva cabeza de Eames.

«“Smith”, dijo el filósofo, con un súbito cambio hacia una especie de lucidez espectral, “me voy a volver loco”.

«“Y así verá las cosas en el ángulo justo”, observó Smith, suspirando suavemente. “Ah, pero la locura no es más que un paliativo, en el mejor de los casos, una droga. La única cura es una operación, una operación que siempre tiene éxito: la muerte”.

«Mientras hablaba, salió el sol. Pareció poner color en todo, con la rapidez de un dibujante relámpago. Una flota de pequeñas nubes que surcaban el cielo pasó del gris paloma al rosa. Por toda la pequeña ciudad académica, las cimas de los distintos edificios tomaron distintos tintes: aquí el sol destacaba el verde esmaltado de un pináculo, allí las tejas escarlatas de una villa; aquí el adorno de cobre de alguna tienda artística, y allá las pizarras azul mar del techo de alguna vieja y empinada iglesia. Todas esas crestas de colores parecían tener algo curiosamente individual y significativo, como las cimbras de famosos caballeros señaladas en un desfile o en un campo de batalla: cada una detenía la mirada, sobre todo los ojos extraviados de Emerson Eames mientras contemplaba la mañana y la aceptaba como la última. A través de una estrecha rendija entre una taberna de madera negra y un gran colegio gris, podía ver un reloj de manecillas doradas que el sol incendiaba. Lo miró fijamente, como hipnotizado; y de pronto el reloj empezó a dar la hora, como en respuesta personal. Como a una señal, reloj tras reloj recogió el grito: todas las iglesias despertaron como pollos al canto del gallo. Los pájaros ya estaban ruidosos en los árboles detrás

del colegio. El sol se alzó, acumulando una gloria que parecía demasiado plena para que los profundos cielos la contuvieran, y las aguas poco profundas bajo ellos parecieron doradas, desbordantes y lo bastante hondas para la sed de los dioses. Justo a la vuelta de la esquina del Colegio, y visibles desde su enloquecido asiento, estaban las manchas más brillantes de aquel brillante paisaje: la villa de las persianas moteadas que aquella noche había tomado por tema. Se preguntó por primera vez qué gente vivía en ella.

«De pronto gritó con mera autoridad quejumbrosa, como podría haberle gritado a un estudiante que cerrara una puerta.

«“Déjeme bajar de este sitio”, gritó; “no lo soporto”.

«“Dudo bastante de que el sitio lo soporte a usted”, dijo Smith con aire crítico; “pero antes de que se rompa el cuello, o yo le vuele los sesos, o lo deje volver a esta habitación (puntos complejos sobre los que estoy indeciso) quiero que quede aclarado el punto metafísico. ¿Entiende que quiere volver a la vida?”.

«“Daría cualquier cosa por volver”, respondió el desdichado profesor.

«“¡Daría cualquier cosa!”, exclamó Smith; “entonces, maldita sea su insolencia, ¡cántenos una canción!”.

«“¿Qué canción quiere decir?”, preguntó el exasperado Eames; “¿qué canción?”.

«“Un himno, creo, sería lo más apropiado”, respondió el otro con gravedad. “Lo dejaré en paz si repite conmigo estas palabras:”

Doy gracias a la bondad y a la gracia
que sobre mi nacimiento sonrieron
y me posaron en este curioso lugar,
niño inglés y feliz.

«El doctor Emerson Eames, tras cumplir brevemente, oyó que su perseguidor le mandaba de golpe levantar las manos al aire. Relacionando vagamente este procedimiento con la conducta habitual de bandoleros

y salteadores de caminos, el señor Eames las levantó, muy rígidas pero sin marcada sorpresa. Un pájaro que se posó en su asiento de piedra no le hizo más caso que a una estatua cómica.

«“Está usted ahora en pleno culto público”, observó Smith con severidad, “y antes de que acabe con usted dará gracias a Dios hasta por los patos del estanque”.

«El célebre pesimista expresó, con palabras apenas articuladas, su perfecta disposición a dar gracias a Dios por los patos del estanque.

«“Sin olvidar a los patos machos”, dijo Smith con dureza. (Eames concedió débilmente los machos.) “Sin olvidar nada, por favor. Dará gracias al cielo por las iglesias y capillas y villas y gente vulgar y charcos y ollas y sartenes y palos y trapos y huesos y persianas moteadas”.

«“Está bien, está bien”, repitió la víctima, desesperada; “palos y trapos y huesos y persianas”.

«“Persianas moteadas, creo que dijimos”, observó Smith con una despiadada picardía, agitando el cañón de la pistola ante él como un largo dedo metálico.

«“Persianas moteadas”, dijo Emerson Eames con voz débil.

«“No se puede ser más justo que eso”, admitió el más joven, “y ahora le diré esto para terminar. Si usted fuera realmente lo que dice ser, no veo que le importara a caracol ni a serafín que se rompiera su impío cuello tieso y se reventara esos sesos babosos de adorador del diablo. Pero en estricto hecho biográfico usted es un hombre muy agradable, aficionado a decir tonterías pútridas, y lo quiero como a un hermano. Por tanto, descargaré todos mis cartuchos alrededor de su cabeza para no darle (soy buen tirador, quizá le alegre saberlo), y luego entraremos y tomaremos algo de desayuno”.

«Entonces disparó dos tiros al aire, que el profesor soportó con singular entereza, y luego dijo: “Pero no los dispare todos”.

«“¿Por qué no?”, preguntó el otro con buen ánimo.

«“Guárdelos”, pidió su compañero, “para el próximo hombre que encuentre que hable como hablábamos nosotros”.

«Fue en este momento cuando Smith, mirando hacia abajo, percibió el terror apoplético en el rostro del subdirector y oyó el chillido refinado con que llamaba al conserje y la escalera.

«Al doctor Eames le llevó algún tiempo desenredarse de la escalera, y algo más desenredarse del subdirector. Pero en cuanto pudo hacerlo sin llamar la atención, se reunió con su compañero en la extraordinaria escena de poco antes. Se asombró al hallar al gigantesco Smith muy sacudido, sentado con la desgreñada cabeza entre las manos. Cuando le hablaron, levantó un rostro muy pálido.

«“Pero ¿qué le pasa?”, preguntó Eames, cuyos propios nervios habían trinado ya hasta aquietarse, como los pájaros de la mañana.

«“Debo pedirle indulgencia”, dijo Smith, con la voz algo quebrada. “Debo pedirle que comprenda que acabo de escapar de la muerte”.

«“¿USTED ha escapado de la muerte?”, repitió el profesor con una irritación no imperdonable. “Vaya, esto sí que es el colmo del desca-ro...”.

«“¡Oh! ¿No lo entiende? ¿No lo entiende?”, gritó el joven pálido con impaciencia. “Tenía que hacerlo, Eames; tenía que probar que usted se equivocaba o morir. Cuando un hombre es joven, casi siempre tiene a alguien a quien tiene por la cumbre de la mente humana, a alguien que lo sabe todo, si alguien lo sabe.

«“Pues usted era eso para mí; hablaba con autoridad, y no como los escribas. Nadie podía consolarme si USTED decía que no había consuelo. Si usted pensaba realmente que no había nada en ninguna parte, era porque había estado allí para verlo. ¿No ve que TENÍA que probar que usted en verdad no lo pensaba?, o bien ahogarme en el canal”.

«“Bueno”, dijo Eames con vacilación, “creo que quizá usted confunde...”.

«“¡Oh, no me diga eso!”, exclamó Smith con la súbita clarividencia del dolor mental; “¡no me diga que confundo el goce de la existencia con la Voluntad de vivir! Eso es alemán, y el alemán es alto alemán, y el alto alemán es galimatías. Lo que vi brillar en sus ojos cuando colga-

ba de ese puente era el goce de la vida y no ‘la Voluntad de vivir’. Lo que supo usted cuando se sentó en esa maldita gárgola era que el mundo, al fin y al cabo, es un lugar maravilloso y hermoso; lo sé, porque lo supe en el mismo minuto. Vi las nubes grises volverse rosas, y el relojito dorado en la grieta entre las casas. Eran ESAS cosas las que le dolía dejar, no la Vida, sea lo que sea eso. Eames, hemos estado juntos al borde de la muerte; ¿no admite que tengo razón?”.

«“Sí”, dijo Eames muy despacio, “creo que tiene razón. ¡Tendrá la máxima calificación!”.

«¡Bien!”, exclamó Smith, poniéndose de pie reanimado. “He aprobado con honores, y ahora déjeme ir a ocuparme de que me expulsen”.

«“No necesita que lo expulsen”, dijo Eames con la tranquila confianza de doce años de intriga. “Aquí todo viene del hombre de arriba a la gente que lo rodea: yo soy el hombre de arriba, y diré la verdad a la gente que me rodea”.

«El macizo señor Smith se levantó y fue con paso firme a la ventana, pero habló con igual firmeza. “Tengo que ser expulsado”, dijo, “y no hay que decir la verdad a la gente”.

«“¿Y por qué no?”, preguntó el otro.

«“Porque pienso seguir su consejo”, respondió el macizo joven, “pienso guardar los disparos que quedan para la gente que esté en el estado vergonzoso en que usted y yo estuvimos anoche (ojalá pudiéramos alegar siquiera embriaguez). Pienso guardar esas balas para los pesimistas: píldoras para gente pálida. Y de este modo quiero recorrer el mundo como una maravillosa sorpresa, flotar tan ocioso como el vilano del cardo y llegar tan callado como el amanecer; tan inesperado como el rayo, tan imposible de retener como la brisa que muere. No quiero que la gente me vea venir como una broma pesada conocida. Quiero que mis dos dones lleguen vírgenes y violentos, la muerte y la vida después de la muerte. Voy a apuntar con una pistola a la cabeza del Hombre Moderno. Pero no la usaré para matarlo, solo para devol-

verlo a la vida. Empiezo a ver un nuevo sentido en ser el esqueleto en el banquete”.

«“Difícilmente puede llamársele esqueleto”, dijo el doctor Eames, sonriendo.

«“Eso viene de estar tanto en el banquete”, respondió el macizo joven. “Ningún esqueleto conserva la línea si siempre cena fuera. Pero eso no es exactamente lo que quería decir: lo que quiero decir es que atisbé una especie de sentido de la muerte y de todo eso, la calavera y las tibias cruzadas, el *memento mori*. No está pensado solo para recordarnos una vida futura, sino para recordarnos también una vida presente. Con nuestros espíritus débiles envejeceríamos en la eternidad si la muerte no nos mantuviera jóvenes. La Providencia tiene que cortar la inmortalidad en trozos para nosotros, como las niñeras cortan el pan con mantequilla en tiritas”.

«Luego añadió de pronto con una voz de una realidad casi antinatural: “Pero ahora sé algo, Eames. Lo supe cuando vi las nubes volverse rosas”.

«“¿Qué quiere decir?”, preguntó Eames. “¿Qué supo?”.

«“Supe por primera vez que matar está mal de verdad”.

«Estrechó la mano del doctor Eames y buscó a tientas, algo inseguro, el camino hacia la puerta. Antes de desaparecer por ella añadió: “Es muy peligroso, sin embargo, cuando un hombre cree por una fracción de segundo que entiende la muerte”.

«El doctor Eames permaneció en reposo, rumiando, durante algunas horas tras la partida de su reciente agresor. Luego se levantó, tomó el sombrero y el paraguas y salió a dar un paseo vivo aunque rotatorio. Varias veces, sin embargo, se detuvo ante la villa de las persianas moteadas, estudiándolas con atención y la cabeza ligeramente ladeada. Algunos lo tomaron por un lunático y otros por un comprador en perspectiva. Aún no está seguro de que los dos papeles difieran mucho.

«La narración anterior ha sido construida según un principio que

es, en opinión de los abajo firmantes, nuevo en el arte de las letras. Cada uno de los dos actores es descrito tal como aparecía al otro. Pero los abajo firmantes garantizan absolutamente la exactitud del relato; y si se pone en duda su versión de la cosa, ellos, los abajo firmantes, querrían saber, ¡caramba!, quién sabe algo de ella si no lo saben ellos.

«Los abajo firmantes se retirarán ahora a “El Perro Moteado” a tomar cerveza. Adiós.

«(Firmado) James Emerson Eames,
director del Colegio Brakespeare, Cambridge.

Innocent Smith».

II. Los dos coadjutores, o la acusación de robo

Arthur Inglewood entregó el documento que acababa de leer a los jefes de la acusación, que lo examinaron con las cabezas juntas. Tanto el judío como el norteamericano eran de estirpe sensible y excitable, y con los saltos y topetazos de la cabeza negra y de la amarilla revelaron que nada se podía hacer por negar el documento. La carta del director era tan auténtica como la carta del subdirector, por lamentablemente distinta que fuera en dignidad y en tono social.

«Se necesitan muy pocas palabras», dijo Inglewood, «para concluir nuestra defensa en este asunto. Seguramente es ya evidente que nuestro cliente llevaba consigo su pistola con el propósito excéntrico, pero inocente, de dar un susto saludable a quienes consideraba blasfemos. En cada caso el susto fue tan saludable que la propia víctima fecha su vida a partir de él, como de un nuevo nacimiento. Smith, lejos de ser un loco, es más bien un médico de locos: recorre el mundo curando frenesíes y no repartiéndolos. Esa es la respuesta a las dos preguntas sin respuesta que planteé a los acusadores. Por eso no se atrevieron a presentar ni una línea de nadie que hubiera enfrentado realmente la pistola. Todos los que la enfrentaron realmente confesaron que les había aprovechado. Por eso Smith, aunque buen tirador, nunca acertó a nadie. Nunca acertó a nadie precisamente porque era buen tirador. Su mente estaba tan limpia de homicidio como sus manos están limpias de sangre. Esta, digo, es la única explicación posible de estos hechos y de todos los demás. Nadie puede explicar la conducta del director sino creyendo el relato del director. Hasta el doctor Pym, que es una verdadera fábrica de teorías ingeniosas, no ha podido hallar otra teoría que cubra el caso».

«Hay per-spectivas prometedoras en el hipnotismo y la doble personalidad», dijo el doctor Cyrus Pym con aire soñador; «la ciencia de la

criminología está en su infancia, y...».

«¡Infancia!», exclamó Moon, sacudiendo en el aire su lápiz rojo con un gesto de revelación; «¡pero si eso lo explica todo!».

«Repito», prosiguió Inglewood, «que ni el doctor Pym ni nadie puede dar cuenta, con otra teoría que la nuestra, de la firma del director, de los disparos fallidos y de los testigos ausentes».

El pequeño yanqui se había puesto de pie de un salto, con algo de la frialdad de un gallo de pelea. «La defensa», dijo, «omite un hecho fríamente colosal. Dicen que no presentamos a ninguna de las víctimas efectivas. Pues bien, aquí hay una víctima: el célebre y malherido Warner de Inglaterra. Calculo que está bastante bien presentado. Y sugieren que todos los atropellos fueron seguidos de reconciliación. Pues bien, al Warner de Inglaterra no se le pasa una, y de reconciliado tiene poco».

«Mi docto colega», dijo Moon, poniéndose en pie con esmerada lentitud, «debe recordar que la ciencia de disparar contra el doctor Warner está en su infancia. El doctor Warner le parecería hasta al ojo más indolente un hombre especialmente difícil de sobresaltar hasta hacerle reconocer la gloria de Dios. Admitimos que nuestro cliente, en este único caso, fracasó, y que la operación no tuvo éxito. Pero estoy facultado para ofrecer, en nombre de mi cliente, una propuesta para operar de nuevo al doctor Warner, cuando más le convenga y sin más honorarios».

«¡Qué diablos, Michael!», exclamó Gould, serio por primera vez en su vida, «a ver si nos suelta un poco de sentido común de verdad, para variar».

«¿De qué hablaba el doctor Warner justo antes del primer disparo?», preguntó Moon bruscamente.

«La criatura», dijo el doctor Warner con altivez, «me preguntó, con su racionalidad característica, si era mi cumpleaños».

«Y usted respondió, con su presunción característica», exclamó Moon, tendiendo un dedo largo y flaco, tan rígido e imperioso como la

pistola de Smith, «que usted no celebraba su cumpleaños».

«Algo así», asintió el doctor.

«Entonces», continuó Moon, «él le preguntó por qué no, y usted dijo que era porque no veía que el nacimiento fuera algo de que alegrarse. ¿De acuerdo? Ahora bien, ¿hay alguien que dude de que nuestro relato es verdadero?».

Cayó sobre la sala un frío estrépito de quietud, y Moon dijo: «Pax populi, vox Dei: es el silencio del pueblo la voz de Dios. O, en el lenguaje más civilizado del doctor Pym, le corresponde a él abrir la acusación siguiente. En esta reclamamos la absolución».

Había pasado más o menos una hora. El doctor Cyrus Pym llevaba un tiempo sin precedentes con los ojos cerrados y el pulgar y el índice en el aire. Casi parecía que se hubiera «quedado así», como dicen las niñeras, y en el silencio mortal Michael Moon se sintió obligado a aliviar la tensión con alguna observación. Durante la última media hora, más o menos, el eminente criminólogo había estado explicando que la ciencia tenía de los delitos contra la propiedad la misma opinión que de los delitos contra la vida. «La mayoría de los asesinatos», había dicho, «son una variación de la manía homicida, y del mismo modo la mayoría de los robos son una versión de la cleptomanía. No puedo albergar duda alguna de que mis doctos colegas de enfrente conciben adecuadamente cómo esto debe implicar un sistema de castigo más tolerante y humano que los crueles métodos de los códigos antiguos. Sin duda demostrarán conciencia de un abismo tan eminentemente abierto, tan paralizante del pensamiento, tan...». Fue entonces cuando se detuvo y se permitió el delicado gesto al que ya se ha aludido, y Michael no pudo soportarlo más.

«Sí, sí», dijo con impaciencia, «admitimos el abismo. Los viejos y crueles códigos acusan a un hombre de robo y lo mandan a la cárcel diez años. El programa tolerante y humano no lo acusa de nada y lo manda a la cárcel para siempre. Salvamos el abismo».

Era característico del eminente Pym que, en uno de sus trances de

esmero verbal, siguiera adelante, inconsciente no solo de la interrupción de su adversario, sino incluso de su propia pausa.

«Tan mejorador de la estirpe», continuó el doctor Cyrus Pym, «tan cargado de verdaderas y elevadas esperanzas para el futuro. La ciencia, por tanto, considera a los ladrones, en abstracto, igual que considera a los asesinos. No los considera pecadores que han de ser castigados por un período arbitrario, sino pacientes que han de ser retenidos y atendidos», (los dos primeros dedos se le cerraron de nuevo al vacilar) «en suma, por el período requerido. Pero hay algo especial en el caso que aquí investigamos. La cleptomanía suele con-jugarse con...».

«Le ruego me disculpe», dijo Michael; «no pregunté hace un momento porque, a decir verdad, realmente creí que el doctor Pym, aunque aparentemente vertical, disfrutaba de un sueño bien merecido, con una pizca en los dedos de un polvo delicado e inodoro. Pero ahora que las cosas se mueven un poco más, hay algo que de veras me gustaría saber. He estado, por supuesto, pendiente de los labios del doctor Pym con un interés que sería quedarse corto llamar arrobo, pero hasta ahora no he podido formarme ninguna conjetura sobre lo que se supone que el acusado, en el presente caso, ha ido a hacer».

«Si el señor Moon tiene paciencia», dijo Pym con dignidad, «verá que a este mismísimo punto se di-rigía mi exposición. La cleptomanía, digo, se manifiesta como una especie de atracción física hacia ciertos materiales definidos; y se ha sostenido (nada menos que por Harris) que esta es la explicación última del estricto especialismo y del horizonte profesional estrechísimo de la mayoría de los criminales. Uno sentirá un impulso físico irresistible hacia los gemelos de perlas, mientras pasa de largo ante los más elegantes y célebres gemelos de diamantes, colocados en los lugares más a la vista. Otro entorpecerá su huida con no menos de cuarenta y siete botines abotonados, mientras los botines de elástico lateral lo dejan frío, e incluso sarcástico. El especialismo del criminal, repito, es señal más de locura que de brillantez en los hábitos comerciales; pero hay una clase de depredador a quien

este principio resulta, a primera vista, difícil de aplicar. Aludo a nuestro conciudadano el asaltante de casas.

«Algunos de nuestros más audaces jóvenes buscadores de la verdad han sostenido que difícilmente podría la mirada de un ladrón, más allá de la tapia del jardín trasero, ser atrapada e hipnotizada por un tenedor aislado en una caja cerrada con llave bajo la cama del mayordomo. Han arrojado el guante a la ciencia norteamericana en este punto. Declaran que los gemelos de diamantes no se dejan a la vista en los refugios de las clases bajas, como se hizo en el gran experimento de prueba del Calypso College. Esperamos que este experimento sea aquí una respuesta a ese joven y sonoro desafío, y devuelva al ladrón a la línea y la unión con sus compañeros de crimen».

Moon, cuyo rostro llevaba cinco minutos atravesando todas las fases de la perplejidad sombría, levantó de pronto la mano y golpeó la mesa con una explosiva revelación.

«¡Ah, ya entiendo!», exclamó; «quiere decir que Smith es un ladrón».

«Creí haberlo dejado de sobra lúcido», dijo el señor Pym, plegando los párpados. Era típico de aquel juicio privado patas arriba que todos los adornos elocuentes, toda la retórica o digresión de un lado y de otro, resultaran exasperantes e ininteligibles para el otro. Moon no entendía ni jota de la solemnidad de una civilización nueva. Pym no entendía ni jota de la alegría de una civilización vieja.

«Todos los casos en que Smith ha figurado como expropiador», continuó el doctor norteamericano, «son casos de robo. Siguiendo el mismo curso que en el caso anterior, elegimos del resto el ejemplo indudable y tomamos la prueba más correcta y blindada. Llamaré ahora a mi colega, el señor Gould, para que lea una carta que hemos recibido del serio e inmaculado canónigo de Durham, el canónigo Hawkins».

El señor Moses Gould se levantó de un salto, con su alacridad de siempre, para leer la carta del serio e inmaculado Hawkins. Moses Gould sabía imitar bien un corral, a Sir Henry Irving no tan bien, a Ma-

rie Lloyd hasta un punto de excelencia, y las nuevas bocinas de automóvil de un modo que lo colocaba en el estrado de los grandes artistas. Pero su imitación de un canónigo de Durham no resultaba convincente; más aún, el sentido de la carta quedaba tan oscurecido por los extraordinarios saltos y jadeos de su pronunciación que quizá sea mejor imprimirla aquí tal como la leyó Moon cuando, poco después, se la pasaron al otro lado de la mesa.

«Estimado señor: difícilmente puedo sorprenderme de que el incidente que usted menciona, privado como fue, haya llegado filtrándose a través de nuestros omnívoros periódicos hasta el mero populacho; pues la posición que he alcanzado desde entonces me convierte, supongo, en un personaje público, y aquel fue sin duda el incidente más extraordinario de una carrera no desprovista de acontecimientos y quizá no carente de importancia. No me falta en absoluto experiencia en escenas de tumulto civil. He afrontado más de una crisis política en los viejos tiempos de la Primrose League en Herne Bay y, antes de romper con el grupo más exaltado, pasé muchas noches en la Unión Social Cristiana. Pero esta otra experiencia fue del todo inconcebible. Solo puedo describirla como el desencadenamiento de un lugar que a mí, como clérigo, no me corresponde mencionar.

«Ocurrió en los días en que fui, por un breve período, coadjutor en Hoxton; y el otro coadjutor, entonces mi colega, me indujo a asistir a una reunión que él describió, y debo decir que la describió profanamente, como destinada a promover el reino de Dios. Descubrí, por el contrario, que consistía enteramente en hombres de pana y ropas grasientas, de modales groseros y opiniones extremas.

«De mi colega en cuestión deseo hablar con el mayor respeto y cordialidad, y por eso diré poco. Nadie puede estar más convencido que yo del mal que es la política en el púlpito; y jamás ofrezco a mi congregación consejo alguno sobre el voto, salvo en los casos en que siento con fuerza que es probable que hagan una elección equivocada. Pero, aunque no pretendo tocar en absoluto problemas políticos o sociales,

debo decir que, para un clérigo, apoyar, aunque sea en broma, remedios tan desacreditados de demagogos disolutos como el socialismo o el radicalismo participa del carácter de una traición a un encargo sagrado. Lejos de mí decir una palabra contra el reverendo Raymond Percy, el colega en cuestión. Era brillante, supongo, y a algunos aparentemente fascinante; pero un clérigo que habla como un socialista, lleva el pelo como un pianista y se comporta como un ebrio jamás ascenderá en su profesión, ni obtendrá siquiera la admiración de los buenos y los sabios. Tampoco me corresponde a mí emitir mis juicios personales sobre el aspecto de las personas que había en la sala. Y, sin embargo, una mirada alrededor, que revelaba filas de rostros envilecidos y envidiosos...».

«Adoptando», dijo Moon con violencia, pues se estaba impacientando, «la figura lógica favorita del reverendo caballero, ¿puedo decir que, si bien ninguna tortura me arrancaría un susurro sobre su inteligencia, es un viejo burro maldito?».

«¡Vamos!», dijo el doctor Pym; «protesto».

«Tienes que callarte, Michael», dijo Inglewood; «tienen derecho a leer su historia».

«¡Presidencia! ¡Presidencia! ¡Presidencia!», gritaba Gould, rodando exuberante en la suya; y Pym miró por un instante hacia el dosel que cubría toda la autoridad del Tribunal de Beacon.

«Ay, no despierte a la anciana», dijo Moon, bajando la voz con un buen humor sombrío. «Me disculpo. No volveré a interrumpir».

Antes de que el pequeño remolino de la interrupción terminara, la lectura de la carta del clérigo ya continuaba.

«Los actos comenzaron con un discurso de mi colega, del cual nada diré. Fue deplorable. Muchos de los presentes eran irlandeses, y mostraron la debilidad de ese pueblo impetuoso. Cuando se reúnen en bandas y conspiraciones parecen perder por completo esa amable bondad y esa disposición a aceptar cuanto se les dice que los distingue como individuos».

Con un leve sobresalto, Michael se puso de pie, hizo una reverencia solemne y volvió a sentarse.

«Estas personas, si no callaban, al menos aplaudían durante el discurso del señor Percy. Él descendió a su nivel con agudezas sobre el alquiler y una reserva de trabajo. Confiscación, expropiación, arbitraje y otras palabras con las que no puedo mancharme los labios aparecían constantemente. Algunas horas más tarde estalló la tormenta. Yo llevaba un rato dirigiéndome a la asamblea, señalando la falta de ahorro de las clases trabajadoras, su insuficiente asistencia al oficio vespertino, su descuido de la Fiesta de la Cosecha y de muchas otras cosas que podrían ayudarlos materialmente a mejorar su suerte. Fue, creo, hacia ese momento cuando se produjo una interrupción extraordinaria. Un hombre enorme y poderoso, en parte cubierto de yeso blanco, se levantó en medio de la sala y ofreció (con una voz fuerte y rugiente, como de toro) unas observaciones que parecían estar en una lengua extranjera. El señor Raymond Percy, mi colega, descendió a su nivel entablando un duelo de réplicas, en el que pareció ser el vencedor. La asamblea empezó a comportarse con más respeto por un rato; pero antes de que yo hubiera dicho doce frases más, se lanzaron en tropel hacia la plataforma. El enorme yesero, en particular, se abalanzó hacia nosotros haciendo temblar la tierra como un elefante; y realmente no sé qué habría ocurrido si un hombre igual de grande, pero no tan mal vestido, no se hubiera levantado también de un salto para contenerlo. Este otro hombretón gritaba una especie de discurso a la turba mientras la empujaba hacia atrás. No sé qué decía, pero, entre gritos, empujones y payasadas por el estilo, nos sacó por una puerta trasera, mientras la desdichada gente se iba rugiendo por otro pasillo.

«Sigue entonces la parte verdaderamente extraordinaria de mi relato. Cuando nos hubo sacado afuera, a un mísero patio de hierba agostada que daba a una callejuela con un farol de aspecto muy solitario, este gigante se dirigió a mí en los siguientes términos: “Ha salido bien de esa, señor; ahora más vale que venga conmigo. Quiero que me ayu-

de en un acto de justicia social, como los que todos hemos estado comentando. ¡Venga!” Y dándonos bruscamente su ancha espalda, nos condujo por la flaca y vieja callejuela con su flaco y viejo farol, sin que supiéramos qué hacer sino seguirlo. Sin duda nos había ayudado en una situación difícilísima y, como caballero, no podía tratar con sospecha a un benefactor semejante sin graves motivos. Tal era también la opinión de mi colega socialista, quien (con toda su terrible charla sobre el arbitraje) es también un caballero. De hecho, procede de los Percy de Staffordshire, una rama de la vieja casa, y tiene el cabello negro y el rostro pálido y de rasgos nítidos de toda la familia. No puedo sino atribuir a la vanidad que realce sus ventajas personales con terciopelo negro o con una cruz roja de considerable ostentación, y ciertamente... pero me desvíó.

«Una niebla subía por la calle, y aquel último farol perdido se desvaneció a nuestras espaldas de un modo que ciertamente deprimía el ánimo. El hombre corpulento que iba delante de nosotros parecía cada vez más grande en la bruma. No se volvió, pero dijo, con su enorme espalda hacia nosotros: “Toda esa charla no sirve de nada; lo que necesitamos es un poco de socialismo práctico”.

«“Estoy completamente de acuerdo”, dijo Percy; “pero siempre me gusta entender las cosas en teoría antes de ponerlas en práctica”.

«“Ah, usted déjeme eso a mí”, dijo el socialista práctico, o lo que fuera, con la más aterradora vaguedad. “Yo tengo mi manera. Soy un Permeador”.

«No podía imaginar qué quería decir, pero mi compañero se rio, así que me tranquilicé lo bastante para continuar por el momento aquel viaje inexplicable. Nos llevó por los caminos más singulares: salimos de la callejuela, donde ya estábamos bastante apretados, a un pasaje empedrado, al final del cual atravesamos un portón de madera que habían dejado abierto. Nos encontramos entonces, en la creciente oscuridad y los vapores, cruzando lo que parecía un sendero trillado a través de una huerta. Llamé al enorme personaje que seguía adelante, pero él

respondió oscuramente que era un atajo.

«Estaba justo repitiendo mi muy natural duda a mi compañero clérigo cuando me topé con una escalera corta, que al parecer llevaba a un nivel más alto del camino. Mi irreflexivo colega subió por ella tan deprisa que no pude hacer otra cosa que seguirlo como mejor pude. El sendero en que puse entonces los pies era angosto como ninguno que hubiera visto. Nunca había tenido que caminar por una vía tan estrecha. A un lado de ella crecía lo que, en la oscuridad y la densidad del aire, tomé al principio por un matorral bajo y recio. Luego vi que no eran arbustos bajos; eran las copas de árboles altos. Yo, un caballero inglés y clérigo de la Iglesia de Inglaterra, iba caminando por lo alto de la tapia de un jardín como un gato de tejado.

«Me complace decir que me detuve antes de dar cinco pasos y solté mi justa reprobación, equilibrándome como mejor podía todo el tiempo.

«“Es un derecho de paso”, declaró mi indefendible informante. “Se cierra al tráfico una vez cada cien años”.

«“¡Señor Percy, señor Percy!”, grité; “¿no irá a seguir con este canalla?”

«“Pues creo que sí”, respondió con ligereza mi desdichado colega. “Creo que usted y yo somos mayores canallas que él, sea lo que sea”.

«“Soy un ladrón”, explicó con toda calma la gran criatura. “Soy miembro de la Sociedad Fabiana. Recupero la riqueza robada por el capitalista no mediante una guerra civil arrasadora y una revolución, sino mediante una reforma adaptada a la ocasión particular, un poco aquí y un poco allá. ¿Ven aquella quinta casa de la hilera, la del techo plano? Esta noche estoy permeando esa”.

«“Sea esto un crimen o una broma”, grité, “deseo quedar libre de ello”.

«“La escalera está justo detrás de usted”, respondió la criatura con horrible cortesía; “y, antes de irse, permítame darle mi tarjeta”.

«Si hubiera tenido la presencia de ánimo de mostrar un espíritu co-

mo es debido, la habría arrojado lejos, aunque cualquier gesto adecuado de esa clase habría comprometido gravemente mi equilibrio sobre la tapia. Tal como fue, en la confusión del momento, la guardé en el bolsillo del chaleco y, buscando mi camino de vuelta por tapia y escalera, aterricé otra vez en las calles respetables. No sin antes haber visto con mis propios ojos los dos terribles y lamentables hechos: que el ladrón trepaba por un tejado inclinado hacia las chimeneas, y que Raymond Percy (un sacerdote de Dios y, lo que era peor, un caballero) se arrastraba tras él. No he vuelto a ver a ninguno de los dos desde ese día.

«A consecuencia de esta experiencia que escrutó mi alma, rompí mi relación con el grupo exaltado. Estoy lejos de decir que todo miembro de la Unión Social Cristiana deba ser necesariamente un ladrón. No tengo derecho a hacer semejante acusación. Pero me dio una idea de adónde pueden llevar en muchos casos tales rumbos, y no los frecuenté más.

«Solo me resta añadir que la fotografía que usted adjunta, tomada por un tal señor Inglewood, es sin duda la del ladrón en cuestión. Cuando llegué a casa aquella noche miré su tarjeta, y allí figuraba inscrito con el nombre de Innocent Smith. Le saluda atentamente,

«John Clement Hawkins».

Moon se limitó a cumplir con la forma de echar un vistazo al papel. Sabía que los acusadores no podían haber inventado un documento tan pesado; que Moses Gould (por lo menos) no podía escribir como un canónigo más de lo que podía leer como uno. Tras devolverlo, se levantó para abrir la defensa sobre la acusación de robo.

«Deseamos», dijo Michael, «dar a la acusación todas las facilidades razonables; tanto más cuanto que ahorrará tiempo a todo el tribunal. Este último objetivo lo perseguiré una vez más pasando por alto todos esos puntos de teoría tan queridos al doctor Pym. Sé cómo se fabrican. El perjurio es una variedad de afasia, que lleva a un hombre a decir una cosa en vez de otra. La falsificación es una especie de calambre de

escribiente, que obliga a un hombre a escribir el nombre de su tío en vez del suyo. La piratería en alta mar es probablemente una forma de mareo. Pero es innecesario que indagemos las causas de un hecho que negamos. Innocent Smith jamás cometió robo alguno.

«Quisiera hacer uso de la facultad que nos permite nuestro acuerdo anterior y plantear a la acusación dos o tres preguntas».

El doctor Cyrus Pym cerró los ojos para indicar su cortés asentimiento.

«En primer lugar», continuó Moon, «¿tienen ustedes la fecha de la última vez que el canónigo Hawkins vio a Smith y a Percy trepar por las paredes y los tejados?».

«¡Cómo no!», gritó Gould con presteza. «Trece de noviembre de mil ochocientos noventa y uno».

«¿Han identificado ustedes», continuó Moon, «las casas de Hoxton por las que trepaban?».

«Debe de haber sido Ladysmith Terrace, saliendo de la carretera», respondió Gould con la misma prontitud de reloj.

«Bien», dijo Michael, enarcándole una ceja, «¿hubo algún robo en esa hilera aquella noche? Seguramente podrían averiguarlo».

«Bien puede haberlo habido», dijo el doctor con remilgo, tras una pausa, «uno fallido que no dio lugar a trámites legales».

«Otra pregunta», prosiguió Michael. «El canónigo Hawkins, a su manera juvenil de novela de sangre y trueno, lo dejó en el momento emocionante. ¿Por qué no presentan ustedes el testimonio del otro clérigo, que siguió efectivamente al ladrón y presumiblemente estuvo presente en el delito?».

El doctor Pym se levantó y apoyó la punta de los dedos sobre la mesa, como hacía cuando estaba especialmente seguro de la claridad de su respuesta.

«Hemos fracasado por completo», dijo, «en seguirle la pista al otro clérigo, que parece haberse disuelto en el éter después de que el canónigo Hawkins lo viera ascender por los canalones y los tejados de plo-

mo. Soy plenamente consciente de que esto puede parecer a muchos singular; sin embargo, bien pensado, creo que le parecerá bastante natural a un pensador agudo. Este señor Raymond Percy es, según admite el testimonio del canónigo, un ministro de costumbres excéntricas. Su vínculo con lo más altivo y lo más bello de Inglaterra no parece impedirle un gusto por la compañía de lo más bajo y ruin. Por otra parte, el preso Smith es, por acuerdo general, un hombre de fascinación irresistible. No tengo duda de que Smith arrastró al reverendo Percy al delito y lo obligó a esconder la cabeza en la verdadera clase criminal. Eso explicaría plenamente su no comparecencia y el fracaso de todos los intentos de dar con él».

«¿Es imposible, entonces, dar con él?», preguntó Moon.

«Imposible», repitió el especialista, cerrando los ojos.

«¿Está seguro de que es imposible?».

«¡Ay, cálese ya, Michael!», exclamó Gould, irritado. «Lo habríamos encontrado si hubiéramos podido, porque tenga por seguro que él vio el robo. No se ponga USTED a buscarlo. Busque su propia cabeza en el basurero. Esa la encontrará... al cabo de un rato», y su voz se apagó entre gruñidos.

«Arthur», ordenó Michael Moon, sentándose, «ten la bondad de leer al tribunal la carta del señor Raymond Percy».

«Deseando, como ha dicho el señor Moon, abreviar el proceso tanto como sea posible», comenzó Inglewood, «no leeré la primera parte de la carta que se nos envió. Es justo con la acusación admitir que el relato dado por el segundo clérigo ratifica plenamente, en cuanto a los hechos, el dado por el primero. Concedemos, pues, el relato del canónigo hasta donde llega. Esto ha de ser necesariamente valioso para el acusador y también cómodo para el tribunal. Comienzo, pues, la carta del señor Percy en el punto en que los tres hombres estaban de pie sobre la tapia del jardín:

«Mientras miraba a Hawkins vacilar sobre la tapia, resolví no vacilar yo. Una nube de ira pesaba sobre mi cerebro, como la nube de nie-

bla cobriza sobre las casas y los jardines de alrededor. Mi decisión fue violenta y simple; pero los pensamientos que condujeron a ella eran tan complicados y contradictorios que ahora no podría reconstruirlos. Yo sabía que Hawkins era un caballero bondadoso e inocente; y habría dado diez libras por el placer de echarlo a patadas calle abajo. Que Dios permitiera que gente buena fuera tan bestialmente estúpida como aquello se alzó contra mí como una blasfemia gigantesca.

«En Oxford, me temo, tuve bastante acusado el temperamento artístico; y a los artistas les encanta ser limitados. Me gustaba la Iglesia como un hermoso dibujo; la disciplina era simple decoración. Me deleitaban las simples divisiones del tiempo; me gustaba comer pescado los viernes. Pero es que me gusta el pescado; y el ayuno se hizo para los hombres a quienes les gusta la carne. Luego llegué a Hoxton y encontré hombres que habían ayunado durante quinientos años; hombres que tenían que roer pescado porque no conseguían carne, y espinas de pescado cuando no conseguían pescado. Así como demasiados oficiales británicos tratan al ejército como una revista militar, yo había tratado a la Iglesia Militante como si fuera la Iglesia del Desfile. Hoxton cura de eso. Entonces comprendí que durante mil ochocientos años la Iglesia Militante no había sido un desfile, sino un motín, y un motín reprimido. Allí, viviendo todavía con paciencia en Hoxton, estaban las personas a quienes se habían hecho las tremendas promesas. Ante eso, tuve que volverme revolucionario si quería seguir siendo religioso. En Hoxton no se puede ser conservador sin ser también ateo y pesimista. Nadie sino el diablo podría querer conservar Hoxton.

«Y por si fuera poco, llega Hawkins. Si hubiera maldecido a todos los hombres de Hoxton, los hubiera excomulgado y les hubiera dicho que iban al infierno, yo lo habría admirado bastante. Si hubiera ordenado quemarlos a todos en la plaza del mercado, aun así habría tenido esa paciencia que todos los buenos cristianos tienen con los agravios infligidos a otros. Pero en Hawkins no hay arte sacerdotal alguno, ni arte de ninguna otra clase. Es tan perfectamente incapaz de ser sacer-

dote como de ser carpintero, cochero, jardinero o yesero. Es un perfecto caballero; ese es su mal. No impone su credo, sino simplemente su clase. No dijo ni una palabra de religión en todo su condenado discurso. Se limitó a decir todas las cosas que habría dicho su hermano, el mayor del ejército. Una voz del cielo me asegura que tiene un hermano, y que este hermano es mayor del ejército.

«Cuando este aristócrata desvalido hubo elogiado la limpieza del cuerpo y la convención del alma ante gente que apenas conseguía mantener unidos cuerpo y alma, empezó la estampida contra nuestra plataforma. Yo participé en su inmerecido rescate, seguí a su oscuro libertador, hasta que (como he dicho) nos encontramos juntos sobre la tapia, sobre los jardines en penumbra, que la niebla ya empezaba a cubrir. Entonces miré al coadjutor y al ladrón, y decidí, en un espasmo de inspiración, que el ladrón era el mejor de los dos hombres. El ladrón parecía tan bondadoso y humano como el coadjutor, y además era valiente y confiado en sí mismo, cosa que el coadjutor no era. Yo sabía que no había virtud en la clase alta, pues yo mismo pertenezco a ella; sabía que no había mucha más en la clase baja, pues había vivido con ella largo tiempo. Muchos textos antiguos sobre los despreciados y perseguidos me volvieron a la memoria, y pensé que bien podían estar ocultos los santos en la clase criminal. Hacia el momento en que Hawkins se descolgaba por la escalera, yo trepaba por un tejado bajo, inclinado, de pizarra azul, tras el hombre corpulento, que saltaba delante de mí como un gorila.

«Esta trepada fue breve, y pronto nos hallamos caminando por una ancha calzada de tejados planos, más ancha que muchas grandes avenidas, con chimeneas aquí y allá que en la bruma parecían voluminosas como pequeños fuertes. La asfixia de la niebla parecía aumentar la ira algo hinchada y morbosa bajo la cual penaban mi cerebro y mi cuerpo. El cielo y todas aquellas cosas que de ordinario son claras parecían dominadas por espíritus siniestros. Altos espectros con turbantes de vapor parecían erguirse por encima del sol y de la luna, eclips-

sando a ambos. Pensé confusamente en las ilustraciones de “Las mil y una noches” sobre papel pardo, de tintes ricos pero sombríos, que muestran genios reunidos en torno al Sello de Salomón. A propósito, ¿qué era el Sello de Salomón? Nada que ver con el lacre, en realidad, supongo; pero mi fantasía confusa sentía las densas nubes como hechas de esa sustancia pesada y pegajosa, de color fuerte y opaco, vertida de ollas hirvientes y estampada en emblemas monstruosos.

«El primer efecto de los altos vapores con turbante fue ese aspecto descolorido, de sopa de arvejas o de café, del que suelen hablar los londinenses. Pero el panorama se fue haciendo más sutil con la familiaridad. Estábamos por encima de la altura media de los tejados y veíamos algo de eso que llamamos humo, que en las grandes ciudades crea esa cosa extraña que llamamos niebla. Debajo de nosotros se alzaba un bosque de chimeneas. Y en cada chimenea se erguía, como si fuera una maceta, un breve arbusto o un alto árbol de vapor coloreado. Los colores del humo eran diversos; pues algunas chimeneas eran de hogares, otras de fábricas y otras de simples basurales. Y, aunque los matices eran todos variados, todos parecían antinaturales, como los vapores de la olla de una bruja. Era como si las formas vergonzosas y feas que se deshacían en el caldero enviaran cada una su chorro de vapor, coloreado según el pescado o la carne consumidos. Aquí, encendidas desde abajo, había nubes rojo oscuro, como las que podrían flotar de oscuras tinajas de sangre sacrificial; allá el vapor era de un gris índigo oscuro, como la larga cabellera de las brujas empapada en el caldo del infierno. En otro lugar el humo era de un horrible amarillo marfil opaco, como podría ser la desencarnación de alguna de sus viejas imágenes de cera leprosas. Pero justo a través de él corría una línea de verde brillante, siniestro, sulfuroso, tan nítida y torcida como el árabe...».

El señor Moses Gould intentó una vez más detener el autobús. Se le entendió que sugería que el lector abreviara el proceso omitiendo todos los adjetivos. La señora Duke, que se había despertado, observó que estaba segura de que todo era muy bonito, y la decisión fue debi-

damente anotada por Moses con un lápiz azul y por Michael con uno rojo. Inglewood reanudó entonces la lectura del documento.

«Entonces leí lo que escribía el humo. El humo era como la ciudad moderna que lo produce; no siempre es sombrío o feo, pero siempre es perverso y vano.

«La Inglaterra moderna era como una nube de humo; podía cargar todos los colores, pero no podía dejar nada más que una mancha. Era nuestra debilidad, y no nuestra fuerza, la que ponía un rico desecho en el cielo. Eran los ríos de nuestra vanidad vertiéndose en el vacío. Habíamos tomado el sagrado círculo del torbellino, lo habíamos mirado desde arriba y lo habíamos visto como un remolino. Y luego lo habíamos usado como sumidero. Era un buen símbolo del motín de mi propia mente. Solo nuestras peores cosas subían al cielo. Solo nuestros criminales podían todavía ascender como ángeles.

«Mientras mi cerebro se cegaba con tales emociones, mi guía se detuvo junto a una de las grandes chimeneas que se alzaban a intervalos regulares, como faroles, a lo largo de aquella calzada elevada y aérea. Puso sobre ella su mano pesada, y por el momento pensé que simplemente se apoyaba, cansado de la empinada trepada por la hilera de casas. Hasta donde podía conjeturar por los abismos llenos de niebla a ambos lados y por las luces veladas de rojo pardo y oro viejo que brillaban a través de ellos de vez en cuando, estábamos sobre una de esas largas hileras continuas y distinguidas de casas que todavía se encuentran alzando la cabeza por encima de barrios más pobres, vestigios de algún arrebató de optimismo de los constructores especuladores de antaño. Muy probablemente estaban enteramente deshabitadas, o habitadas solo por esos pequeños clanes de pobres que se reúnen también en los viejos palacios vaciados de Italia. En efecto, algún tiempo después, cuando la niebla se hubo levantado un poco, descubrí que caminábamos alrededor de una media luna, un semicírculo que descendía bajo nosotros en una plaza plana o una calle ancha tras otra, como una escalera gigante, de un modo no desconocido en la excéntrica edifica-

ción de Londres, y que parecía las últimas repisas de la tierra. Pero una nube sellaba todavía la escalera gigante.

«Mis especulaciones sobre el paisaje hosco del cielo fueron interrumpidas, sin embargo, por algo tan inesperado como la luna cayendo del firmamento. En lugar de levantar la mano de la chimenea en que se apoyaba, mi ladrón se apoyó en ella un poco más pesadamente, y toda la chimenea se volcó como la tapa abatible de un tintero. Recordé la escalera corta apoyada contra la tapia baja y estuve seguro de que había preparado su criminal aproximación mucho antes.

«El derrumbe de la gran chimenea debería haber sido la culminación de mis sentimientos caóticos; pero, a decir verdad, produjo un repentino sentido de comedia e incluso de consuelo. No lograba recordar qué conectaba este abrupto allanamiento con unas fantasías extrañas pero todavía bondadosas. Entonces recordé las deliciosas y bullisiosas escenas de tejados y chimeneas de las arlequinadas de mi infancia, y me sentí oscuramente y del todo irracionalmente consolado por una sensación de insustancialidad en la escena, como si las casas fueran de listones, pintura y cartón piedra, y estuvieran hechas solo para que policías y Pantalones se cayeran dentro y fuera de ellas. La infracción de la ley por parte de mi compañero me parecía no solo seriamente excusable, sino hasta cómicamente excusable. ¿Quiénes eran todas esas personas pomposas y absurdas, con sus lacayos y sus limpiabarrros, sus chimeneas y sus sombreros de chimenea, para impedir que un pobre payaso consiguiera salchichas si las quería? Cualquiera supondría que la propiedad era una cosa seria. Había alcanzado, por así decirlo, un nivel más alto de aquellas visiones montañosas y vaporosas, el cielo de una levedad más alta.

«Mi guía había saltado a la oscura cavidad que dejaba al descubrirto la chimenea desplazada. Debió de aterrizar a un nivel considerablemente más bajo, pues, alto como era, solo quedaba visible su cabeza extrañamente desgreñada. Algo de nuevo lejano, y sin embargo familiar, me agradaba de esta manera de invadir las casas de los hombres.

Pensé en los pequeños deshollinadores y en “Los niños del agua”, pero decidí que no era eso. Entonces recordé qué era lo que me hacía asociar semejante intrusión patas arriba con ideas opuestas por completo a la idea de crimen. La Nochebuena, por supuesto, y Santa Claus bajando por la chimenea.

«Casi al mismo instante la cabeza peluda desapareció en el agujero negro; pero oí una voz que me llamaba desde abajo. Uno o dos segundos después, la cabeza peluda reapareció; se recortaba oscura contra la parte más ardiente de la niebla, y nada podía leerse en su expresión, pero su voz me instaba a seguirlo con esa impaciencia entusiasta propia solo de viejos amigos. Salté al abismo, tan a ciegas como Curcio, pues seguía pensando en Santa Claus y en la virtud tradicional de una entrada tan vertical.

«En toda casa de caballero bien dispuesta, reflexioné, había la puerta principal para los caballeros y la puerta lateral para los comerciantes; pero había también la puerta de arriba, para los dioses. La chimenea es, por así decirlo, el pasadizo subterráneo entre la tierra y el cielo. Por este túnel estrellado Santa Claus consigue, como la alondra, ser fiel a los puntos afines del cielo y del hogar. Más aún: debido a ciertas convenciones y a una falta de valor para trepar ampliamente extendida, esta puerta era, quizá, poco usada. Pero la puerta de Santa Claus era en verdad la puerta principal: la puerta que da de frente al universo.

«Pensaba esto mientras avanzaba a tientas por la negra buhardilla, o desván bajo el tejado, y bajaba a trompicones por la achaparrada escalera que nos descolgaba a un desván aún mayor, más abajo. Pero solo cuando iba a mitad de la escalera me detuve de pronto y pensé por un instante en desandar todos mis pasos, como mi compañero los había desandado desde el comienzo de la tapia del jardín. El nombre de Santa Claus me había devuelto de repente a mis cabales. Recordé por qué venía Santa Claus y por qué era bienvenido.

«Me habían criado en las clases propietarias, y con todo su horror a

los delitos contra la propiedad. Había oído todas las denuncias habituales del robo, tanto las justas como las injustas; había leído los Diez Mandamientos en la iglesia mil veces. Y entonces y allí, a los treinta y cuatro años, a mitad de una escalera en una habitación oscura, en pleno acto corporal de ladrón, vi de pronto por primera vez que el robo, después de todo, está mal de verdad.

«Era demasiado tarde para volver atrás, sin embargo, y seguí los pasos extrañamente suaves de mi enorme compañero a través del desván inferior y más amplio, hasta que se arrodilló sobre un trozo de entarimado desnudo y, tras unos cuantos esfuerzos a tientas, levantó una especie de trampilla. Esto dejó escapar una luz desde abajo, y nos encontramos mirando hacia una salita iluminada por lámparas, de esas que en las casas grandes dan a un dormitorio y son una dependencia suya. La luz, que irrumpía así bajo nuestros pies como una explosión sin sonido, mostró que la trampilla recién levantada estaba cubierta de polvo y óxido, y sin duda había estado largo tiempo en desuso hasta la llegada de mi emprendedor amigo. Pero no la miré mucho rato, pues la vista de la habitación resplandeciente que teníamos debajo tenía una atracción casi antinatural. Entrar en un interior moderno por un ángulo tan extraño, por una puerta tan olvidada, marcaba época en la psicología de uno. Fue como haber hallado una cuarta dimensión.

«Mi compañero se dejó caer por la abertura hasta la habitación tan súbita y silenciosamente que no pude hacer otra cosa que seguirlo; aunque, por falta de práctica en el crimen, yo no fui en absoluto silencioso. Antes de que se apagara el eco de mis botas, el gran ladrón había ido rápidamente hasta la puerta, la había entreabierto y se quedó mirando escaleras abajo y escuchando. Luego, dejando la puerta todavía entreabierta, volvió al centro de la habitación y paseó su ojo azul y errante por el mobiliario y los adornos. La habitación estaba cómodamente forrada de libros, de esa manera rica y humana que hace que las paredes parezcan vivas; era una biblioteca honda y llena, pero desordenada, de esas que se saquean constantemente para leer en la ca-

ma. Una de esas estufas alemanas achaparradas que parecen duendes rojos estaba en un rincón, y un aparador de madera de nogal con las puertas cerradas en su parte baja. Había tres ventanas, altas pero estrechas. Tras otra mirada alrededor, mi allanador abrió de un tirón las puertas de nogal y rebuscó dentro. No encontró allí, al parecer, nada salvo una licorera de cristal tallado extremadamente hermosa, que contenía lo que parecía oportó. De algún modo, la vista del ladrón regresando con este ridículo lujito en la mano despertó en mí otra vez toda la revelación y la repulsión que había sentido allá arriba.

«¡No lo haga!», grité con total incoherencia, «¡Santa Claus...!».

«Ah», dijo el ladrón, mientras ponía la licorera sobre la mesa y se quedaba mirándome, “usted también ha pensado en eso”.

«No puedo expresar ni una millonésima parte de lo que he pensado», grité, “pero es algo así... ¡oh! ¿No lo ve usted? ¿Por qué los niños no temen a Santa Claus, aunque viene como un ladrón en la noche? Se le permite el secreto, la intrusión, casi la traición, porque hay más juguetes donde él ha estado. ¿Qué sentiríamos si hubiera menos? ¿Por qué chimenea del infierno bajaría el duende que se llevara las pelotas y las muñecas de los niños mientras duermen? ¿Podría una tragedia griega ser más gris y cruel que aquel amanecer y aquel despertar? Ladrón de perros, ladrón de caballos, ladrón de hombres: ¿se le ocurre algo tan bajo como un ladrón de juguetes?”.

«El ladrón, como distraído, sacó un gran revólver del bolsillo y lo dejó sobre la mesa junto a la licorera, pero siguió con sus ojos azules y reflexivos fijos en mi rostro.

«¡Hombre!», dije, “todo robo es robo de juguetes. Por eso es de veras malo. Los bienes de los infelices hijos de los hombres deben ser respetados de verdad por su misma falta de valor. Sé que la viña de Nabot está tan pintada como un arca de Noé de juguete. Sé que el cordero de Natán es en realidad un corderito de lana que hace ‘bee’ sobre un pedestal de madera. Por eso no pude quitárselos. No me importaba tanto mientras pensaba en las cosas de los hombres como en sus obje-

tos de valor; pero no me atrevo a poner la mano sobre sus vanidades”.

«Tras un momento añadí bruscamente: “Solo a los santos y a los sabios habría que robarles. Se los puede desnudar y saquear; pero no a los pobrecitos mundanos las cosas que son su pobrecito orgullo”.

«Sacó dos copas del aparador, las llenó ambas y levantó una de ellas con un saludo hacia sus labios.

«¡No lo haga!”, grité. “Puede ser la última botella de alguna añada infame, la que sea. El dueño de esta casa quizá esté muy orgulloso de ella. ¿No ve que hay algo sagrado en la tontería de tales cosas?”.

«“No es la última botella”, respondió con calma mi criminal; “hay muchas más en la bodega”.

«“¿Conoce usted la casa, entonces?””, dije.

«“Demasiado bien”, respondió, con una tristeza tan extraña que tenía algo de espectral. “Siempre estoy tratando de olvidar lo que sé, y de hallar lo que no sé”. Apuró su copa. “Además”, añadió, “le hará bien”.

«“¿Qué le hará bien?”.

«“El vino que me estoy bebiendo”, dijo la extraña persona.

«“¿Bebe demasiado, entonces?””, pregunté.

«“No”, respondió, “a menos que yo lo haga”.

«“¿Quiere decir”, exigí, “que el dueño de esta casa aprueba todo lo que usted hace?”.

«“Dios no lo quiera”, respondió; “pero tiene que hacer lo mismo”.

«El rostro muerto de la niebla, que miraba por las tres ventanas, aumentaba sin razón la sensación de enigma, e incluso de terror, que daba aquella casa alta y estrecha en la que habíamos entrado desde el cielo. Tuve otra vez la idea de los genios gigantescos: imaginé que enormes rostros egipcios, de los rojos y amarillos muertos de Egipto, miraban por cada ventana de nuestra salita iluminada como hacia un teatrillo de marionetas con las luces encendidas. Mi compañero seguía jugando con la pistola que tenía delante y hablando con la misma confidencialidad más bien escalofriante.

«“Siempre estoy tratando de encontrarlo, de sorprenderlo desprevenido. Entro por claraboyas y trampillas para encontrarlo; pero cada vez que lo encuentro, está haciendo lo mismo que yo”.

«Me puse en pie de un salto con un estremecimiento de miedo. “Viene alguien”, grité, y mi grito tenía algo de alarido. No desde las escaleras de abajo, sino por el pasillo desde el dormitorio interior (lo cual, de algún modo, lo hacía más alarmante), se acercaban unos pasos. Soy del todo incapaz de decir qué misterio, o monstruo, o doble, esperaba ver cuando la puerta se abriera desde dentro. Solo estoy completamente seguro de que no esperaba ver lo que vi.

«Enmarcada en el vano de la puerta abierta, con un aire de gran serenidad, había una joven bastante alta, definida aunque indefiniblemente artística, con un vestido del color de la primavera y un cabello de hojas de otoño, y un rostro que, aunque todavía comparativamente joven, transmitía experiencia además de inteligencia. Lo único que dijo fue: “No te oí entrar”.

«“Entré de otra manera”, dijo el Permeador, algo vagamente. “Había dejado la llave en casa”.

«Me levanté en una mezcla de cortesía y manía. “Lo siento muchísimo”, grité. “Sé que mi situación es irregular. ¿Tendría la bondad de decirme de quién es esta casa?”.

«“Mía”, dijo el ladrón. “¿Me permite presentarle a mi esposa?”.

«Volví a sentarme, dubitativo y bastante lentamente; y no me levanté de allí hasta casi la mañana. La señora Smith (tal era el nombre prosaico de aquel hogar nada prosaico) se quedó un rato, hablando con ligereza y simpatía. Dejó en mi mente la impresión de una curiosa mezcla de timidez y agudeza; como si conociera bien el mundo, pero aún le tuviera un poco de miedo inofensivo. Quizá el hecho de tener un marido tan inquieto e imprevisible la hubiera dejado algo nerviosa. En todo caso, cuando se hubo retirado de nuevo a la cámara interior, aquel hombre extraordinario derramó su apología y su autobiografía sobre el vino menguante.

«Lo habían enviado a Cambridge con vistas a una carrera matemática y científica, más que clásica o literaria. Un nihilismo sin estrellas era entonces la filosofía de las escuelas; y engendró en él una guerra entre los miembros y el espíritu, pero una guerra en la que los miembros tenían razón. Mientras su cerebro aceptaba el credo negro, su mismo cuerpo se rebelaba contra él. Según sus palabras, su mano derecha le enseñaba cosas terribles. Según las de las autoridades de la Universidad de Cambridge, por desgracia, había tomado la forma de su mano derecha blandiendo un arma de fuego cargada ante el rostro mismo de un distinguido profesor, obligándolo a trepar por la ventana y aferrarse a un canalón. Lo había hecho únicamente porque el pobre profesor había profesado en teoría una preferencia por la no existencia. Por este tipo de argumento tan poco académico lo habían expulsado. Con náuseas de repulsión ante el pesimismo que se había acobardado bajo su pistola, se hizo una especie de fanático de la alegría de vivir. Iba a contrapelo de todo lo que asocian los hombres de mentalidad seria. Era alegre, pero en absoluto descuidado. Sus bromas pesadas iban más en serio que las verbales. Aunque no era un optimista en el sentido absurdo de sostener que la vida es toda cerveza y bolos, sí parecía sostener que la cerveza y los bolos son la parte más seria de ella. “¿Qué hay más inmortal”, gritaba, “que el amor y la guerra? Símbolo de todo deseo y alegría: la cerveza. Símbolo de toda batalla y conquista: los bolos”.

«Había en él algo de lo que el mundo antiguo llamaba la solemnidad de las fiestas, cuando hablaban de “solemnizar” una simple mascarada o un banquete de bodas. Sin embargo, no era un mero pagano, como tampoco era un mero bromista. Sus excentricidades brotaban de un hecho estático de fe, en sí mismo místico, e incluso infantil y cristiano.

«“No niego”, decía, “que deba haber sacerdotes que recuerden a los hombres que un día morirán. Solo digo que en ciertas épocas extrañas es necesario tener otra clase de sacerdotes, llamados poetas, que re-

cuerden efectivamente a los hombres que todavía no están muertos. Los intelectuales entre los que yo me movía ni siquiera estaban lo bastante vivos para temer a la muerte. No tenían sangre suficiente para ser cobardes. Hasta que no se les metió un cañón de pistola bajo las narices, ni siquiera supieron que habían nacido. Durante siglos, mirando una perspectiva eterna, podría ser cierto que la vida es un aprender a morir. Pero para estas ratitas blancas era igualmente cierto que la muerte era su única oportunidad de aprender a vivir”.

«Su credo de asombro era cristiano por esta prueba absoluta: que lo sentía escurrírsele continuamente a sí mismo tanto como a los demás. Tenía la misma pistola para sí, como dijo Bruto del puñal. Corría continuamente riesgos disparatados de altos precipicios o velocidades vertiginosas para mantener viva la simple convicción de que estaba vivo. Atesoraba detalles triviales y sin embargo insensatos que alguna vez le habían recordado la terrible realidad subconsciente. Cuando el profesor colgaba del canalón de piedra, la visión de sus largas piernas colgantes, vibrando en el vacío como alas, despertó de algún modo la sátira desnuda de la vieja definición del hombre como animal bípedo sin plumas. El desdichado profesor había sido puesto en peligro por su cabeza, que tan elaboradamente había cultivado, y solo se había salvado por sus piernas, a las que había tratado con frialdad y descuido. Smith no supo imaginar otro modo de anunciar o registrar esto que enviar un telegrama a un viejo amigo (a esas alturas un perfecto extraño) para decirle que acababa de ver a un hombre con dos piernas; y que el hombre estaba vivo.

«La oleada de su optimismo liberado estalló en estrellas como un cohete cuando de repente se enamoró. Sucedió que bajaba en canoa por una presa alta y vertiginosa, para demostrarse a sí mismo que estaba vivo; y pronto se vio envuelto en cierta duda sobre la continuidad del hecho. Lo que era peor, descubrió que había puesto igualmente en peligro a una dama inofensiva que iba sola en un bote de remos, y que no había provocado a la muerte con ninguna profesión de negación fi-

losófica. Se disculpó con jadeos desatados durante todos sus salvajes y mojados esfuerzos por llevarla a la orilla, y cuando por fin lo consiguió, parece que le propuso matrimonio en la ribera. En todo caso, con la misma impetuosidad con que casi la había matado, se casó con ella por completo; y ella era la dama de verde a quien yo acababa de decir “buenas noches”.

«Se habían instalado en estas casas altas y estrechas cerca de Highbury. Quizá, en verdad, esa no sea la palabra. Estrictamente se podía decir que Smith estaba casado, que estaba muy felizmente casado, que no solo no se interesaba por ninguna mujer salvo su esposa, sino que no parecía interesarse por ningún lugar salvo su hogar; pero quizá difícilmente se podía decir que se hubiera instalado. “Soy un hombre muy hogareño”, explicó con gravedad, “y a menudo he entrado por una ventana rota antes que llegar tarde a la hora del té”.

«Azotaba su alma con la risa para impedir que se durmiera. Hizo perder a su esposa una serie de excelentes criadas llamando a la puerta como un perfecto extraño y preguntando si vivía allí el señor Smith y qué clase de hombre era. La criada para todo londinense no está acostumbrada a que el señor se entregue a tales ironías trascendentales. Y resultó imposible explicarle que lo hacía para sentir el mismo interés por sus propios asuntos que siempre sentía por los de otras personas.

«“Sé que hay un tipo llamado Smith”, dijo a su manera más bien extraña, “que vive en una de las casas altas de esta hilera. Sé que es realmente feliz, y sin embargo nunca consigo sorprenderlo en el acto”.

«A veces, de pronto, trataba a su esposa con una especie de cortesía paralizada, como un joven desconocido herido de amor a primera vista. A veces extendía este temor poético a los muebles mismos; parecía pedir disculpas a la silla en que se sentaba y subía la escalera con la cautela de un escalador, para renovar en sí el sentido del esqueleto de realidad de las cosas. Cada peldaño es una escalera y cada taburete una pierna, decía. Y otras veces hacía el papel del extraño exactamen-

te en el sentido opuesto, y entraba por otro camino, para sentirse ladrón y salteador. Quebrantaba y violaba su propio hogar, como había hecho conmigo aquella noche. Era casi de mañana cuando pude arrancarme de esta extraña confidencia del Hombre que no Quería Morir, y cuando le estreché la mano en el umbral, la última carga de niebla se estaba levantando, y las rendijas de la luz del día revelaban la escalera de niveles irregulares de calles que parecía el fin del mundo.

«A muchos les bastará con decir que pasé una noche con un maníaco. ¿Qué otro término, se dirá, podría aplicarse a semejante ser? ¡Un hombre que se recuerda que está casado fingiendo no estarlo! ¡Un hombre que trata de codiciar sus propios bienes en vez de los de su prójimo! Sobre esto no tengo más que una palabra que decir, y siento que es cuestión de mi honor decirla, aunque nadie lo entienda. Creo que el maníaco era de esos que no solo vienen, sino que son enviados; enviados como un gran vendaval sobre las naves por Aquel que hizo de sus ángeles vientos y de sus mensajeros un fuego llameante. Esto, al menos, lo sé con certeza. Hayan reído o llorado tales hombres, nos hemos reído de su risa tanto como de su llanto. Hayan maldecido o bendecido al mundo, nunca han encajado en él. Es cierto que los hombres se han encogido ante el aguijón de un gran satírico como ante el aguijón de una víbora. Pero es igualmente cierto que los hombres huyen del abrazo de un gran optimista como del abrazo de un oso. Nada atrae más maldiciones que una verdadera bendición. Pues la bondad de las cosas buenas, como la maldad de las cosas malas, es un prodigio que está más allá de las palabras; hay que pintarlo más que decirlo. Habremos descendido más hondo que las honduras del cielo y nos habremos hecho más viejos que los ángeles más viejos antes de sentir, aunque sea en sus primeras y tenues vibraciones, la violencia eterna de esa doble pasión con que Dios odia y ama al mundo. Suyo atentamente, Raymond Percy».

«¡Oh, santo, santo, santo!», dijo el señor Moses Gould.

En el instante en que hubo hablado, todos los demás supieron que

habían estado en un estado casi religioso de sumisión y asentimiento. Algo los había unido; algo de la sagrada tradición de las dos últimas palabras de la carta; algo también del conmovedor y juvenil apuro con que Inglewood las había leído, pues él tenía toda la reverencia a flor de piel del agnóstico. Moses Gould era tan buen tipo a su manera como el que más; mucho más amable con su familia que otros hombres de placer más refinados, sencillo y firme en su admiración, un animal enteramente sano y un carácter enteramente genuino. Pero dondequiera que hay conflicto, llegan crisis en las que cualquier alma, personal o racial, vuelve inconscientemente hacia el mundo el más odioso de sus cien rostros. La reverencia inglesa, el misticismo irlandés, el idealismo norteamericano alzaron la vista y vieron en el rostro de Moses cierta sonrisa. Era esa sonrisa del Cínico Triunfante, que ha sido el toque a rebato de muchos crueles motines en aldeas rusas o en ciudades medievales.

«¡Oh, santo, santo, santo!», dijo Moses Gould.

Al ver que esto no era bien recibido, explicó más, con la exuberancia acentuándose en sus oscuras y exuberantes facciones.

«Siempre da gusto ver a un tipo tragarse una avispa cuando está tosiendo una mosca», dijo con amabilidad. «¿No ven que de todos modos han dejado listo al viejo Smith? Si el cuento del reverendo es verdad, pues Smith está frito. Está bastante frito. Lo encontramos fugándose con la señorita Gray (¡mis respetos!) en un coche de alquiler. Bueno, ¿y qué hay de esta señora Smith de la que habla el coadjutor, con su condenada timidez transmogrificada en una agudeza amargada? La señorita Gray no ha sido muy aguda, pero calculo que será bastante tímida».

«No sea bruto», gruñó Michael Moon.

Nadie pudo alzar los ojos para mirar a Mary; pero Inglewood lanzó una mirada a lo largo de la mesa hacia Innocent Smith. Seguía inclinado sobre sus juguetes de papel, y tenía una arruga en la frente que podía ser de preocupación o de vergüenza. Con cuidado sacó una esqui-

na de un papel complicado y la metió en otro lugar; entonces la arruga desapareció y pareció aliviado.

III. El camino redondo, o la acusación de abandono

Pym se levantó con sincera turbación, porque era norteamericano y su respeto por las damas era real y nada científico.

«Pasando por alto», dijo, «las delicadas y considerables protestas caballerescas que ha provocado el sentido nativo de la oratoria de mi colega, y pidiendo disculpas a todos aquellos a quienes nuestra salvaje búsqueda de la verdad les parezca impropia de las grandiosas ruinas de una tierra feudal, sigo pensando que la pregunta de mi colega no carece en modo alguno de relevancia. El último cargo contra el acusado era de robo con allanamiento; el siguiente de la hoja es de bigamia y abandono. Resulta indiscutible que la defensa, al aspirar a refutar este último cargo, ha admitido en realidad el siguiente. O bien Innocent Smith sigue acusado de tentativa de robo con allanamiento, o bien eso queda desbaratado; pero en lo de la tentativa de bigamia está bastante bien atrapado. Todo depende de la opinión que nos merezca la supuesta carta del coadjutor Percy. En estas condiciones me considero autorizado a reclamar mi derecho a interrogar. ¿Puedo preguntar cómo llegó a manos de la defensa la carta del coadjutor Percy? ¿Procede directamente del preso?».

«No hemos recibido nada directamente del preso», dijo Moon con calma. «Los pocos documentos que la defensa garantiza nos llegaron de otra parte».

«¿De qué parte?», preguntó el doctor Pym.

«Si usted insiste», respondió Moon, «los recibimos de la señorita Gray».

El doctor Cyrus Pym olvidó por completo cerrar los ojos y, en cambio, los abrió muchísimo.

«¿Quiere usted decir de verdad», dijo, «que la señorita Gray estaba en posesión de este documento que da fe de una anterior señora

Smith?».

«Exactamente», dijo Inglewood, y se sentó.

El doctor murmuró algo sobre ofuscación, con voz baja y dolorida, y luego, con visible dificultad, continuó sus observaciones iniciales.

«Por desgracia, la trágica verdad que revela el relato del coadjutor Percy se ve confirmada de un modo demasiado abrumador por otros documentos escandalosos que obran en nuestro poder. El principal y más seguro de ellos es el testimonio del jardinero de Innocent Smith, que estuvo presente en el más dramático y revelador de sus muchos actos de infidelidad conyugal. El señor Gould, el jardinero, por favor».

El señor Gould, con su infatigable buen humor, se levantó para presentar al jardinero. Aquel funcionario explicó que había servido al señor y la señora Innocent Smith cuando estos tenían una casita en las afueras de Croydon. Por el relato del jardinero, con sus muchas alusiones menudas, Inglewood llegó a tener la certeza de que conocía el lugar. Era uno de esos rincones de la ciudad o del campo que no se olvidan, porque parecía una frontera. El jardín colgaba muy alto sobre el camino, y su extremo era empinado y cortante, como una fortaleza. Más allá se extendía un ondulado trozo de campo de verdad, con un sendero blanco tendido a lo largo, y las raíces, los troncos y las ramas de unos grandes árboles grises retorciéndose contra el cielo. Pero, como para afirmar que el camino mismo era suburbano, se recortaban nítidamente contra aquella loma gris y agitada una farola pintada de un peculiar verde amarillento y un buzón rojo que estaba justo en la esquina. Inglewood estaba seguro del lugar: había pasado por allí veinte veces en sus paseos higiénicos en bicicleta, y siempre había sentido vagamente que era un sitio donde podía ocurrir algo. Pero le dio un escalofrío pensar que el rostro de su espantoso amigo o enemigo Smith podía haber aparecido en cualquier momento por encima de los arbustos del jardín. El relato del jardinero, a diferencia del que escribió el coadjutor, estaba del todo libre de adjetivos decorativos, por muchos que hubiera pronunciado en privado mientras lo escribía. Decía sencilla-

mente que una mañana determinada el señor Smith salió y se puso a jugar con un rastrillo, como hacía a menudo. A veces le hacía cosquillas en la nariz a su hijo mayor (tenía dos hijos); a veces enganchaba el rastrillo en la rama de un árbol y se izaba con horribles sacudidas gimnásticas, como las de una rana gigante en su última agonía. Al parecer, nunca se le ocurría emplear el rastrillo en ninguno de sus usos propios, y el jardinero, en consecuencia, trataba sus acciones con frialdad y brevedad. Pero el jardinero estaba seguro de que una mañana de octubre él mismo (el jardinero) había doblado la esquina de la casa con la manguera, había visto al señor Smith de pie en el césped con una chaqueta de rayas rojas y blancas (que podía ser su chaqueta de fumar, aunque lo mismo podía ser parte de su pijama), y lo había oído entonces y allí mismo gritarle a su mujer, que se asomaba a la ventana del dormitorio que daba al jardín, estas expresiones decisivas y muy sonoras:

«No me quedo aquí ni un día más. Tengo otra mujer y unos hijos mucho mejores muy lejos de aquí. Mi otra mujer tiene el pelo más rojo que el tuyo, y mi otro jardín tiene una situación mucho mejor, y me voy con ellos».

Con estas palabras, según parece, lanzó el rastrillo muy alto hacia el cielo, más alto de lo que muchos habrían disparado una flecha, y lo volvió a atrapar. Luego saltó el seto de un brinco, cayó de pie en el camino de abajo y echó a andar por la carretera sin siquiera un sombrero. Buena parte del cuadro la suministró sin duda el recuerdo casual que Inglewood tenía del lugar. Veía con los ojos de la mente aquella figura corpulenta y descubierta, con el rastrillo desastrado, subiendo con paso arrogante por el torcido camino del bosque y dejando atrás farola y buzón. Pero el jardinero, por su cuenta, estaba plenamente dispuesto a jurar la confesión pública de bigamia, la desaparición temporal del rastrillo en el cielo y la desaparición definitiva del hombre carretera arriba. Además, por ser del lugar, podía jurar que, aparte de algunos rumores locales de que Smith se había embarcado en la costa su-

doriental, no se había vuelto a saber nada de él.

Esta impresión fue reforzada de un modo bastante curioso por Michael Moon, en las pocas y claras frases con que abrió la defensa sobre el tercer cargo. Lejos de negar que Smith hubiera huido de Croydon y desaparecido en el Continente, parecía dispuesto a probar todo eso por su cuenta. «Espero que ustedes no sean tan isleños», dijo, «como para no respetar la palabra de un posadero francés tanto como la de un jardinero inglés. Con el permiso del señor Inglewood, oiremos al posadero francés».

Antes de que los presentes hubieran resuelto la delicada cuestión, Inglewood ya estaba leyendo el relato en cuestión. Estaba en francés. A ellos les pareció que decía más o menos lo siguiente:

«Señor: Sí, soy Durobin, del Café Durobin, en el paseo marítimo de Gras, algo al norte de Dunkerque. Estoy dispuesto a escribir todo lo que sé del forastero salido del mar.

»No tengo simpatía por los excéntricos ni por los poetas. Un hombre sensato busca la belleza en las cosas destinadas deliberadamente a ser bellas, como un parterre bien cuidado o una estatuilla de marfil. No se permite que la belleza lo impregne todo en la vida, como tampoco se pavimentan todos los caminos con marfil ni se cubren todos los campos de geranios. ¡A fe mía que echaríamos de menos las cebollas!

»Pero, ya sea que el recuerdo me haga leer las cosas al revés, ya sea que existan en efecto atmósferas de la psicología que el ojo de la ciencia aún no puede penetrar, el hecho humillante es que aquella tarde me sentí poeta, como cualquier poetastro granuja que bebe absenta en el loco Montmartre.

»Realmente, el mar mismo parecía absenta, verde y amargo y venenoso. Nunca lo había visto tan desconocido. En el cielo había esa oscuridad temprana y tormentosa que tanto deprime el ánimo, y el viento silbaba en torno al pequeño quiosco de colores, solitario, donde venden los periódicos, y a lo largo de las dunas de la orilla. Allí vi una barca de pesca de vela parda que entraba en silencio desde el mar. Ya es-

taba muy cerca, y de ella se apeó un hombre de estatura monstruosa, que llegó vadeando hasta la orilla con el agua sin llegarle a las rodillas, aunque a muchos les habría llegado a las caderas. Se apoyaba en un largo rastrillo o pértiga que parecía un tridente y le daba aspecto de Tritón. Mojado como estaba, y con tiras de alga pegadas al cuerpo, cruzó hasta mi café y, sentándose a una mesa de fuera, pidió aguardiente de cerezas, un licor que tengo pero que rara vez me piden. Luego el monstruo, con gran cortesía, me invitó a tomar un vermut antes de mi cena, y trabamos conversación. Al parecer había cruzado desde Kent en un bote pequeño que consiguió por un trato privado, a causa de cierta rara fantasía suya de avanzar de inmediato en dirección este y no esperar a ninguno de los barcos oficiales. Buscaba, me explicó con cierta vaguedad, una casa. Cuando, naturalmente, le pregunté dónde estaba la casa, respondió que no lo sabía; estaba en una isla; estaba en algún lugar hacia el este; o, como lo expresó con un gesto brumoso y a la vez impaciente, “por allá”.

»Le pregunté cómo, si no conocía el lugar, lo reconocería al verlo. Aquí dejó de pronto de ser brumoso y se volvió alarmantemente minucioso. Hizo una descripción de la casa tan detallada como la de un subastador. He olvidado casi todos los detalles, salvo los dos últimos, que eran que la farola estaba pintada de verde y que había un buzón rojo en la esquina.

»“¡Un buzón rojo!”, exclamé asombrado. “¡Pero entonces el lugar debe de estar en Inglaterra!”.

»“Lo había olvidado”, dijo él, asintiendo pesadamente. “Ese es el nombre de la isla”.

»“Pero, *nom du nom*”, exclamé malhumorado, “si acaba usted de llegar de Inglaterra, muchacho”.

»“*Dijeron* que era Inglaterra”, dijo mi imbécil, en tono de conspiración. “Dijeron que era Kent. Pero los de Kent son tan mentirosos que no se les puede creer nada de lo que dicen”.

»“Señor”, dije, “tendrá que perdonarme. Soy un hombre mayor, y

las *fumisteries* de los jóvenes me superan. Yo me guío por el sentido común o, a lo sumo, por esa extensión del sentido común aplicado que se llama ciencia”.

»“¡Ciencia!”, exclamó el forastero. “Solo hay una cosa buena que la ciencia haya descubierto jamás, una cosa buena, una buena noticia de gran alegría: que el mundo es redondo”.

»Le dije con cortesía que sus palabras no hacían ninguna impresión en mi inteligencia. “Quiero decir”, dijo, “que dar la vuelta entera al mundo es el camino más corto para llegar adonde ya se está”.

»“¿No es más corto todavía”, pregunté, “quedarse donde se está?”.

»“¡No, no, no!”, exclamó enfáticamente. “Ese camino es largo y muy fatigoso. Al final del mundo, detrás del alba, encontraré a la esposa con quien de verdad me casé y la casa que de verdad es mía. Y esa casa tendrá una farola más verde y un buzón más rojo. ¿Usted”, preguntó con repentina intensidad, “nunca quiere salir corriendo de su casa para encontrarla?”.

»“No, creo que no”, respondí; “la razón enseña al hombre desde el principio a adaptar sus deseos a lo que probablemente le dará la vida. Yo me quedo aquí, contento de cumplir la vida del hombre. Todos mis intereses están aquí, y la mayoría de mis amigos, y...”.

»“Y sin embargo”, exclamó, poniéndose en pie con su estatura casi aterradora, “¡ustedes hicieron la Revolución francesa!”.

»“Perdone”, dije, “no soy tan viejo. Un pariente, quizá”.

»“¡Quiero decir los de su clase!”, exclamó aquel personaje. “Sí, su maldita gente satisfecha, asentada y sensata hizo la Revolución francesa. ¡Ah! Ya sé que algunos dicen que no sirvió de nada y que ustedes quedaron justo donde estaban antes. ¡Pues, qué diablos, eso es precisamente lo que todos queremos: volver adonde estábamos antes! ¡Eso es la revolución, dar toda la vuelta! Toda revolución, como un arrepentimiento, es un regreso”.

»Estaba tan exaltado que esperé a que volviera a sentarse y entonces dije algo indiferente y apaciguador; pero golpeó la diminuta mesa

con su puño colosal y siguió.

»“Voy a hacer una revolución, no una Revolución francesa, sino una Revolución inglesa. Dios ha dado a cada tribu su propia clase de motín. Los franceses marchan juntos contra la ciudadela de la ciudad; el inglés marcha hasta las afueras de la ciudad, y solo. Pero yo también voy a poner el mundo patas arriba. Voy a ponerme a mí mismo patas arriba. Voy a caminar cabeza abajo por la maldita tierra del revés de los Antípodas, donde los árboles y los hombres cuelgan de cabeza en el cielo. Pero mi revolución, como la de ustedes, como la de la tierra, acabará en el lugar santo y feliz, el lugar celestial e increíble, el lugar donde estábamos antes”.

»Con estas observaciones, difícilmente conciliables con la razón, saltó del asiento y se alejó a zancadas hacia el crepúsculo, blandiendo su pértiga y dejando un pago excesivo, que también apuntaba a cierta pérdida del equilibrio mental. Esto es todo lo que sé del episodio del hombre desembarcado de la barca de pesca, y espero que sirva a los intereses de la justicia. Acepte, señor, la seguridad de la muy alta consideración con que tengo el honor de ser su seguro servidor, Jules Durobin».

«El siguiente documento de nuestro expediente», continuó Inglewood, «procede de la ciudad de Crazok, en las llanuras centrales de Rusia, y dice así:»

«Señor: Me llamo Paul Nickolaiovitch; soy el jefe de la estación cercana a Crazok. Los grandes trenes pasan por las llanuras llevando gente a China, pero muy pocas personas se apean en el andén que me toca vigilar. Esto hace mi vida bastante solitaria, y me refugio mucho en los libros que tengo. Pero no puedo comentarlos mucho con mis vecinos, porque las ideas ilustradas no se han difundido en esta parte de Rusia tanto como en otras. Muchos de los campesinos de por aquí nunca han oído hablar de Bernard Shaw.

»Soy liberal y hago lo posible por difundir las ideas liberales; pero desde el fracaso de la revolución esto ha sido aún más difícil. Los revo-

lucionarios cometieron muchos actos contrarios a los puros principios del humanitarismo, con los cuales, en verdad, por la escasez de libros, estaban mal familiarizados. Yo no aprobé aquellos actos crueles, aunque provocados por la tiranía del gobierno; pero ahora hay una tendencia a reprochar su recuerdo a todos los Intelectuales. Esto es muy desafortunado para los Intelectuales.

»Fue cuando la huelga ferroviaria estaba casi terminada y pasaban unos pocos trenes a largos intervalos. Un día me quedé mirando un tren que acababa de llegar. Solo bajó una persona, allá lejos, en el otro extremo, pues era un tren larguísimo. Atardecía, con un cielo frío y verdoso. Había caído un poco de nieve, pero no la bastante para blanquear la llanura, que se extendía en todas direcciones de una especie de púrpura triste, salvo donde las cumbres planas de unas mesetas lejanas atrapaban la luz del atardecer como lagos. A medida que el hombre solitario avanzaba pisando fuerte sobre la nieve delgada junto al tren, se hacía más y más grande; creí no haber visto nunca un hombre tan grande. Pero parecía incluso más alto de lo que era, creo, porque sus hombros eran muy anchos y su cabeza comparativamente pequeña. De los hombros enormes colgaba una vieja chaqueta hecha jirones, a rayas de un rojo apagado y un blanco sucio, muy delgada para el invierno, y una mano descansaba sobre una enorme pértiga como las que usan los campesinos para rastrillar la maleza y quemarla.

»Antes de que hubiera recorrido el largo entero del tren se vio enredado en uno de esos grupos de alborotadores que eran las brasas de la extinta revolución, aunque la mayoría se deshonró del lado del gobierno. Yo me movía justamente en su auxilio cuando hizo girar su rastrillo y repartió golpes a derecha e izquierda con tal energía que salió ileso de entre ellos y vino derecho hacia mí, dejándolos tambaleantes y verdaderamente atónitos.

»Sin embargo, cuando llegó a mi lado, después de una afirmación tan brusca de su propósito, solo pudo decir, bastante dubitativo y en francés, que quería una casa.

»“No hay muchas casas disponibles por aquí”, le respondí en el mismo idioma; “el distrito ha estado muy agitado. Una revolución, como usted sabe, ha sido sofocada hace poco. Cualquier construcción nueva...”.

»“¡Oh, no me refiero a eso!”, exclamó; “me refiero a una casa de verdad, una casa viva. Es realmente una casa viva, porque se me escapa corriendo”.

»Me avergüenza decir que algo en su frase o en su gesto me conmovió profundamente. A los rusos se nos cría en una atmósfera de folclore, y sus desafortunados efectos aún pueden verse en los colores brillantes de las muñecas de los niños y de los iconos. Por un instante la idea de una casa que se escapa corriendo de un hombre me dio placer, porque la ilustración del hombre avanza despacio.

»“¿No tiene usted otra casa propia?”, pregunté.

»“La he dejado”, dijo con mucha tristeza. “No fue la casa la que se volvió aburrida, sino yo quien me aburrí en ella. Mi mujer era mejor que todas las mujeres, y sin embargo no podía sentirlo”.

»“Y así”, dije con simpatía, “salió usted derecho por la puerta principal, como una Nora masculina”.

»“¿Nora?”, preguntó cortésmente, suponiendo al parecer que era una palabra rusa.

»“Me refiero a la Nora de *Casa de muñecas*”, respondí.

»Al oír esto se mostró muy asombrado, y supe que era inglés, porque los ingleses siempre piensan que los rusos no estudian nada más que “ukases”.

»“¡*Casa de muñecas*!”, exclamó con vehemencia; “¡pero si ahí es justamente donde Ibsen se equivocó! ¡Si todo el objeto de una casa es ser una casa de muñecas! ¿No recuerda, cuando era niño, cómo aquellas ventanitas *eran* ventanas, mientras que las ventanas grandes no lo eran? Un niño tiene una casa de muñecas y chilla cuando la puerta principal se abre hacia adentro. Un banquero tiene una casa de verdad, y sin embargo, ¡cuántos banqueros no emiten el más leve chillido

cuando sus verdaderas puertas principales se abren hacia adentro!”.

»Algo del folclore de mi infancia me mantenía tontamente callado; y antes de que pudiera hablar, el inglés se había inclinado hacia mí y me decía en una especie de susurro fuerte: “He descubierto cómo hacer pequeña una cosa grande. He descubierto cómo convertir una casa en una casa de muñecas. Aléjese mucho de ella: Dios nos deja convertir todas las cosas en juguetes por su gran don de la distancia. Con que yo vea mi vieja casa de ladrillo erguida bien pequeña contra el horizonte, querré volver a ella otra vez. Veré la graciosa farola de juguete pintada de verde junto a la verja, y a toda la gente querida, como muñecos, asomada a la ventana. Porque las ventanas de mi casa de muñecas se abren de verdad”.

»“Pero ¿por qué”, pregunté, “habría de querer volver a esa casa de muñecas en particular? Habiendo dado, como Nora, el paso audaz contra la convención, habiéndose hecho, en el sentido convencional, deshonroso, habiéndose atrevido a ser libre, ¿por qué no aprovechar su libertad? Como han señalado los mayores escritores modernos, lo que usted llamaba su matrimonio no era más que su estado de ánimo. Tiene derecho a dejarlo todo atrás, como el pelo que se corta o los recortes de las uñas. Una vez escapado, tiene el mundo ante usted. Aunque las palabras puedan parecerle extrañas, usted es libre en Rusia”.

»Se quedó sentado con los ojos soñadores puestos en los círculos oscuros de las llanuras, donde lo único que se movía era la larga y fatigosa estela de humo de la locomotora, violeta en su tinte, volcánica en su contorno, la única nube caliente y pesada de aquel atardecer frío y claro, de un verde pálido.

»“Sí”, dijo con un enorme suspiro, “soy libre en Rusia. Tiene usted razón. Podría entrar de verdad en aquel pueblo de allá y volver a empezar con el amor, y quizá casarme con alguna mujer hermosa y comenzar de nuevo, y nadie podría encontrarme jamás. Sí, ciertamente me ha convencido de algo”.

»Su tono era tan raro y místico que me sentí impulsado a preguntar-

le qué quería decir, y de qué exactamente lo había convencido.

»“Me ha convencido”, dijo con la misma mirada soñadora, “de por qué es verdaderamente malo y peligroso que un hombre huya de su mujer”.

»“¿Y por qué es peligroso?”, pregunté.

»“Pues porque nadie puede encontrarlo”, respondió aquella persona extraña, “y todos queremos que nos encuentren”.

»“Los pensadores modernos más originales”, observé, “Ibsen, Gorki, Nietzsche, Shaw, dirían más bien que lo que más queremos es perderlos: encontrarnos en senderos no hollados y hacer cosas sin precedentes; romper con el pasado y pertenecer al futuro”.

»Se puso en pie con toda su estatura, algo adormilado, y miró en torno a lo que era, lo confieso, un cuadro algo desolado: las oscuras llanuras púrpuras, el ferrocarril abandonado, los pocos grupos andrajosos de descontentos. “No encontraré aquí la casa”, dijo. “Sigue estando hacia el este, cada vez más al este”.

»Luego se volvió hacia mí con algo parecido a la furia y golpeó la tierra helada con el pie de su pértiga.

»“Y si de verdad vuelvo a mi país”, exclamó, “quizá me encierren en un manicomio antes de llegar a mi propia casa. ¡He sido bastante poco convencional en mi tiempo! Nietzsche formó en fila, tieso como una baqueta, en el necio y viejo ejército prusiano, y Shaw toma bebidas sin alcohol en los suburbios; pero las cosas que yo hago son cosas sin precedentes. Este camino redondo que estoy pisando es un sendero no hollado. Creo de veras en escaparse; soy un revolucionario. Pero ¿no ve que todos estos saltos, destrucciones y fugas de verdad no son más que intentos de volver al Edén, a algo que hemos tenido, a algo de lo que al menos hemos oído hablar? ¿No ve que uno solo rompe la cerca o se escabulle a la luz de la luna para volver a *casa*?”.

»“No”, respondí tras la debida reflexión, “no creo que pudiera aceptar eso”.

»“Ah”, dijo con una especie de suspiro, “entonces me ha explicado

una segunda cosa”.

»“¿Qué quiere decir?”, pregunté; “¿qué cosa?”.

»“Por qué ha fracasado su revolución”, dijo; y cruzando de pronto hacia el tren, subió a él justo cuando por fin se ponía en marcha entre vapores. Y mientras yo veía su larga cola de serpiente desaparecer a lo largo de las llanuras que oscurecían.

»No volví a verlo. Pero aunque sus opiniones eran contrarias al mejor pensamiento avanzado, me pareció una persona interesante: me gustaría averiguar si ha producido alguna obra literaria. Suyo, etc., Paul Nickolaiovitch».

Algo en aquel extraño conjunto de visiones de vidas ajenas mantuvo al absurdo tribunal más callado de lo que había estado hasta entonces, y de nuevo sin interrupciones abrió Inglewood otro papel de su pila. «El Tribunal será indulgente», dijo, «si la nota siguiente carece de las ceremonias especiales de nuestra manera de escribir cartas. Es bastante ceremoniosa a su modo:»

«Los Principios Celestiales son permanentes: saludos. Soy Wong-Hi y cuido el templo de todos los antepasados de mi familia en el bosque de Fu. El hombre que rompió el cielo y vino a mí dijo que esto debía de ser muy aburrido, pero yo le mostré el error de su pensamiento. Es cierto que estoy en un solo lugar, pues mi tío me trajo a este templo cuando era niño, y en él sin duda moriré. Pero si un hombre permanece en un lugar verá que el lugar cambia. La pagoda de mi templo se alza en silencio sobre todos los árboles, como una pagoda amarilla sobre muchas pagodas verdes. Pero los cielos son a veces azules como porcelana, y a veces verdes como jade, y a veces rojos como granate. Pero la noche es siempre de ébano y siempre vuelve, dijo el emperador Ho.

»El rompecielos llegó al atardecer, muy de repente, pues apenas había visto yo agitación alguna en las copas de los árboles verdes sobre las que miro como sobre un mar cuando subo a lo alto del templo por la mañana. Y sin embargo, cuando llegó fue como si un elefante se hubiera extraviado de los ejércitos de los grandes reyes de la India. Pues

se quebraron palmeras, y se rompieron bambúes, y salió a la luz del sol ante el templo uno más alto que los hijos de los hombres.

»Tiras de rojo y blanco colgaban de él como cintas de carnaval, y llevaba una pértiga con una hilera de dientes como los dientes de un dragón. Su rostro era blanco y descompuesto, a la manera de los extranjeros, de modo que parecen muertos llenos de demonios; y hablaba nuestra lengua entrecortadamente.

»Me dijo: “Esto es solo un templo; yo estoy tratando de encontrar una casa”. Y luego me contó, con indelicada prisa, que el farol de afuera de su casa era verde y que había un poste rojo en la esquina.

»“No he visto su casa ni casa alguna”, le respondí. “Yo habito en este templo y sirvo a los dioses”.

»“¿Cree usted en los dioses?”, preguntó con hambre en los ojos, como el hambre de los perros. Y esto me pareció una pregunta extraña, pues ¿qué debe hacer un hombre sino lo que han hecho los hombres?

»“Mi señor”, dije, “debe de ser bueno para los hombres alzar las manos aunque los cielos estén vacíos. Porque si hay dioses, estarán complacidos, y si no los hay, entonces no hay nadie a quien desagradar. A veces los cielos son de oro y a veces de púrpura y a veces de ébano, pero los árboles y el templo permanecen quietos bajo todo ello. Así nos enseñó el gran Confucio que, si con las manos y los pies hacemos siempre lo mismo que las sabias bestias y aves, con la cabeza podemos pensar muchas cosas: sí, mi señor, y dudar de muchas cosas. Mientras los hombres ofrezcan arroz en la estación debida y enciendan los faroles a la hora debida, importa poco que haya dioses o no. Pues estas cosas no son para aplacar a los dioses, sino para aplacar a los hombres”.

»Se acercó aún más a mí, de modo que parecía enorme; y sin embargo su mirada era muy suave.

»“Rompa su templo”, dijo, “y sus dioses quedarán libres”.

»Y yo, sonriendo ante su sencillez, respondí: “Y así, si no hay dioses, no me quedará más que un templo roto”.

»Y ante esto, aquel gigante a quien se había negado la luz de la ra-

zón extendió sus poderosos brazos y me pidió que lo perdonara. Y cuando le pregunté por qué debía ser perdonado, respondió: “Por tener razón”.

»“Sus ídolos y emperadores son tan viejos y sabios y satisfactorios”, exclamó, “que es una vergüenza que estén equivocados. Nosotros somos tan vulgares y violentos, les hemos hecho tantas iniquidades, que es una vergüenza que tengamos razón después de todo”.

»Y yo, tolerando todavía su inocencia, le pregunté por qué pensaba que él y su pueblo tenían razón.

»Y respondió: “Tenemos razón porque estamos atados donde los hombres deben estar atados, y libres donde los hombres deben ser libres. Tenemos razón porque dudamos de las leyes y costumbres y las destruimos, pero no dudamos de nuestro derecho a destruirlas. Pues ustedes viven de costumbres, pero nosotros vivimos de credos. ¡Míreme! En mi país me llaman Smip. Mi país está abandonado, mi nombre está mancillado, porque persigo alrededor del mundo lo que de verdad me pertenece. Ustedes son firmes como los árboles porque no creen. Yo soy inconstante como la tempestad porque creo. Creo en mi propia casa, que volveré a encontrar. Y al final permanecen el farol verde y el poste rojo”.

»Yo le dije: “Al final solo permanece la sabiduría”.

»Pero apenas dije la palabra, soltó un grito horrible y, lanzándose hacia adelante, desapareció entre los árboles. No he vuelto a ver a este hombre ni a ningún otro hombre. Las virtudes de los sabios son de fino bronce. Wong-Hi».

«La próxima carta que he de leer», prosiguió Arthur Inglewood, «probablemente aclarará la naturaleza del curioso pero inocente experimento de nuestro cliente. Está fechada en un pueblo de montaña de California y dice así:»

«Señor: Una persona que respondía a la descripción bastante extraordinaria que se requiere pasó ciertamente, hace algún tiempo, por el alto paso de la Sierra en que vivo y del cual soy probablemente el úni-

co habitante estable. Tengo una taberna rudimentaria, más ruda que una choza, en la cima misma de este paso especialmente empinado y amenazador. Me llamo Louis Hara, y el nombre mismo puede desconcertarlo en cuanto a mi nacionalidad. Pues a mí me desconcierta mucho. Cuando uno lleva quince años sin sociedad, es difícil tener patriotismo; y donde no hay ni siquiera una aldea, es difícil inventar una nación. Mi padre era un irlandés de la clase más fiera y de gatillo más fácil de la vieja California. Mi madre era española, orgullosa de descender de las antiguas familias españolas de los alrededores de San Francisco, aunque se la acusaba, con todo, de cierta mezcla de sangre india. Recibí una buena educación y era aficionado a la música y a los libros. Pero, como muchos híbridos, fui demasiado bueno o demasiado malo para el mundo; y tras intentar muchas cosas me alegré bastante de obtener un sustento suficiente, aunque solitario, en esta tabernita de las montañas. En mi soledad adopté muchas de las costumbres de un salvaje. Como un esquimal, en invierno era un bulto sin forma; como un indio, en los veranos calurosos no llevaba más que un par de pantalones de cuero, con un gran sombrero de paja grande como una sombrilla para defenderme del sol. Tenía un cuchillo bowie en el cinturón y un fusil largo bajo el brazo; y supongo que producía una impresión bastante salvaje en los pocos viajeros pacíficos que lograban trepar hasta mi casa. Pero le prometo que nunca tuve un aspecto tan loco como el de ese hombre. Comparado con él, yo era la Quinta Avenida.

»Supongo que vivir bajo la cumbre misma de la Sierra tiene un efecto extraño en la mente; uno tiende a pensar en esas rocas solitarias no como picos que acaban en punta, sino más bien como pilares que sostienen el cielo mismo. Los acantilados rectos navegan hacia lo alto y más allá de la esperanza de las águilas; acantilados tan altos que parecen atraer las estrellas y recogerlas como los peñascos del mar recogen un mero destello de fósforo. Estas terrazas y torres de roca no parecen, como las crestas menores, el fin del mundo. Parecen más bien su temible comienzo: sus enormes cimientos. Casi podríamos imaginar la mon-

taña ramificándose sobre nosotros como un árbol de piedra y sosteniendo todas aquellas luces cósmicas como un candelabro. Pues así como los picos se nos escapaban, elevándose a una lejanía imposible, así las estrellas nos apretujaban (según parecía), acercándose de un modo imposible. Las esferas estallaban a nuestro alrededor más como rayos arrojados contra la tierra que como planetas que giran plácidamente en torno a ella.

»Todo esto puede haberme vuelto loco; no estoy seguro. Sé que hay un recodo del camino que baja el paso donde la roca se inclina un poco hacia afuera, y en noches de viento me parece oírla chocar sobre mi cabeza con otras rocas... sí, ciudad contra ciudad y ciudadela contra ciudadela, muy arriba en la noche. Fue en una noche así cuando el hombre extraño subió trabajosamente por el paso. En términos generales, solo hombres extraños subían trabajosamente por el paso. Pero nunca había visto a uno como este.

»Llevaba (no puedo concebir por qué) un largo rastrillo de jardín, desvencijado, todo barbudo y desgredado de hierbas, de modo que parecía la enseña de alguna antigua tribu bárbara. Su cabello, tan largo y áspero como la hierba, le colgaba por debajo de sus enormes hombros; y las ropas que le quedaban pegadas eran harapos y lenguas de rojo y amarillo, de modo que tenía el aire de ir vestido como un indio, con plumas u hojas de otoño. El rastrillo o la horca, o lo que fuera, lo usaba a veces como bastón de montaña, a veces (me dijeron) como arma. No sé por qué habría de usarlo como arma, pues tenía, y después me mostró, un excelente revólver de seis tiros en el bolsillo. “Pero *ese*”, dijo, “lo uso solo para fines pacíficos”. No tengo idea de qué quiso decir.

»Se sentó en el rudo banco de afuera de mi posada y bebió un poco de vino de los viñedos de abajo, suspirando de éxtasis por él como quien ha viajado mucho entre cosas ajenas y crueles y encuentra por fin algo que conoce. Luego se quedó mirando, con aire más bien necio, el tosco farol de plomo y vidrios de colores que cuelga sobre mi

puerta. Es viejo, pero sin valor; me lo dio mi abuela hace mucho: era devota, y sucede que el vidrio está pintado con una burda imagen de Belén y los Reyes Magos y la Estrella. Parecía tan hipnotizado por el resplandor transparente del vestido azul de Nuestra Señora y la gran estrella dorada de detrás, que me llevó también a mí a mirar aquello, cosa que no había hecho en catorce años.

»Luego apartó lentamente los ojos y miró hacia el este, donde el camino se hundía bajo nosotros. El cielo del ocaso era una bóveda de rico terciopelo, que se desvanecía en malva y plata en torno a los bordes del oscuro anfiteatro de montañas; y entre nosotros y el barranco de abajo se alzaba desde las honduras, y subía hasta las alturas, la roca recta y solitaria que llamamos el Dedo Verde. De un extraño color volcánico y arrugada toda ella con lo que parece una escritura indescifrable, colgaba allí como un pilar o una aguja babilónica.

»El hombre extendió en silencio su rastrillo en esa dirección, y antes de que hablara supe lo que quería decir. Más allá de la gran roca verde, en el cielo púrpura, colgaba una única estrella.

»“Una estrella en el oriente”, dijo con una voz extraña y ronca, como la de una de nuestras antiguas águilas. “Los sabios de Oriente siguieron la estrella y encontraron la casa. Pero si yo siguiera la estrella, ¿encontraría la casa?”.

»“Quizá depende”, dije sonriendo, “de si usted es un sabio”. Me abstuve de añadir que ciertamente no lo parecía.

»“Puede juzgarlo usted mismo”, respondió. “Soy un hombre que dejó su propia casa porque ya no podía soportar estar lejos de ella”.

»“Ciertamente suena paradójico”, dije.

»“Oía hablar a mi mujer y a mis hijos y los veía moverse por la habitación”, continuó, “y todo el tiempo sabía que andaban y hablaban en otra casa a miles de millas de distancia, bajo la luz de cielos distintos y más allá de la serie de los mares. Los amaba con un amor devorador, porque me parecían no solo distantes sino inalcanzables. Nunca criaturas humanas me parecieron tan queridas y tan deseables; pero

yo me sentía como un fantasma frío; por eso me sacudí su polvo de los pies en testimonio. Es más, hice algo más. Desprecié el mundo bajo mis pies, de modo que giró en un círculo completo como una rueda de andar de un penal”.

»“¿Quiere usted decir de veras”, exclamé, “que ha dado la vuelta entera al mundo? Su habla es inglesa, y sin embargo viene del oeste”.

»“Mi peregrinación aún no se ha cumplido”, respondió con tristeza. “Me he hecho peregrino para curarme de ser un desterrado”.

»Algo en la palabra “peregrino” despertó allá en las raíces de mi arruinada experiencia recuerdos de lo que mis antepasados habían sentido sobre el mundo, y de algo de donde yo vengo. Volví a mirar el pequeño farol pintado, que no había mirado en catorce años.

»“Mi abuela”, dije en voz baja, “habría dicho que todos estamos en destierro, y que ninguna casa terrenal puede curar la santa nostalgia del hogar que nos prohíbe descansar”.

»Guardó silencio largo rato y observó a una única águila que se alejaba a la deriva, más allá del Dedo Verde, hacia el vacío que oscurecía.

»Luego dijo: “Creo que su abuela tenía razón”, y se levantó apoyándose en su pértiga cubierta de hierba. “Creo que esa debe de ser la razón”, dijo, “el secreto de esta vida del hombre, tan extática y tan insatisfecha. Pero creo que hay algo más que decir. Creo que Dios nos ha dado el amor a lugares concretos, a un hogar y a una patria, por una buena razón”.

»“Supongo que sí”, dije. “¿Qué razón?”.

»“Porque de otro modo”, dijo, apuntando con su pértiga al cielo y al abismo, “podríamos adorar eso”.

»“¿Qué quiere decir?”, pregunté.

»“La eternidad”, dijo con su voz áspera, “el mayor de los ídolos, el más poderoso de los rivales de Dios”.

»“Se refiere al panteísmo y al infinito y todo eso”, sugerí.

»“Quiero decir”, dijo con creciente vehemencia, “que si hay una ca-

sa para mí en el cielo, tendrá una farola verde y un seto, o algo tan positivo y personal como una farola verde y un seto. Quiero decir que Dios me mandó amar un lugar y servirlo, y hacer todas las cosas, por salvajes que fueran, en alabanza suya, para que este único lugar fuera un testigo contra todos los infinitos y todos los sofismas, de que el Paraíso está en alguna parte y no en cualquier parte, es algo y no cualquier cosa. Y no me sorprendería mucho que la casa del cielo tuviera, después de todo, una auténtica farola verde”.

»Con lo cual se echó la pértiga al hombro y se fue a grandes zancadas por los peligrosos senderos de abajo, y me dejó a solas con las águilas. Pero desde que se fue, a menudo me sacude una fiebre de desarraigo. Me inquietan prados lluviosos y cabañas de barro que nunca he visto; y me pregunto si América durará. Suyo atentamente, Louis Hara».

Tras un breve silencio, Inglewood dijo: «Y, por último, deseamos presentar como prueba el siguiente documento:»

«Por la presente hago saber que soy Ruth Davis y que he sido criada de la señora I. Smith en “Los Laureles”, en Croydon, durante los últimos seis meses. Cuando llegué, la señora estaba sola, con dos niños; no era viuda, pero su marido estaba ausente. La dejaron con mucho dinero y no parecía inquieta por él, aunque a menudo esperaba que volviera pronto. Decía que era algo excéntrico y que un poco de cambio le hacía bien. Una tarde de la semana pasada yo sacaba las cosas del té al césped cuando casi se me cayeron. El extremo de un largo rastrojo apareció de pronto por encima del seto y se clavó como una pértiga de salto; y por encima del seto, igual que un mono en un palo, pasó un hombre enorme y horrible, todo peludo y andrajoso como Robinson Crusoe. Yo grité, pero mi señora ni siquiera se levantó de la silla, sino que sonrió y dijo que lo que él necesitaba era un afeitado. Luego se sentó muy tranquilo a la mesa del jardín y tomó una taza de té, y entonces comprendí que este debía de ser el mismo señor Smith. Desde entonces se ha quedado aquí y no da realmente mucho trabajo, aun-

que a veces me parece que anda un poco flojo de la cabeza. Ruth Davis.

»P. D. Olvidé decir que miró el jardín y dijo, muy fuerte y recio: “¡Oh, qué lugar tan hermoso tienes!”, igual que si nunca lo hubiera visto antes».

La sala se había ido poniendo oscura y soñolienta; el sol de la tarde enviaba un pesado rayo de oro pulverizado a través de ella, que caía con una solemnidad intangible sobre el asiento vacío de Mary Gray, pues las mujeres más jóvenes habían abandonado la sala antes de las más recientes investigaciones. La señora Duke seguía dormida e Innocent Smith, con aspecto de gran jorobado en la penumbra, se inclinaba más y más sobre sus juguetes de papel. Pero los cinco hombres que de verdad participaban en la controversia, y que no se preocupaban de convencer al tribunal sino de convencerse unos a otros, seguían sentados en torno a la mesa como el Comité de Salvación Pública.

De pronto Moses Gould golpeó un gran libro científico contra otro, subió sus piernecitas contra la mesa, echó la silla hacia atrás hasta correr peligro directo de caerse, emitió un silbido sorprendente y prolongado como el de una locomotora, y afirmó que todo aquello era puro cuento.

Cuando Moon le preguntó qué era puro cuento, volvió a golpear tras los libros y respondió con considerable excitación, desparramando sus papeles. «Todos esos cuentos de hadas que han estado leyendo», dijo. «¡Ah! No me hablen. Yo no soy literato ni nada de eso, pero reconozco un cuento de hadas cuando lo oigo. Me quedé un poco trabado en algunas partes filosóficas y me dieron ganas de salir a tomar un coñac con soda. Pero vivimos en West Hampstead y no en el infierno, y en resumidas cuentas, algunas cosas pasan y otras cosas no pasan. Estas son las cosas que no pasan».

«Yo pensaba», dijo Moon con gravedad, «que lo habíamos explicado con toda claridad...».

«Oh, sí, viejo amigo, lo explicaron con toda claridad», asintió el se-

ñor Gould con extraordinaria locuacidad. «Usted sería capaz de quitarme un elefante del umbral a puro explicar. Yo no soy un tipo inteligente como usted; pero tampoco soy un tonto de nacimiento, Michael Moon, y cuando hay un elefante en mi umbral no escucho explicaciones. “Trae un baúl”, digo yo. “Mi baúl”, dice usted: “me gusta viajar, y un cambio me hace bien”. “Pero si la maldita cosa tiene colmillos”, digo yo. “A caballo regalado no se le mira el diente”, dice usted, “antes bien dé gracias a la bondad y a la gracia que sobre su nacimiento han sonreído”. “Pero si es casi tan grande como la casa”, digo yo. “Es la condenada perspectiva”, dice usted, “y la sagrada magia de la distancia”. “Pero si el elefante está trompeteando como el Día del Juicio”, digo yo. “Es su propia conciencia que le habla, Moses Gould”, dice usted con voz grave y tierna. Pues bien, yo tengo conciencia tanto como usted. No me creo la mayoría de las cosas que le cuentan a uno en la iglesia los domingos; y tampoco creo estas de aquí, solo porque usted habla de ellas como si estuviera en la iglesia. Creo que un elefante es una bestia grande, fea y peligrosa, y creo que Smith es otra».

«¿Quiere usted decir», preguntó Inglewood, «que aún duda de las pruebas de descargo que hemos presentado?».

«Sí, todavía dudo», dijo Gould con calor. «Todo es un poco rebuscado, y algo está un poco demasiado lejos. ¿Cómo podemos comprobar todos esos cuentos? ¿Cómo podemos pasar a comprar el “Pink 'Un” en la estación de ferrocarril de Kosky Wosky o como se llame? ¿Cómo podemos ir a echarnos un trago en el bar de arriba de las montañas de la Sierra? Pero cualquiera puede ir a ver la pensión de Bunting en Worthing».

Moon lo miró con una expresión de sorpresa real o fingida.

«Cualquiera», continuó Gould, «puede visitar al señor Trip».

«Es un pensamiento reconfortante», respondió Michael con contención; «pero ¿por qué habría de visitar nadie al señor Trip?».

«Exactamente por la misma razón», gritó el excitado Moses, golpeando la mesa con ambas manos, «exactamente por la misma razón

por la que habría de ponerse en contacto con los señores Hanbury y Bootle, de Paternoster Row, y con la Academia de alta categoría de la señorita Gridley en Hendon, y con la vieja lady Bullingdon que vive en Penge».

«De nuevo, para ir de una vez a las raíces morales de la vida», dijo Michael, «¿por qué figura entre los deberes del hombre ponerse en contacto con la vieja lady Bullingdon, que vive en Penge?».

«No es uno de los deberes del hombre», dijo Gould, «ni uno de sus placeres, se lo aseguro. Esa se lleva la palma, lady Bullingdon de Penge. Pero es uno de los deberes de un fiscal que persigue la inocente e irreprochable carrera de mariposa de su amigo Smith, y lo mismo vale para todos los demás que mencioné».

«Pero ¿por qué trae usted aquí a esa gente?», preguntó Inglewood.

«¡Pues porque tenemos pruebas de sobra para hundir un vapor!», rugió Moses; «¡porque tengo los papeles en la mismísima mano; porque su precioso Innocent es un bribón y destructor de hogares, y estos son los hogares que ha destruido! No me las doy de santo, pero por nada del mundo querría tener a todas esas pobres muchachas en mi conciencia. Y creo que un tipo capaz de abandonarlas y quizá matarlas a todas es capaz también de forzar una casa o dispararle a un viejo maestro de escuela, así que no me importan mucho los otros cuentos, de una forma o de otra».

«Creo», dijo el doctor Cyrus Pym con una tos refinada, «que estamos abordando este asunto de manera algo irregular. Este es en realidad el cuarto cargo de la hoja de cargos, y quizá sea mejor que se lo exponga a ustedes de manera ordenada y científica».

Solo un débil gemido de Michael rompió el silencio de la sala que oscurecía.

IV. Las bodas locas, o la acusación de poligamia

«Un hombre moderno», dijo el doctor Cyrus Pym, «debe, si es reflexivo, abordar el problema del matrimonio con cierta cautela. El matrimonio es una etapa (sin duda una etapa adecuada) en el largo avance de la humanidad hacia una meta que todavía no podemos concebir, y que quizá ni siquiera estemos aún en condiciones de desear. ¿Cuál es, caballeros, la posición ética del matrimonio? ¿Lo hemos superado?».

«¿Superado?», estalló Moon; «¡pero si nadie ha sobrevivido nunca a él! Mire usted a toda la gente que se ha casado desde Adán y Eva, y todos tan muertos como una chuleta».

«Esta es sin duda una inter-pelación jocu-lar por su carácter», dijo el doctor Pym con frialdad. «No puedo saber cuál será la madura y ética opinión del señor Moon sobre el matrimonio...».

«Yo sí puedo decirlo», dijo Michael con ferocidad, desde la penumbra. «El matrimonio es un duelo a muerte que ningún hombre de honor debe rehusar».

«Michael», dijo Arthur Inglewood en voz baja, «*debes* guardar silencio».

«El señor Moon», dijo Pym con exquisito buen humor, «probablemente considera la institución de un modo más anticuado. Probablemente la haría estricta y uniforme. Trataría el divorcio de un alma grande y de acero (el divorcio de un Julio César o de un Salt Ring Robinson) exactamente como trataría a cualquier vagabundo o jornalero de tres al cuarto que se larga y deja a su mujer. La ciencia tiene miras más amplias y humanas. Así como el asesinato es para el científico una sed de destrucción absoluta, así como el robo es para el científico un hambre de adquisición monótona, así la poligamia es para el científico un desarrollo extremo del instinto de variedad. Un hombre así afligido es incapaz de constancia. Sin duda hay una causa física para este

revolotear de flor en flor, como la hay, sin duda, para el gemido intermitente que en este momento parece afligir al señor Moon. Nuestro Winterbottom, que desdeña el mundo, ha llegado a atreverse a decir: “Para cierto tipo físico raro y fino, la poligamia no es sino la realización de la variedad de las hembras, así como el compañerismo es la realización de la variedad de los varones”. En todo caso, el tipo que tiende a la variedad es reconocido por todos los investigadores de autoridad. Ese tipo, si es viudo de una negra, desposa en muchos casos comprobados *en seconde nocces* a un albino; ese tipo, una vez libre de los gigantescos abrazos de una patagona, hará surgir a menudo de su propio instinto imaginativo la figura consoladora de un esquimal. A ese tipo pertenece sin duda alguna el prisionero. Si un destino ciego y una tentación insoportable constituyen alguna ligera excusa para un hombre, no cabe duda de que él cuenta con esas excusas.

»Antes, en la investigación, la defensa mostró un verdadero idealismo caballeresco al admitir la mitad de nuestro relato sin más disputa. Quisiéramos reconocer e imitar un estilo tan eminentemente generoso concediendo también que lo narrado por el coadjutor Percy sobre la canoa, la presa y la joven esposa parece sustancialmente cierto. Al parecer Smith se casó con una joven a la que casi había atropellado con un bote; solo queda por considerar si no habría sido más piadoso de su parte asesinarla en lugar de casarse con ella. En confirmación de este hecho puedo ahora conceder a la defensa un registro indudable de tal matrimonio».

Dicho esto, le pasó a Michael un recorte de la *Gaceta de Maidenhead* que registraba con toda claridad el matrimonio de la hija de un «preparador», un tutor muy conocido en el lugar, con el señor Innocent Smith, antiguo miembro del Colegio Brakespeare, de Cambridge.

Cuando el doctor Pym retomó la palabra, se advirtió que su rostro se había vuelto a la vez trágico y triunfante.

«Me detengo en este hecho pre-liminar», dijo con seriedad, «porque este hecho por sí solo nos daría la victoria, si aspiráramos a la victoria

y no a la verdad. En lo que atañe al problema personal y doméstico, ese problema está resuelto. El doctor Warner y yo entramos en esta casa en un instante de dificultad sumamente emotiva. Warner, orgullo de Inglaterra, ha entrado en muchas casas para salvar a la humanidad de la enfermedad; esta vez entró para salvar a una dama inocente de una peste ambulante. Smith estaba a punto de llevarse de esta casa a una joven; su coche y su maleta estaban en la misma puerta. Le había dicho que iba a esperar la licencia matrimonial en casa de su tía. Esa tía», continuó Cyrus Pym, ensombreciéndose su rostro con grandeza, «esa tía visionaria había sido el fuego fatuo danzante que condujo a su perdición a más de una doncella de alma elevada. ¿En cuántos oídos virginales ha susurrado él esa santa palabra? Cuando decía “tía”, resplandecían en torno a la joven toda la alegría y la alta moralidad del hogar anglosajón. Las teteras empezaban a canturrear, los gatitos a ronronear, en aquel coche desbocado que era conducido a la perdición».

Inglewood levantó la vista y descubrió, para su asombro (como tantos otros habitantes del hemisferio oriental), que el norteamericano no solo hablaba con perfecta seriedad, sino que era realmente elocuente y conmovedor, una vez ajustada la diferencia de los hemisferios.

«Es, pues, atrozmente evidente que el hombre Smith se ha presentado al menos ante una mujer inocente de esta casa como un soltero casadero, siendo en realidad un hombre casado. Estoy de acuerdo con mi colega, el señor Gould, en que ningún otro crimen puede aproximarse a este. En cuanto a si lo que nuestros antepasados llamaban pureza tiene algún valor ético último, la ciencia, en efecto, vacila, con una vacilación alta y orgullosa. Pero ¿qué vacilación puede haber sobre la bajeza de un ciudadano que se atreve, mediante brutales experimentos con hembras vivas, a anticipar el veredicto de la ciencia en tal punto?

»La mujer mencionada por el coadjutor Percy como residente con Smith en Highbury puede ser o no la misma dama con quien se casó

en Maidenhead. Si un breve y dulce período de constancia y reposo del corazón interrumpió el torrente desbocado de su vida disoluta, no lo privaremos de esa posibilidad tan lejana. Después de esa fecha conjetural, ¡ay!, parece haberse hundido cada vez más en los trémulos pantanos de la infidelidad y la vergüenza».

El doctor Pym cerró los ojos, pero el desafortunado hecho de que no quedara más luz dejó esta señal familiar sin su pleno y debido efecto moral. Tras una pausa que casi tenía carácter de oración, continuó.

«El primer caso de las bodas repetidas e irregulares del acusado», exclamó, «proviene de lady Bullingdon, que se expresa con la alta altivez que debe disculparse en quienes contemplan a toda la humanidad desde las torres de un castillo normando y ancestral. La comunicación que nos ha enviado dice así:»

«Lady Bullingdon recuerda el doloroso incidente al que se hace referencia y no desea tratarlo en detalle. La muchacha Polly Green era una modista del todo adecuada y vivió en el pueblo unos dos años. Su condición de persona sin vínculos era mala para ella y para la moralidad general del pueblo. Lady Bullingdon, por tanto, dio a entender que veía con buenos ojos el matrimonio de la joven. Los aldeanos, naturalmente deseosos de complacer a lady Bullingdon, se presentaron en varios casos; y todo habría ido bien de no ser por la deplorable excentricidad o depravación de la propia muchacha Green. Lady Bullingdon supone que donde hay un pueblo debe haber un tonto del pueblo, y en el suyo, al parecer, había una de esas desdichadas criaturas. Lady Bullingdon solo lo vio una vez, y es muy consciente de que en verdad resulta difícil distinguir entre los idiotas propiamente dichos y el tipo corriente, tosco, de las clases bajas rurales. Notó, sin embargo, la asombrosa pequeñez de su cabeza en comparación con el resto del cuerpo; y, en efecto, el hecho de que se hubiera presentado el día de las elecciones luciendo la escarapela de los dos partidos contrarios le parece a lady Bullingdon dejar el asunto fuera de toda duda. Lady Bullingdon quedó pasmada al saber que este ser afligido se había presentado co-

mo uno de los pretendientes de la joven en cuestión. El sobrino de lady Bullingdon interrogó al miserable sobre el punto, diciéndole que era un “burro” por soñar con tal cosa, y recibió, junto con una sonrisa imbécil, la respuesta de que los burros suelen ir tras las zanahorias. Pero lady Bullingdon se asombró aún más al ver que la desdichada joven se inclinaba a aceptar esta monstruosa proposición, aunque Garth, el empresario de pompas fúnebres, hombre de posición muy superior a la de ella, la había pedido realmente en matrimonio. Lady Bullingdon no podía, por supuesto, consentir ni por un momento tal arreglo, y los dos desdichados se fugaron para casarse clandestinamente. Lady Bullingdon no recuerda con exactitud el nombre del hombre, pero cree que era Smith. En el pueblo siempre lo llamaron el Inocente. Más tarde, lady Bullingdon cree que asesinó a Green en un arrebató mental».

«La siguiente comunicación», prosiguió Pym, «destaca más por su brevedad, pero opino que transmitirá adecuadamente el resultado. Lleva fecha de las oficinas de los señores Hanbury y Bootle, editores, y dice así:»

«Señor: Recibida suya y anotado su contenido. El rumor sobre la mecanógrafa se refiere posiblemente a una señorita Blake o nombre parecido, que dejó esta casa hace nueve años para casarse con un organillero. El caso fue sin duda curioso y llamó la atención de la policía. La joven trabajó excelentemente hasta octubre de 1907 aproximadamente, cuando al parecer enloqueció. Se redactó entonces un informe, del que adjunto parte. Suyo, etc., W. Trip.

»La declaración más extensa dice así:

»El 12 de octubre se envió desde esta oficina una carta a los señores Bernard y Juke, encuadernadores. Abierta por el señor Juke, se encontró que contenía lo siguiente: “Señor: nuestro señor Trip pasará a las 3, pues deseamos saber si realmente está decidido 00000073bb!!!!xy”. A lo cual el señor Juke, persona de espíritu juguetón, devolvió la respuesta: “Señor: estoy en condiciones de dar como mi opinión más decidida que no está realmente decidido que 00000073bb!!!!xy. Su-

yo, etc., J. Juke”.

»Al recibir esta extraordinaria respuesta, nuestro señor Trip pidió la carta original que él había enviado, y descubrió que la mecanógrafa había sustituido en efecto por estos jeroglíficos dementes las frases que realmente se le habían dictado. Nuestro señor Trip interrogó a la joven, temiendo que se hallara en un estado de desequilibrio, y no quedó muy tranquilizado cuando ella se limitó a comentar que siempre se ponía así cuando oía el organillo. Volviéndose aún más histérica y extravagante, hizo una serie de afirmaciones muy inverosímiles, como que estaba comprometida con el hombre del organillo, que él solía dedicarle serenatas con ese instrumento, que ella solía responderle tocando la máquina de escribir (al estilo del rey Ricardo y Blondel), y que el oído musical del organillero era tan exquisito y su adoración por ella tan ardiente que podía distinguir la nota de las diferentes letras de la máquina, y se extasiaba con ellas como con una melodía. A todas estas afirmaciones, por supuesto, nuestro señor Trip y el resto de nosotros solo respondimos con esa clase de asentimiento que se concede a las personas que deben ser puestas lo antes posible al cuidado de sus parientes. Pero cuando acompañábamos a la señorita escaleras abajo, su relato recibió la más sorprendente e incluso exasperante confirmación; pues el organillero, un hombre enorme de cabeza pequeña y manifiestamente otro lunático, había empujado su organillo por las puertas de la oficina como un ariete y reclamaba a voz en cuello a su presunta *fiancée*. Cuando yo mismo llegué a la escena, agitaba sus grandes brazos de simio y le recitaba un poema. Pero estábamos acostumbrados a que vinieran lunáticos a recitar poemas en nuestra oficina, y no estábamos del todo preparados para lo que siguió. El verso que pronunció empezaba, creo,

“Oh cabeza vívida, inviolada,
ceñida...”

pero no llegó más lejos. El señor Trip hizo un movimiento brusco hacia él, y al instante siguiente el gigante levantó a la pobre señorita mecanógrafa como a una muñeca, la sentó encima del organillo, lo sacó con estrépito por las puertas de la oficina y echó a correr calle abajo como una carretilla voladora. Puse a la policía tras el asunto, pero no se encontró rastro de la asombrosa pareja. Yo mismo lo sentí, pues la señorita era no solo agradable, sino inusualmente culta para su puesto. Como dejo el servicio de los señores Hanbury y Bootle, consigno estas cosas en un informe y se lo entrego a ellos. (Firmado) Aubrey Clarke, lector de la editorial».

«Y el último documento», dijo el doctor Pym con complacencia, «es de una de esas mujeres de alma elevada que en esta época han introducido a su juventud femenina inglesa en el hockey, las matemáticas superiores y toda forma de idealidad:»

«Muy señor mío (escribe): No tengo inconveniente en contarle los hechos sobre el absurdo incidente que menciona; aunque le rogaría que los comunique con cierta cautela, pues tales cosas, por entretenidas que sean en abstracto, no siempre favorecen el éxito de un colegio de señoritas. La verdad es esta: necesitaba a alguien que diera una conferencia sobre una cuestión filológica o histórica, una conferencia que, sin dejar de contener materia educativa sólida, fuera un poco más popular y entretenida que de costumbre, por ser la última conferencia del trimestre. Recordé que un señor Smith, de Cambridge, había escrito en alguna parte un ameno ensayo sobre su propio nombre, un tanto ubicuo, ensayo que mostraba considerables conocimientos de genealogía y topografía. Le escribí pidiéndole que viniera a darnos una brillante charla sobre los apellidos ingleses; y vino. Fue muy brillante, casi demasiado brillante. Dicho de otro modo, cuando iba por la mitad, a las demás profesoras y a mí nos resultó evidente que el hombre estaba total y absolutamente fuera de sí. Empezó con bastante sensatez tratando los dos apartados de los nombres de lugar y los nombres de oficio, y dijo (con toda razón, diría yo) que la pérdida de todo significado en

los nombres era un ejemplo del embotamiento de la civilización. Pero luego pasó con calma a sostener que todo hombre con nombre de lugar debía ir a vivir a ese lugar, y que todo hombre con nombre de oficio debía adoptar al instante ese oficio; que las personas con nombre de color debían vestir siempre de ese color, y que las que llevan nombre de árboles o plantas (como Beech o Rose) debían rodearse y adornarse con esos vegetales. En una breve discusión que surgió después entre las alumnas mayores se señalaron con claridad, e incluso con entusiasmo, las dificultades de la propuesta. La señorita Younghusband adujo, por ejemplo, que le era sustancialmente imposible representar el papel que se le asignaba; la señorita Mann se hallaba en un dilema similar, del cual ninguna idea moderna sobre los sexos parecía poder sacarla; y algunas señoritas cuyos apellidos eran Low, Coward y Craven se mostraron muy entusiastas en contra de la idea. Pero todo esto ocurrió después. Lo que ocurrió en el momento crucial fue que el conferenciante sacó de su bolsa varias herraduras y un gran martillo de hierro, anunció su inmediata intención de instalar una herrería en las cercanías y llamó a todos a levantarse por la misma causa como en una revolución heroica. Las demás profesoras y yo intentamos detener al desdichado, pero debo confesar que, por accidente, esta misma intercesión produjo la peor explosión de su demencia. Agitaba el martillo y exigía enloquecido el nombre de todos; y ocurrió que la señorita Brown, una de las profesoras jóvenes, llevaba un vestido marrón, un vestido pardo rojizo que iba muy discretamente con el color más cálido de su cabello, como ella bien sabía. Era una buena muchacha, y las buenas muchachas sí saben de esas cosas. Pero cuando nuestro maníaco descubrió que de veras teníamos una señorita Brown que *era* marrón, su *idée fixe* estalló como un polvorín, y allí, ante todas las profesoras y alumnas, le propuso públicamente matrimonio a la dama del vestido pardo rojizo. Puede imaginar el efecto de semejante escena en un colegio de señoritas. Al menos, si usted no logra imaginarlo, yo ciertamente no logro describirlo.

»Por supuesto, la anarquía se apaciguó en una semana o dos, y ahora puedo pensar en ella como en una broma. Hubo un solo detalle curioso, que le contaré, ya que dice que su investigación es vital; pero desearía que lo considerara algo más confidencial que el resto. La señorita Brown, que era en todo sentido una excelente muchacha, nos dejó de manera bastante repentina y subrepticia solo uno o dos días después. Nunca habría pensado que su cabeza sería la que de veras se trastornara con una excitación tan absurda. Quedo de usted atentamente, Ada Gridley».

«Creo», dijo Pym, con una sencillez y una seriedad realmente convincentes, «que estas cartas hablan por sí mismas».

El señor Moon se puso de pie por última vez, en una oscuridad que no dejaba adivinar si su gravedad natural iba mezclada con su ironía natural.

«A lo largo de esta investigación», dijo, «pero especialmente en esta su fase final, la acusación se ha apoyado de continuo en un solo argumento; me refiero al hecho de que nadie sabe qué ha sido de todas las desdichadas mujeres aparentemente seducidas por Smith. No hay ninguna clase de prueba de que fueran asesinadas, pero esa implicación se hace de continuo cuando se pregunta cómo murieron. Ahora bien, a mí no me interesa cómo murieron, ni cuándo murieron, ni si murieron. Pero me interesa otra pregunta análoga: la de cómo nacieron, y cuándo nacieron, y si nacieron. No me malinterpreten. No discuto la existencia de estas mujeres, ni la veracidad de quienes han dado testimonio de ellas. Me limito a señalar el notable hecho de que solo una de estas víctimas, la muchacha de Maidenhead, se describe como dotada de hogar o de padres. Todas las demás son huéspedes o aves de paso: una invitada, una modista solitaria, una joven soltera que trabaja de mecanógrafa. Lady Bullingdon, mirando desde sus torres, que compró a los Wharton con el dinero del viejo fabricante de jabón cuando se lanzó a casarse con un caballero fracasado de Ulster, lady Bullingdon, digo, mirando desde esas torres, vio realmente un objeto que des-

cribe como Green. El señor Trip, de Hanbury y Bootle, realmente tuvo una mecanógrafa prometida a Smith. La señorita Gridley, aunque idealista, es absolutamente honrada. Realmente alojó, alimentó y educó a una joven a quien Smith logró llevarse con engaños. Admitimos que todas estas mujeres vivieron de verdad. Pero seguimos preguntando si alguna vez nacieron».

«¡Ay, caray!», dijo Moses Gould, ahogado de risa.

«Difícilmente podría haber», interpuso Pym con una sonrisa tranquila, «mejor ejemplo del descuido del verdadero proceso científico. El científico, una vez convencido del hecho de la vitalidad y la conciencia, inferiría de estas el proceso previo de generación».

«Si esas chicas», dijo Gould con impaciencia, «si esas chicas estaban todas vivas (¡vivitas y coleando!), apuesto cinco libras a que todas nacieron».

«Perdería usted sus cinco libras», dijo Michael, hablando con gravedad desde la penumbra. «Todas esas admirables señoras estaban vivas. Estaban más vivas por haber entrado en contacto con Smith. Todas estaban perfectamente vivas, pero solo una de ellas llegó a nacer».

«¿Nos pide usted que creamos...?», empezó el doctor Pym.

«Le hago una segunda pregunta», dijo Moon con severidad. «¿Puede este tribunal que ahora sesiona arrojar alguna luz sobre una circunstancia verdaderamente singular? El doctor Pym, en su interesante conferencia sobre lo que se llama, creo, las relaciones entre los sexos, dijo que Smith era esclavo de un ansia de variedad que llevaría a un hombre primero a una negra y luego a un albino, primero a una gigante patagónica y luego a un diminuto esquimal. Pero ¿hay aquí alguna evidencia de tal variedad? ¿Hay algún rastro de una patagónica gigantesca en la historia? ¿Era esquimal la mecanógrafa? Una circunstancia tan pintoresca no habría escapado ciertamente a la observación. ¿Era negra la modista de lady Bullingdon? Una voz en mi pecho responde: “¡No!”. Lady Bullingdon, estoy seguro, encontraría a una negra tan llamativa que casi sería socialista, y sentiría algo un poco libertino incluso en un

albino.

»Pero ¿había en el gusto de Smith alguna variedad como la que describe el sabio doctor? Hasta donde alcanzan nuestros escasos materiales, parece ser exactamente lo contrario. Solo tenemos una descripción real de alguna de las esposas del prisionero: el relato breve pero muy poético del coadjutor esteta. “Su vestido era del color de la primavera, y su cabello, de hojas de otoño”. Las hojas de otoño, por supuesto, son de colores diversos, algunos de los cuales resultarían bastante chocantes en un cabello (el verde, por ejemplo); pero creo que tal expresión se usaría de modo más natural para los matices que van del pardo rojizo al rojo, sobre todo porque las señoras de cabello cobrizo suelen llevar verdes claros y artísticos. Ahora bien, cuando llegamos a la siguiente esposa, encontramos al amante excéntrico, al decírsele que es un burro, respondiendo que los burros siempre van tras las zanahorias; observación que lady Bullingdon evidentemente consideró sin sentido y parte de la charla natural de sobremesa de un tonto de pueblo, pero que tiene un sentido obvio si suponemos que el cabello de Polly era rojo. Pasando a la siguiente esposa, la que sacó del colegio de señoritas, hallamos que la señorita Gridley observa que la colegiala en cuestión llevaba “un vestido pardo rojizo, que iba muy discretamente con el color más cálido de su cabello”. En otras palabras, el color del cabello de la muchacha era algo más rojo que el pardo rojizo. Por último, el romántico organillero declamó en la oficina unos versos que solo llegaron hasta las palabras:

“Oh cabeza vívida, inviolada,
ceñida...”

Pero creo que un amplio estudio de los peores poetas modernos nos permitirá adivinar que “ceñida de gloria colorada” o “ceñida de su pasión encarnada” era el verso que rimaba con “inviolada”. En este caso, pues, una vez más hay buenas razones para suponer que Smith se ena-

moró de una muchacha de cabello de algún tono castaño rojizo o rojo oscuro, más bien», dijo, mirando la mesa, «más bien como el cabello de la señorita Gray».

Cyrus Pym se inclinaba hacia adelante con los párpados bajos, dispuesto a soltar una de sus interpelaciones más pedantes; pero Moses Gould se dio de pronto un golpe con el índice en la nariz, con una expresión de extremo asombro e inteligencia en sus ojos brillantes.

«La tesis actual del señor Moon», interpuso Pym, «no es, aun siendo veraz, incompatible con la visión lunático-criminal de I. Smith, que hemos enarbolado como bandera. La ciencia anticipó hace tiempo una complicación así. Una atracción incurable por un tipo particular de mujer física es una de las per-versiones criminales más comunes, y cuando no se la considera estrechamente, sino a la luz de la inducción y la evolución...».

«En esta etapa tardía», dijo Michael Moon con mucha calma, «quizá pueda desahogar una simple emoción que me ha estado apremiando durante todo el procedimiento diciendo que la inducción y la evolución pueden irse a freír espárragos. El Eslabón Perdido y todo eso está muy bien para los niños, pero yo hablo de cosas que aquí conocemos. Todo lo que sabemos del Eslabón Perdido es que está perdido, y tampoco se lo echará de menos. Conozco muy bien su cabeza humana y su horrible cola; pertenecen a un juego muy antiguo llamado “Cara gano yo, cruz pierdes tú”. Si uno encuentra los huesos de un tipo, eso prueba que vivió hace mucho; si no se los encuentra, eso prueba cuánto hace que vivió. Ese es el juego al que han jugado con este asunto de Smith. Como la cabeza de Smith es pequeña para sus hombros, ustedes lo llaman microcéfalo; si hubiera sido grande, habrían dicho que tenía agua en el cerebro. Mientras el serrallo del pobre viejo Smith parecía bastante variado, la variedad era señal de locura; ahora, porque resulta ser algo monocromo, ahora la monotonía es señal de locura. Sufro todas las desventajas de ser una persona adulta, y pienso, vaya que sí, obtener también algunas de las ventajas; y con toda cortesía me pro-

pongo no dejarme intimidar con palabras largas en lugar de razones cortas, ni considerar su asunto un avance triunfal solo porque siempre descubren que se equivocaban. Habiéndome desahogado de estos sentimientos, solo me resta añadir que considero al doctor Pym un adorno del mundo mucho más hermoso que el Partenón o el monumento de Bunker Hill, y que me propongo retomar y concluir mis observaciones sobre los muchos matrimonios del señor Innocent Smith.

»Además de este cabello rojo, hay otro hilo unificador que recorre estos incidentes dispersos. Hay algo muy peculiar y sugerente en los nombres de estas mujeres. El señor Trip, recordarán, dijo que creía que el nombre de la mecanógrafa era Blake, pero no lo recordaba con exactitud. Sugiero que pudo haber sido Black, y en ese caso tenemos una curiosa serie: la señorita Green en el pueblo de lady Bullingdon; la señorita Brown en la escuela de Hendon; la señorita Black en los editores. Un acorde de colores, por así decirlo, que termina con la señorita Gray en Beacon House, West Hampstead».

En medio de un silencio sepulcral, Moon prosiguió su exposición. «¿Qué significa esta extraña coincidencia de los colores? Personalmente no puedo dudar ni por un momento de que estos nombres son nombres puramente arbitrarios, asumidos como parte de algún plan o broma general. Me parece muy probable que se hayan tomado de una serie de trajes: que Polly Green solo quería decir Polly (o Mary) de verde, y que Mary Gray solo quiere decir Mary (o Polly) de gris. Esto explicaría...».

Cyrus Pym estaba de pie, rígido y casi pálido. «¿Pretende usted realmente sugerir...?», exclamó.

«Sí», dijo Michael; «sí pretendo sugerirlo. Innocent Smith ha tenido muchos cortejos, y por lo que sé muchas bodas, pero ha tenido una sola esposa. Estaba sentada en esa silla hace una hora, y ahora conversa con la señorita Duke en el jardín.

»Sí, Innocent Smith se ha comportado aquí, como en cientos de otras ocasiones, conforme a un principio sencillo y perfectamente irre-

prochable. Es extraño y extravagante en el mundo moderno, pero no más de lo que lo sería cualquier otro principio aplicado con sencillez en el mundo moderno. Su principio se puede enunciar con facilidad: se niega a morir mientras aún está vivo. Busca recordarse, con cada descarga eléctrica al intelecto, que todavía es un hombre vivo que camina sobre dos piernas por el mundo. Por eso dispara balas contra sus mejores amigos; por eso dispone escaleras y chimeneas plegables para robar su propia propiedad; por eso se pone a caminar penosamente alrededor de todo un planeta para volver a su propia casa; y por eso ha tenido la costumbre de tomar a la mujer a quien amaba con una lealtad permanente y dejarla por ahí (por así decirlo) en colegios, pensiones y lugares de trabajo, para poder recuperarla una y otra vez con una incursión y una fuga romántica. Buscó seriamente, mediante una perpetua reconquista de su novia, mantener vivo el sentido de su perpetuo valor y de los peligros que debían correrse por ella.

»Hasta aquí sus motivos son bastante claros; pero quizá sus convicciones no lo sean tanto. Creo que Innocent Smith tiene una idea en el fondo de todo esto. No estoy en absoluto seguro de creerla yo mismo, pero estoy completamente seguro de que vale la pena que un hombre la exprese y la defienda.

»La idea que Smith ataca es esta. Al vivir en una civilización enmarañada, hemos llegado a considerar malas ciertas cosas que no lo son en absoluto. Hemos llegado a considerar malos el estallido y la exuberancia, el golpear y el atropellar, el hacer tonterías y el destrozar. En sí mismos no solo son perdonables, sino intachables. No hay nada malvado en disparar una pistola, incluso a un amigo, mientras no se tenga intención de acertarle y se sepa que no se le acertará. No es peor que arrojar un guijarro al mar; lo es menos, pues de vez en cuando uno sí le acierta al mar. No hay nada malo en derribar a golpes el cañón de una chimenea y atravesar un tejado, mientras no se dañe la vida ni la propiedad de otros hombres. No es peor elegir entrar a una casa por arriba que elegir abrir un cajón de embalaje por abajo. No hay nada

malvado en dar la vuelta al mundo y regresar a la propia casa; no es más malvado que dar la vuelta al jardín y regresar a la propia casa. Y no hay nada malvado en recoger a la propia esposa aquí, allá y en todas partes, si, renunciando a todas las demás, uno se atiene solo a ella mientras ambos vivan. Es tan inocente como jugar a las escondidas en el jardín. Ustedes asocian tales actos con la canallada por una simple asociación esnob, como piensan que hay algo vagamente vil en entrar (o ser visto entrando) a una casa de empeños o a una taberna. Piensan que hay algo sórdido y vulgar en tal relación. Se equivocan.

»El poder espiritual de este hombre ha sido precisamente este: haber distinguido entre costumbre y credo. Ha roto las convenciones, pero ha guardado los mandamientos. Es como si se encontrara a un hombre jugando desenfrenadamente en un garito y se descubriera que solo juega por botones de pantalón. Es como si se encontrara a un hombre concertando una cita clandestina con una dama en un baile de Covent Garden y luego se descubriera que era su abuela. Todo es feo y deshonesto, salvo los hechos; todo en él está mal, salvo que no ha hecho nada malo.

»Se preguntará entonces: “¿Por qué Innocent Smith prolonga hasta bien entrada su madurez una existencia de farsa que lo expone a tantas acusaciones falsas?”. A esto solo respondo que lo hace porque de veras es feliz, porque de veras está alegre, porque de veras es un hombre y está vivo. Es tan joven que trepar a los árboles del jardín y hacer bromas pesadas y tontas siguen siendo para él lo que una vez fueron para todos nosotros. Y si me preguntan una vez más por qué solo él entre los hombres ha de alimentarse de tan inagotables locuras, tengo una respuesta muy simple, aunque no será aprobada.

»No hay más que una respuesta, y lamento si no les gusta. Si Innocent es feliz, es porque *es* inocente. Si puede desafiar las convenciones, es precisamente porque puede guardar los mandamientos. Es precisamente porque no quiere matar, sino despertar a la vida, que una pistola le resulta todavía tan excitante como a un colegial. Es precisamente

porque no quiere robar, porque no codicia los bienes de su prójimo, que ha dado con el secreto (¡ah, cuánto lo anhelamos todos!), el secreto de codiciar sus propios bienes. Es precisamente porque no quiere cometer adulterio que logra el romance del sexo; es precisamente porque ama a una sola esposa que tiene cien lunas de miel. Si realmente hubiera asesinado a un hombre, si realmente hubiera abandonado a una mujer, no sería capaz de sentir que una pistola o una carta de amor eran como una canción, al menos no una canción cómica».

«No imaginen, por favor, que una actitud así me resulta fácil o ape-la de algún modo particular a mis simpatías. Soy irlandés, y hay cierta tristeza en mis huesos, engendrada ya por las persecuciones de mi credo, ya por mi credo mismo. Hablando a título personal, siento como si el hombre estuviera atado a la tragedia y no hubiera salida de la trampa de la vejez y la duda. Pero si hay una salida, entonces, por Cristo y san Patricio, esta es la salida. Si uno pudiera mantenerse tan feliz como un niño o un perro, sería siendo tan inocente como un niño o tan libre de pecado como un perro. Ser bueno, escueta y brutalmente, ese puede ser el camino, y él puede haberlo hallado. Bueno, bueno, bueno, veo una mirada de escepticismo en el rostro de mi viejo amigo Moses. El señor Gould no cree que ser perfectamente bueno en todos los aspectos haría alegre a un hombre».

«No», dijo Gould, con una gravedad insólita y convincente; «no creo que ser perfectamente bueno en todos los aspectos haga alegre a un hombre».

«Bien», dijo Michael en voz baja, «¿me dirá una cosa? ¿Cuál de nosotros lo ha intentado alguna vez?».

Siguió un silencio, parecido al silencio de alguna larga época geológica que espera la aparición de algún tipo inesperado; pues por fin se alzó en la quietud una figura maciza que los demás casi habían olvidado por completo.

«Bien, caballeros», dijo el doctor Warner con jovialidad, «llevo un par de días bastante entretenido con toda esta payasada sin sentido e

incompetente, pero parece que ya se está gastando, y tengo un compromiso: una cena en la City. Entre las cien flores de futilidad de ambos bandos no logré detectar ninguna razón por la que se deba permitir que un lunático me dispare por la espalda en el jardín de atrás».

Se había calzado el sombrero de copa sobre la cabeza y salido, navegando con placidez, hacia la puerta del jardín, mientras la voz casi gemebunda de Pym lo seguía todavía: «Pero en verdad la bala falló a varios pies de distancia». Y otra voz añadió: «La bala falló a varios años de distancia».

Hubo un largo silencio, en su mayor parte sin sentido, y entonces Moon dijo de pronto: «Hemos estado sentados con un fantasma. El doctor Herbert Warner murió hace años».

V. Cómo se fue el gran viento de Beacon House

Mary paseaba lentamente entre Diana y Rosamund, arriba y abajo por el jardín; estaban calladas, y el sol se había puesto. Los espacios de luz de día que aún quedaban abiertos en el oeste eran de un blanco de tono cálido que no puede compararse con nada más que con un queso crema; y las líneas de nubes plumosas que los cruzaban tenían una pátina violeta suave pero vívida, como humo violeta. Todo el resto de la escena se deslizaba y se desvanecía en un gris de paloma, y parecía fundirse y ascender hacia la figura gris oscura de Mary, de modo que ella parecía vestida del jardín y de los cielos. Había algo en estos últimos colores tranquilos que le daba un marco y una supremacía; y el crepúsculo, que ocultaba la figura más majestuosa de Diana y el atavío más vistoso de Rosamund, la mostraba y la realzaba a ella, dejándola como la señora del jardín, y sola.

Cuando por fin hablaron, era evidente que se reanudaba una conversación que se había apagado hacía rato.

«Pero ¿adónde la lleva su marido?», preguntó Diana con su voz práctica.

«A casa de una tía», dijo Mary; «ese es justo el chiste. De verdad hay una tía, y dejamos a los niños con ella cuando arreglé que me echaran de la otra pensión, calle abajo. Nunca tomamos más de una semana de este tipo de vacaciones, pero a veces tomamos dos juntas».

«¿A la tía le importa mucho?», preguntó Rosamund con inocencia. «Claro que supongo que es muy estrecho de miras y... ¿cómo era esa otra palabra?, ya sabe, lo que era Goliat, pero he conocido muchas tías que lo encontrarían... bueno, tonto».

«¿Tonto?», exclamó Mary con gran cordialidad. «¡Ay, mi sombrero de los domingos! ¡Claro que me parece tonto! Pero ¿qué espera? Es de verdad un buen hombre, y podrían haber sido serpientes o algo así».

«¿Serpientes?», preguntó Rosamund, con un interés algo desconcertado.

«El tío Harry tenía serpientes y decía que lo querían», respondió Mary con perfecta sencillez. «La tía le dejaba tenerlas en los bolsillos, pero no en el dormitorio».

«Y usted...», empezó Diana, frunciendo un poco sus oscuras cejas.

«Ay, yo hago como la tía», dijo Mary; «mientras no estemos lejos de los niños más de una quincena seguida, yo sigo el juego. Él me llama “Hombrevivo”; y hay que escribirlo todo en una palabra, o se desconcierta del todo».

«Pero si los hombres quieren cosas así...», empezó Diana.

«¡Ay, de qué sirve hablar de los hombres!», exclamó Mary con impaciencia; «vaya, tanto daría ser una de esas novelistas o alguna otra cosa horrible. No existen los hombres. No hay tales personas. Hay un hombre; y sea quien sea, es del todo distinto».

«Entonces no hay seguridad», dijo Diana en voz baja.

«Ay, no sé», respondió Mary con bastante ligereza; «solo hay dos cosas que se pueden decir de ellos en general. En ciertos momentos curiosos son justo aptos para cuidarnos, y nunca son aptos para cuidarse a sí mismos».

«Se está levantando un vendaval», dijo Rosamund de pronto. «Miren esos árboles de allá, muy lejos, y las nubes que van más rápido».

«Sé en qué están pensando», dijo Mary; «y no sean tontas de remate. No escuchen a las novelistas. Sigán el camino real; por la verdad de Dios, que es de Dios. Sí, mi querido Michael será a menudo extremadamente desordenado. Arthur Inglewood será peor: será desordenado. Pero ¿para qué otra cosa están todos los árboles y las nubes, gatitas tontas?».

«Las nubes y los árboles se agitan por todas partes», dijo Rosamund. «Viene una tormenta, y me hace sentir muy emocionada, no sé por qué. Michael es en verdad algo parecido a una tormenta: me asusta y me hace feliz».

«No se asusten», dijo Mary. «Al fin y al cabo, estos hombres tienen una ventaja: son de los que salen».

Una repentina ráfaga de viento entre los árboles arrastró las hojas moribundas por el sendero, y alcanzaron a oír a lo lejos los árboles rugiendo débilmente.

«Quiero decir», dijo Mary, «que son de los que miran hacia afuera y se interesan por el mundo. No importa en absoluto si es discutiendo, o andando en bicicleta, o rompiendo los confines de la tierra como el pobre viejo Innocent. Quédense con el hombre que mira por la ventana hacia afuera y trata de entender el mundo. Aléjense del hombre que mira por la ventana hacia adentro y trata de entenderlas a ustedes. Cuando el pobre viejo Adán salió a trabajar en el jardín (Arthur saldrá a trabajar en el jardín), llegó el otro tipo y se coló reptando, la vieja serpiente asquerosa».

«Está usted de acuerdo con su tía», dijo Rosamund, sonriendo: «nada de serpientes en el dormitorio».

«No estaba muy de acuerdo con mi tía», replicó Mary con sencillez, «pero creo que hizo bien en dejar que el tío Harry coleccionara dragones y grifos, mientras eso lo sacara de la casa».

Casi en el mismo instante se encendieron luces dentro de la casa oscura, convirtiendo las dos puertas de cristal que daban al jardín en portones de oro batido. Los portones dorados se abrieron de golpe, y el enorme Smith, que había permanecido sentado como una estatua torpe durante tantas horas, vino volando y haciendo la rueda por el césped y gritando: «¡Absuelto! ¡Absuelto!». Haciéndose eco del grito, Michael atravesó el césped a la carrera hacia Rosamund y la hizo girar frenéticamente en unos pasos de lo que se suponía un vals. Pero a esas alturas el grupo ya conocía a Innocent y a Michael, y sus extravagancias se daban alegremente por sentadas; era mucho más extraordinario que Arthur Inglewood caminara directo hacia Diana y la besara como si fuera el cumpleaños de su hermana. Hasta el doctor Pym, aunque se abstuvo de bailar, miraba con verdadera benevolencia; pues en reali-

dad toda la absurda revelación lo había perturbado menos que a los demás; suponía a medias que tales tribunales irresponsables y discusiones insensatas formaban parte de las mojigangas medievales de la Vieja Tierra.

Mientras la tempestad desgarraba el cielo como con trompetas, ventana tras ventana se iba iluminando en la casa; y antes de que el grupo, rendido de risa y zarandeado por el viento, hubiera vuelto a tientas hacia la casa, vieron que la gran figura simiesca de Innocent Smith había trepado fuera de la ventana de su propia buhardilla y, rugiendo una y otra vez «¡Beacon House!», hacía girar sobre su cabeza un enorme leño o tronco del fuego de leña de abajo, cuyo río de llama carmesí y humo púrpura se lanzaba al aire ensordecedor.

Era lo bastante visible como para que lo vieran desde tres condados; pero cuando el viento amainó, y el grupo, en lo más alto de su alegría vespertina, buscó otra vez a Mary y a él, no los encontraron.

Fin